LA FILOSOFÍA *del* EMPERADOR ESTOICO *que* NOS AYUDA *a* VIVIR UNA VIDA PLENA

EL SUEÑO DE MARCO AURELIO

Frédéric Lenoir

Traducción de Nuria Viver

DEUSTO

Índice

Portada

Portadilla

Cita

Prólogo

El sueño de Marco Aurelio

I. EL EMPERADOR FILÓSOFO

1. La infancia de un noble patricio
2. Emperador a su pesar
3. Una conversión filosófica
4. El estoicismo: una escuela de sabiduría
5. Lucio y la guerra de Oriente
6. Conservar y gobernar
7. La traición de Casio
8. Inflexible frente a los cristianos
9. Un final de vida doloroso

II. LAS *MEDITACIONES*

10. El texto de las Meditaciones
11. Vivir en filosofía
12. Ama tu destino

13. La ciudadela interior
14. Ciudadanos del mundo
15. Ejercicios espirituales
16. No temer a la muerte
17. «Sigue a Dios»
18. La verdadera felicidad

Epílogo. Magnitud y límites del estoicismo

Post scriptum

Agradecimientos

Bibliografía selecta de Fréderic Lenoir

Notas

Créditos

El sueño de Marco Aurelio

La filosofía del emperador estoico que nos ayuda a vivir una vida plena

Frédéric Lenoir

Traducción de Nuria Viver

EDICIONES DEUSTO

Armoniza conmigo todo lo que para ti es armonioso, ¡oh, mundo! Ningún tiempo oportuno para ti es prematuro ni tardío para mí. Es fruto para mí todo lo que producen tus estaciones, oh, naturaleza. De ti procede todo, en ti reside todo, todo vuelve a ti.[1]

MARCO AURELIO

Prólogo

El sueño de Marco Aurelio

> Cava en tu interior. Dentro se halla la fuente del bien, y es una fuente capaz de brotar continuamente, si no dejas de excavar.[1]
>
> MARCO AURELIO

¿Qué tienen en común personalidades tan diversas como Goethe, Flaubert, Schopenhauer, Tolstói, Chéjov, Cioran o Simone Weil? Todas se han visto profundamente marcadas por la lectura de las *Meditaciones* de Marco Aurelio. Este documento íntimo de un emperador del siglo II no estaba destinado a ser publicado. A lo largo de los diez últimos años de su vida, cuando pasa la mayor parte del tiempo en los campos de batalla de los confines de su inmenso imperio, Marco Aurelio escribe breves frases para sí mismo que resumen la quintaesencia de la doctrina estoica. Tienen por objeto animarlo a continuar con la tarea principal que se ha asignado desde la juventud: «mantenerse recto» y vivir como filósofo, es decir, llevar una vida conforme a la razón y practicar la justicia. El manuscrito que encontraron sus soldados bajo su tienda la noche en que murió —y que se ha conservado milagrosamente— no se difundió hasta el siglo X en el Imperio bizantino y, después, en el Renacimiento, en Occidente, y ha tenido un éxito constante hasta nuestros días. Todavía sigue siendo el libro más leído de un filósofo de la Antigüedad, sin duda por la razón que expone Ernest Renan:

«Resume todo lo bueno que hubo en el mundo antiguo y ofrece a la crítica la ventaja de presentarse a ella sin velo, gracias a una escritura íntima de una sinceridad y una autenticidad incontestables».[2] En efecto, popularizada por dos películas de Hollywood —*La caída del Imperio romano*, de Anthony Mann, y *Gladiator*, de Ridley Scott—, la figura de Marco Aurelio nos conmueve por su simplicidad y su intenso deseo de ser más humano: «¿Qué es, entonces, lo que debe impulsar nuestro afán? Tan sólo eso: un pensamiento justo, unas actividades consagradas al bien común, un lenguaje incapaz de engañar, una disposición para abrazar todo lo que acontece como necesario».[3]

Este último punto hace referencia a la aceptación amorosa del destino, ese *amor fati*, según la expresión de Nietzsche, que es el núcleo del pensamiento estoico. El joven Marco Aurelio lo experimenta a los 16 años, cuando se entera de que el emperador Adriano, viejo y enfermo, designa como sucesor a Antonino y exige que este último adopte, a su vez, a Marco Aurelio para que quizá pueda sucederlos un día al frente de uno de los imperios más grandes de todos los tiempos. El joven toma entonces conciencia del destino que lo espera y, según la *Historia Augusta*, una de las fuentes antiguas más ricas de la historia del Imperio tardío: «Más que alegrarse, se espantó. Y cuando los de su casa le preguntaban por qué le apesadumbraba la adopción imperial, les hizo una disquisición sobre las cosas malas que tiene el poder».[4] Cuando se siente agobiado por este destino, la noche siguiente tiene un sueño que lo altera: se ve con unos hombros de marfil que le permiten llevar la pesada carga del poder. Comprende que los dioses lo apoyarán para cumplir su misión. Por consiguiente, acepta su destino y pone todos los medios para prepararse lo mejor posible. El descubrimiento del estoicismo, unos años más tarde, lo conduce a

una auténtica pasión por la filosofía: decide aprender a gobernarse a sí mismo para ser más capaz de gobernar a los demás. Durante toda su vida intentará hacer suyas las reglas fundamentales del hombre de bien, según el pensamiento estoico: actuar con justicia, pensar con rectitud y aceptar con serenidad lo que no depende de nosotros.

A la vez romano y ciudadano del mundo por su adhesión al estoicismo, sueña con poner en práctica el ideal del rey filósofo que Platón describe en la *República*: «A menos que los filósofos reinen en las ciudades, o cuantos ahora se llaman reyes y dinastas practiquen noble y adecuadamente la filosofía [...] no hay, amigo Glaucón, tregua para los males de las ciudades, ni tampoco, según creo, para los del género humano».[5] La *Historia Augusta* lo afirma con claridad: «Siempre tuvo en su boca la sentencia de Platón que dice que las ciudades florecen si las gobiernan filósofos o si los gobernantes filosofan».[6] Sin embargo, Marco Aurelio distingue dos categorías distintas —la de la reflexión filosófica y el trabajo sobre uno mismo, por un lado, y la de la acción política, por otro—, a la vez que está convencido de que la primera puede servir a la segunda. Por otra parte, en la Roma de su época se utilizaban corrientemente dos lenguas: el griego para la filosofía y el latín para la política y el derecho.

Marco Aurelio domina perfectamente las dos y, aunque promulga en latín todas sus actas de magistratura y gobierno, escribe las *Meditaciones* en griego. La práctica de la filosofía no le inspira ninguna medida política concreta, pero le permite juzgar con acierto y tener un comportamiento adecuado a cada situación, gracias a la rectitud de su razón y a unas virtudes (prudencia, justicia, templanza y fortaleza) adquiridas por medio de ella. También está convencido de que el soberano sabrá gobernar bien y hacer feliz a su pueblo porque estará sereno y feliz. Como expresa su biógrafo Pierre

Grimal: «Obligado a salir de sí mismo y actuar sobre el mundo, se esforzará por disciplinarse, ver claro en él, adquirir ese instinto que le permitirá discernir el bien del mal y una altura de visión gracias a la cual se elevará por encima de las mezquindades de la vida cotidiana».[7]

Los historiadores de la Antigüedad reconocen de manera unánime las virtudes y la influencia de Marco Aurelio. El autor de la *Historia Augusta* señala que «filosofó toda su vida» y que «superó en la probidad de su vida a todos los emperadores».[8] Aurelio Víctor alaba su sabiduría, su benevolencia, su honradez y su cultura.[9] Eutropio escribe: «Desde el principio de su vida muy sosegado, hasta el punto de que desde su infancia no cambió su expresión ni por alegría ni por tristeza».[10]

Sin embargo, Marco Aurelio debe aprender a conservar esta serenidad en un contexto de crisis graves. Si bien el Imperio goza de un período de paz y prosperidad durante los veintitrés años de mandato de Antonino, los diecinueve años de su propio reinado se ven alterados por numerosos sucesos dramáticos: una crecida excepcional del Tíber en Roma, terremotos, hambrunas, una terrible epidemia de viruela, revueltas en los confines del Imperio, la traición de uno de sus generales, etc. Esta sucesión de catástrofes —inédita desde hacía más de ciento cincuenta años en el Imperio—, lejos de desanimar a Marco Aurelio, lo refuerzan en su búsqueda de la ecuanimidad, esa virtud estoica que permite mantenerse sereno en cualquier circunstancia. Tampoco le impide hacer evolucionar, a veces, el derecho (sobre todo en favor de las mujeres y los esclavos), desarrollar las artes liberales, embellecer las ciudades y fortificar las fronteras del Imperio.

Aunque alabado por sus virtudes y su gobierno lleno de sabiduría por sus contemporáneos, Marco Aurelio no escapa a las críticas en

varios puntos. Sus biógrafos de la Antigüedad le reprocharon su debilidad respecto a los miembros de su familia: Faustina, su mujer, a la que el rumor público acusa de adulterio con marineros o gladiadores y a la que él concede un apoyo incondicional; y, sobre todo, su hijo, Cómodo, al que designa como sucesor al frente del Imperio, aunque éste se comporta, desde el inicio de su reinado, como un ser cruel y sin escrúpulos, en las antípodas de la sabiduría de su padre. En la Edad Media se le reprocha, en especial, su política inflexible hacia los cristianos, puesto que las persecuciones —como las de Lyon, con el martirio de santa Blandina—, continuarán bajo su reinado en nombre del interés del Imperio. Por último, los modernos le reprochan haber sido demasiado conservador durante su reinado y no haber llevado hasta el final los principios de la filosofía estoica —que considera que todos los seres humanos son iguales—, emancipando a las mujeres y aboliendo la esclavitud. De hecho, Marco Aurelio será más un reformador que un revolucionario, porque se considera, como emperador, el depositario de las tradiciones romanas seculares, que debe preservar, a la vez que, en ocasiones, las hace evolucionar hacia una mayor humanidad.

Aunque está muy lejos de nosotros por su adhesión a la cultura romana de su tiempo, Marco Aurelio nos impresiona porque hace de todo, menos dar lecciones. Ofrece con sinceridad, a veces con una cierta melancolía o un cierto desengaño, sus pensamientos sobre sí mismo, sobre la grandeza y la bajeza del ser humano, sobre lo que lo emociona, lo entristece o lo llena de alegría. Sus palabras son universales e intemporales, porque habla de la ambivalencia del corazón humano, del sentido de la vida, de las dificultades de actuar bien, de las aspiraciones más nobles del alma y de las debilidades

del cuerpo, del deseo de mejorar, de vivir en armonía con uno mismo y con los demás, de aprender a dominarse y a ser útil a los demás, de nuestra búsqueda de serenidad frente a la adversidad. Como dice con tanto acierto Pierre Hadot: «Se habla a sí mismo, pero tenemos la impresión de que se dirige a cada uno de nosotros».[11] Yo también me he emocionado a menudo al sumergirme en la vida y el pensamiento de este hombre complejo y fuera de lo común.

He diseñado esta obra en dos partes. La primera es, sobre todo, biográfica; permite apreciar la personalidad de Marco Aurelio y comprender cómo se convirtió, con el paso del tiempo y tras una larga formación, en ese emperador filósofo que marcará la historia con una huella indeleble. Me baso, de entrada, en los textos de Marco Aurelio, principalmente las *Meditaciones* y su correspondencia con Frontón, su maestro de retórica y amigo íntimo (se han conservado ochenta y ocho cartas de su correspondencia). Después, en las fuentes antiguas: Dion Casio, autor de la *Historia romana*, que tenía 18 años cuando murió Marco Aurelio; pero también algunas obras escritas en el siglo IV por diversos autores paganos, en un momento en que el Imperio estaba basculando hacia el cristianismo: la *Historia Augusta* (autor anónimo), Aurelio Víctor, Eutropio, Festo. Por último, en sus dos principales biógrafos franceses: Pierre Grimal y Benoît Rossignol. Como ellos, me mantendré siempre atento para advertir al lector contra los anacronismos y para situar bien al personaje en su época, con unas costumbres y unas ideas a veces muy alejadas de las nuestras.

En esta primera parte, a propósito de la pasión de Marco Aurelio por la filosofía, desarrollaré algunas nociones sobre las escuelas de

sabiduría de la Antigüedad y sobre el pensamiento estoico, en el que el futuro emperador se iniciará y que transformará su vida. Reconozco aquí mi deuda con Pierre Hadot (1922-2010), eminente especialista en la filosofía antigua y exprofesor del Collège de France, que supo mostrar la dimensión existencial de las escuelas de sabiduría de la Antigüedad, lo cual aporta una nueva luz a las *Meditaciones* y permite captar toda su riqueza y profundidad. Pero hablaré también del debate lanzado por Pierre Vesperini, que no comparte el análisis de Pierre Hadot y no considera a Marco Aurelio un verdadero filósofo estoico.

La segunda parte se dedicará a los grandes temas de las *Meditaciones*. El éxito de esta obra se debe a la fuerza de las breves máximas filosóficas que destila Marco Aurelio a través de once capítulos (hay doce en total, pero el primero se dedica exclusivamente a rendir homenaje a sus allegados y a quienes lo formaron). Nietzsche señaló muy bien la fuerza y el carácter intemporal de estas máximas: «Una buena sentencia es demasiado dura para el diente del tiempo y ni todos los milenios la devoran, aunque sirve de alimento a todas las épocas; por eso es la gran paradoja de la literatura, lo imperecedero en medio de lo cambiante, la comida que siempre se aprecia, como la sal, y nunca, como incluso ésta, deviene sosa».[12] Sin embargo, la lectura de este libro es bastante desconcertante, porque no sigue ningún plan, ningún orden lógico, y las frases a menudo son redundantes. Como he dicho, Marco Aurelio no escribió este texto para que un día se publicara: se trata de cuadernos íntimos, sin ningún título, en los que anota, a lo largo de los días, pensamientos contundentes, destinados a mantenerlo en la recta razón y a confortarlo en su elección de una vida filosófica. Por este motivo, sus «meditaciones» se encadenan sin un hilo conductor y, a menudo, se encuentran

expresadas de maneras diferentes en varios capítulos. Por otra parte, la mayoría de los lectores no leen la obra de principio a fin, sino que rebuscan aquí y allá unas palabras inspiradoras. Excepto el trabajo destacable de Pierre Hadot, que a menudo resulta muy técnico, he buscado en vano un libro accesible a todos que permita extraer los grandes temas de las *Meditaciones*, ordenándolos y explicándolos.

He escrito esta obra principalmente para colmar esta laguna; espero hacer más inteligibles estas máximas dispersas agrupándolas por temas y esclareciéndolas con las grandes tesis del estoicismo cuya quintaesencia expresan:

- El universo es un gran ser vivo en el que todo es interdependiente; todo lo que ocurre es necesario.
- El bien y el mal sólo existen en la intención moral, no en los acontecimientos exteriores.
- No es la realidad lo que nos hace felices o desgraciados, sino la opinión o la representación que tenemos de ella.
- Hay que vivir el momento presente.
- El objetivo de la vida filosófica es alcanzar la ecuanimidad, la tranquilidad del alma y la serenidad.

Lejos de la visión puramente voluntarista de quien soporta de manera «estoica» el dolor apretando los dientes, el autor de las *Meditaciones* revela, con sensibilidad, la profundidad de una doctrina basada en una cierta visión del mundo (físico), en un discurso coherente y un juicio adecuado (lógica), así como en unas reglas de vida (ética) que constituyen un auténtico arte de vivir. Pero lo hace en un tono personal, sin argumentos teóricos, sin voluntad de convencer a nadie... si no es a sí mismo.

Es cierto que el estoicismo —que es la principal corriente filosófica de la Antigüedad— no está exento de críticas; formularé varias en el

epílogo del libro y demostraré, a la vez, que es de una sorprendente modernidad y que todavía nos puede ayudar a vivir mejor y a encontrar la paz interior en medio de la adversidad.

I
EL EMPERADOR FILÓSOFO

1

La infancia de un noble patricio

> De los dioses: el tener buenos abuelos, buenos progenitores, buena hermana, buenos maestros, buenos amigos íntimos, parientes y amigos, casi todos buenos.[1]
>
> MARCO AURELIO

Marco Aurelio nace en Roma el 26 de abril del año 121, en el cuarto año del reinado del emperador Adriano. El Imperio romano está entonces en su apogeo y tiene entre sesenta y ochenta millones de habitantes, un millón de los cuales residen en Roma, la ciudad más grande del Imperio. Este tiene una extensión de unos cinco millones de kilómetros cuadrados (como punto de comparación, la India actual tiene una extensión de algo más de tres millones de kilómetros cuadrados) y comprende toda la cuenca mediterránea. Se extiende, al norte, hasta la actual Inglaterra; al oeste, incluye los actuales Francia, España y Portugal; al sur, engloba toda la parte mediterránea de los actuales países del norte de África y del Próximo Oriente (Mauritania, Marruecos, Argelia, Túnez, Libia, Egipto, Jordania, Israel, Líbano y Siria); y, al este, se extiende desde Austria, parte de Alemania, Bélgica y los Países Bajos hasta Turquía, pasando por todos los países de los Balcanes, de Grecia a Eslovenia.

Señalemos que, en la misma época, existe un imperio un poco más vasto y tan poblado como el romano: el de la dinastía Han, en

China. Poco después de su ascenso al trono imperial, Marco Aurelio envía emisarios, seguramente comerciantes, para reunirse con el emperador Huandi, pero no se sabe nada sobre las intenciones ni los resultados de esta misión diplomática, sólo que llegó a Pekín en el año 166, pues se menciona en los archivos imperiales chinos.

Así pues, la poderosa ciudad romana se enriquece a lo largo de los siglos y gracias a las numerosas conquistas, y concentra los poderes político y económico del Imperio. Roma sabe integrar y «romanizar» a las aristocracias de los países conquistados, lo cual le permite reinar sobre este inmenso territorio apoyándose en los poderes locales, que aseguran el mantenimiento del orden en su nombre y le entregan un tributo anual.

El Imperio está dividido en grandes provincias, que agrupan cientos de ciudades, y cada provincia está administrada por personalidades locales en estrecha relación con el poder central romano. Cada provincia tiene una lengua que le es propia, aunque la lengua administrativa es el latín y la lengua de la cultura, el griego. Hablar estas dos lenguas es común a todas las élites del Imperio. Pero nacer en Roma, en el seno de una gran familia aristocrática, es, por supuesto, señal de un destino muy favorable.

A decir verdad, el joven Marco Aurelio acumula todos los privilegios sociales. Nace como ciudadano libre en una sociedad esclavista; hombre en una cultura profundamente patriarcal; en el seno de una familia rica, culta y cercana a las más altas esferas del poder. Domicia Lucila, su joven madre —entonces de 15 años—, es la rica heredera de una noble familia originaria de Nimes. Vive con su marido en la suntuosa villa de sus padres, en unos jardines situados en el monte Celio. Aquí es donde Marco Aurelio pasa la mayor parte de su infancia, puesto que nos cuenta que lo criaron unas nodrizas y unos preceptores en la morada de su abuelo

materno. También rinde un homenaje emotivo a su madre, que le transmite unas cualidades que lo marcarán a lo largo de toda su existencia: «De mi madre: el respeto a los dioses, la generosidad y la abstención no sólo de obrar mal, sino incluso de incurrir en semejante pensamiento; más todavía, la frugalidad en el régimen de vida y el alejamiento del modo de vivir propio de los ricos».[2] Es probable que la inclinación que el joven manifestará más tarde por un modo de vida sobrio, incluso austero (querrá dormir en el suelo, como Epicteto), estuviera inspirada por el ejemplo de una madre que parece despreciar el lujo ostentoso de la rica aristocracia romana. Marco Aurelio estuvo mucho menos marcado por su padre, al que perdió entre los 6 y los 9 años, según las fuentes. De su padre, pretor (magistrado) llamado Annio Vero, Marco Aurelio sólo recuerda «el carácter discreto y viril»,[3] lo cual parece ser el homenaje mínimo que se sentía obligado a rendirle.

Lo marcó mucho más su abuelo paterno, que llevaba el mismo nombre que su padre. Originarios, como Séneca, de la provincia de la Bética, en Andalucía, sus antepasados paternos alcanzaron progresivamente un lugar de prestigio en el poder político romano; su abuelo paterno fue varias veces senador e incluso prefecto de Roma durante los largos viajes del emperador Adriano, en el período en que nació Marco Aurelio. De este prestigioso abuelo recuerda «el buen carácter y la serenidad».[4] Estas dos cualidades —la bondad y el dominio de sí mismo— son las dos principales virtudes de la filosofía estoica a la que más tarde se adherirá.

Marco Aurelio pasa los primeros años de su vida en la morada materna, en compañía de su hermana Cornificia, nacida dos o tres años después que él. Parecen haber estado muy unidos, y se

ocupará de ella durante toda su vida, sobre todo dejándole la totalidad de la herencia de la línea materna. Marco guardó un recuerdo muy feliz de su infancia. Como todo aristócrata romano, fue criado por unas nodrizas y educado por un tutor cuyo nombre no ha conservado la historia, pero a quien el futuro emperador rinde homenaje en sus *Meditaciones* cuando señala que le enseñó a contentarse con poco, a soportar la fatiga, a hacer él mismo sus tareas y a no apasionarse por los retos deportivos tomando partido por unos o por otros. Cuando se enteró de la muerte de su tutor, años más tarde, cuando ya era heredero del Imperio, lo lloró públicamente, para disgusto de los servidores de la corte. Recibió entonces el apoyo de su padre adoptivo, el emperador Antonino, que dijo estas palabras: «Permitidle ser un hombre, porque ni la filosofía ni el poder borran los sentimientos».[5]

Todos los testimonios que poseemos sobre Marco Aurelio señalan su gran sensibilidad y su carácter sentimental: estuvo unido toda la vida no sólo a su familia, sino también a sus servidores y preceptores. Ahora bien, como señala justamente el emperador Antonino —que también tenía reputación de ser un hombre de corazón—, aunque la filosofía estoica enseña el desapego, este desapego no es sinónimo de indiferencia ni de ausencia de sentimiento. Es una aceptación profunda de lo que no se puede cambiar, de los acontecimientos del destino, pero que no suprime en nada la tristeza que se puede sentir ante un acontecimiento doloroso, como la pérdida de un ser querido. Trataré con más profundidad en la segunda parte del libro este punto esencial, que es fuente de numerosos malentendidos.

La muerte del padre de Marco Aurelio marca un giro importante en su vida. A partir de entonces pasará mucho más tiempo en la morada de su abuelo paterno, Annio Vero. Aunque ésta también está situada en el monte Celio, ve con menos frecuencia a su madre, su hermana y los esclavos o libertos que lo han visto nacer y lo han criado. Aparte de su tutor, ahora tiene otros preceptores, que le enseñan cómo convertirse en un hombre y un ciudadano romano. Por otra parte, esto corresponde a la edad (hacia el séptimo año) en que los hijos de nobles pasan del estatus de *infans* al de *puer* y en que empieza su verdadera educación. Si bien la mayoría de los jóvenes nobles frecuentan la escuela pública, la fortuna de su familia materna permite que Marco reciba educación en los domicilios de sus abuelos. Varios maestros le enseñan las «humanidades»: leer y escribir en latín y griego; más adelante, la literatura y la retórica; la música y la geometría (estas dos disciplinas estaban vinculadas desde Pitágoras); la pintura y la poesía; cuidar su porte y su dicción; pero también la equitación, la gimnasia, la lucha, los juegos y la caza. Gracias a su correspondencia, sabemos que al joven no sólo le gusta estudiar, sino también el juego de pelota, la caza, la carrera y la lucha. Marco asiste a espectáculos y obras de teatro en familia, y también es iniciado en los ritos religiosos y en los de la ciudad, que ocupan un lugar esencial en la vida de los ciudadanos romanos.

A los 6 años se convierte en caballero romano, predestinado a convertirse más tarde en senador. Ya a los 8 años se une a la orden de los salios, un prestigioso colegio de sacerdotes romanos dedicados al culto de Marte. Recibe una armadura, una espada, una lanza, un casco y un escudo; se le inicia en los ritos religiosos antiguos y se distingue por su piedad. A lo largo de los años asciende todos los peldaños de la cofradía hasta convertirse en maestro, un estatus honorífico, signo de su lugar privilegiado en la

élite romana y una etapa importante en su formación como futuro emperador. La *Historia Augusta* cuenta que, durante una ceremonia de un banquete sagrado que consistía en lanzar coronas en dirección a la estatua del dios Marte, todas cayeron al lado, excepto la suya, que se posó en la cabeza del dios: una anécdota destinada a señalar el presagio de un gran destino. Íntimamente relacionada con la política, la religión ocupa un lugar esencial en la Roma antigua y tiene como principales funciones transmitir las tradiciones ancestrales y mantener la cohesión social.

Esta educación tan compleja marca profundamente al futuro emperador, pero lo que dejará la huella más profunda será el descubrimiento de la filosofía. Como dice la *Historia Augusta*: «Se entregó con pasión a la filosofía, aun siendo todavía un niño. En efecto, al cumplir los 11 años, adoptó la indumentaria del filósofo y después su capacidad de sufrimiento, porque estudiaba envuelto en su palio [de lana áspera de los cínicos] y se acostaba en el suelo, y su madre rara vez conseguía que se echara a dormir en un lecho recubierto de pieles».[6] Esta materia no se enseñaba a los nobles romanos a una edad tan joven, pero Marco la descubre gracias a su profesor de pintura, Diogneto. En el primer libro de las *Meditaciones*, le rinde este homenaje insistente: «De Diogneto: el evitar inútiles ocupaciones; y la desconfianza en lo que cuentan los que hacen prodigios y hechiceros acerca de encantamientos y conjuración de espíritus, y de otras prácticas semejantes; y el no dedicarme a la cría de codornices ni sentir pasión por esas cosas; el soportar la conversación franca y familiarizarme con la filosofía; y el haber escuchado primero a Baquio, luego a Tandasis y Marciano; haber escrito diálogos en la niñez; y haber deseado el catre cubierto de piel de animal, y todas las demás prácticas vinculadas a la formación helénica».[7]

Lo que el futuro emperador parece retener de este descubrimiento precoz de la filosofía son principalmente cuatro cosas: huir de las actividades fútiles, desarrollar un espíritu crítico, aprender a pensar bien a través del arte del diálogo filosófico y llevar una vida austera. Veremos más adelante que Marco Aurelio no efectuó una verdadera conversión filosófica hasta los 25 años, cuando se inició en profundidad en la doctrina estoica, pero es interesante resaltar este primer momento de despertar a la filosofía, que revela el interés del muchacho por un pensamiento racional y un modo de vida austero, incluso ascético.

Las dos lenguas a través de las cuales Marco Aurelio recibió su educación resumen bien las dos dimensiones de su ser y de su acción futura. El latín expresa su apego a las tradiciones romanas, al derecho, a la religión, pero también al ejército y a todo lo que pone de manifiesto la dimensión viril. Es la lengua que utilizará para ejercer la justicia, para gobernar y defender el Imperio. El griego refleja su gusto por el saber, la introspección y la reflexión filosófica. Es la lengua con la que se comunica con sus allegados y con la que escribe a sus amigos y a sí mismo. Lengua de la exterioridad, por un lado, y lengua de la interioridad, por el otro. Lengua de la pertenencia a una comunidad política bien definida (Roma) a la que servirá hasta su último suspiro, y lengua de un pensamiento universalista (el estoicismo) que considera a todos los seres humanos como iguales y ciudadanos del mundo. Lengua de la religión ritualista politeísta de la ciudad y lengua de la plegaria dirigida al Dios cósmico universal. Estas dos lenguas resumen bien las dos caras de Marco Aurelio, estos dos rostros que a veces se consideran paradójicos: el jefe militar inflexible que persigue a los

cristianos o que honra a los innumerables dioses de Roma y el filósofo humanista que aboga por la equidad entre todos los seres humanos, la benevolencia, la tolerancia y el perdón.

Para resolver esta paradoja, hay que meterse en la mentalidad de su tiempo. Para un romano culto, estas dos dimensiones no se oponen. Ante todo, debe ser un ciudadano leal y fiel a las tradiciones seculares, pero también puede tener, en su fuero interno, una visión más amplia y más abierta del mundo. Al mismo tiempo, y sin contradicción, puede ser politeísta en su práctica ritual y monoteísta en su relación íntima con lo divino. Por ello, Marco Aurelio asume varias identidades que no se excluyen, sino que se complementan, y pasa de una a otra según el tipo de acción que debe realizar. Gobierna como romano y medita como filósofo, aunque, como ya hemos comentado, su filosofía también proporcionó al estadista unas cualidades de juicio y unas virtudes morales e intelectuales que le permitieron intentar gobernar con rectitud y, a veces, con clemencia.

2

Emperador a su pesar

> ¡Cuidado! No te conviertas en un césar [...]. Mantente, por tanto, sencillo, bueno, puro, respetable, sin arrogancia, amigo de lo justo, piadoso, benévolo, afable, firme en el cumplimiento del deber. Lucha por conservarte tal cual la filosofía ha querido hacerte. [...] En todo, procede como discípulo de Antonino.[1]
>
> MARCO AURELIO

Aunque procede de dos grandes familias aristocráticas, nada destina a Marco Aurelio a convertirse en emperador. Su abuelo paterno, Annio Vero, fue senador y prefecto de Roma, dos de los cargos públicos más altos, y su nieto tiene casi seguro el Senado; pero el título de emperador sólo se puede otorgar a un descendiente directo del emperador o, en su defecto, a un hombre al que éste adopte y designe como su sucesor. Dion Casio afirma que existe una lejana relación de parentesco entre el emperador Adriano y Marco Aurelio, a través de su ascendencia materna. Pero lo mismo ocurre con numerosos hijos de nobles, en una época en la que las grandes familias aristocráticas romanas tejían numerosas alianzas, entre ellas a través de los matrimonios. Como Adriano no tiene ningún descendiente directo y su salud se deteriora con el paso de los años,

la cuestión de la sucesión se plantea con fuerza cuando Marco Aurelio es adolescente.

En un primer momento, ante la estupefacción de todos, Adriano adopta y designa como sucesor a un hombre de 36 años con una trayectoria política insignificante: Ceyonio Cómodo. El especialista en la Roma antigua Jérôme Carcopino propuso una hipótesis muy seductora para explicar esta misteriosa adopción, que coincide con el fallecimiento de la esposa de Adriano, Vibia Sabina, con la que no pudo tener hijos. Cómodo sería el hijo oculto de Adriano, que habría tenido con una tal Plautia, y el emperador habría esperado el fallecimiento de su esposa para designar a su hijo natural como su sucesor a la cabeza del Imperio. Cómodo tiene un hijo, Lucio Ceyonio, al que parece destinado el Imperio cuando suceda a su padre. Pero Adriano también quiere acercar el poder a Marco Aurelio, puesto que pide al joven, que tiene 15 años, que se prometa con la hija de Cómodo, Ceyonia Fabia. Adriano conoce bien a Marco y aprecia su rectitud y su pasión por la búsqueda de la verdad, puesto que, jugando con humor con su apellido (Vero, que significa 'verdadero'), lo apodaba «Verísimo» (‘perfectamente verdadero’).

El 31 de diciembre del 137, menos de dos años después de su adopción, Cómodo fallece, muy probablemente de tuberculosis. Esta vez, Adriano adopta y designa como sucesor a un hombre con experiencia y valorado por sus grandes cualidades morales: Aurelio Fulvio Boionio Arrio Antonino, el futuro emperador Antonino. Adriano le pide que adopte, a su vez, a Lucio Ceyonio, el hijo de Cómodo, y a Marco Aurelio. Antonino está casado con una tía del joven; por lo tanto, lo conoce muy bien y lo aprecia. Esta adopción, que lo acerca todavía más al poder, no es muy del agrado de Marco Aurelio.

Este último debe abandonar sus moradas familiares del monte Celio para ir a vivir al monte Palatino, en el palacio de Adriano. Los historiadores antiguos refieren la angustia del joven, que no aspira en absoluto al poder y se siente más atraído por los estudios intelectuales. Por otra parte, es muy emotivo, está muy apegado a su familia y a quienes lo han criado, y no tiene ningunas ganas de dejarlos para irse al palacio imperial. También es consciente de sus limitaciones: ¿su gran sensibilidad le permitirá ejercer los importantes cargos públicos con firmeza? ¿Tendrá la salud necesaria? ¿Poseerá la paciencia requerida para soportar los juegos hipócritas de la corte? Como ya he comentado, Dion Casio y el autor de la *Historia Augusta* refieren un sueño que tuvo Marco Aurelio la víspera de la adopción de Antonino por Adriano y, por lo tanto, de su propia adopción por Antonino, que lo coloca en el centro del poder romano. Cuando era presa de estas dudas, «tuvo un sueño en el que tenía los hombros de marfil y, cuando se le preguntó si serían aptos para soportar una carga, de repente los notó más fuertes de lo normal».[2] Este sueño se hace eco del mito griego de Pélope, que fue asesinado y desmembrado en la infancia por su padre, Tántalo. Este quiso probar la omnisciencia de los dioses y les sirvió a su hijo para comer durante un banquete. Los dioses no se dejaron engañar por la superchería, excepto Deméter, que se comió un hombro de Pélope. Los dioses devolvieron la vida a Pélope y le fabricaron un hombro de marfil para sustituir el que Deméter había devorado.

Este sueño convence a Marco Aurelio de aceptar la adopción. Hemos visto que la filosofía había enseñado al joven adolescente a desconfiar de los discursos de los innumerables adivinos y charlatanes que pululaban por Roma para predecir el futuro. Pero, como la mayoría de los romanos de su tiempo, Marco Aurelio cree en los sueños premonitorios y está convencido de que los dioses,

que velan por los destinos humanos, pueden manifestarse de esta manera. Al final del primer libro de las *Meditaciones*, agradece a los dioses «sus comunicaciones, sus socorros y sus inspiraciones» y precisa un poco más adelante que ha «recibido, a través de sueños, remedios».[3] Aunque el poder le da miedo y ya tiene conciencia de todas las trampas que encierra, Marco Aurelio acepta su destino y cree en la protección y el apoyo de los dioses para permitirle asumir las pesadas cargas que le están destinadas. Ya sabe también que puede contar con la filosofía, y con sus preceptores, para ayudarlo a mejorar su juicio y a perfeccionar sus cualidades morales, para no sucumbir a las tentaciones del poder, sobre todo al orgullo y la vanidad, vicios que no dejará de denunciar en sus *Meditaciones*. Sin embargo, ¿ya tiene la intuición de que reinará sobre el Imperio? Es posible, aunque el escenario más probable, establecido por Adriano, es que el joven Lucio Ceyonio sea el elegido para suceder a Antonino y que sea respaldado por Marco Aurelio.

Pero Antonino decidirá otra cosa. Seis meses más tarde, el 10 de julio de 138, fallece Adriano. Antonino es consagrado emperador y, acto seguido, designa a Marco Aurelio como cónsul y le confiere el título de césar. También le pide al joven que rompa su compromiso con la hija de Cómodo, la hermana de Lucio Ceyonio, para prometerlo con su propia hija, Faustina. La niña, de sólo 6 años, es la única superviviente de los cuatro hijos de Antonino y estaba entonces prometida con Lucio, que tenía la misma edad que ella. Con estos actos, Antonino designa claramente a Marco Aurelio como su futuro sucesor, en detrimento de Lucio, su otro hijo adoptivo.

Marco Aurelio tiene 17 años. Sabe que sucederá un día a Antonino y que debe prepararse para ejercer el poder supremo. Para ello puede

contar con sus numerosos maestros, algunos de los cuales se convertirán en amigos. Pero, sobre todo, intentará imitar la personalidad de Antonino y su manera de gobernar. En el primer libro de las *Meditaciones*, en el que reconoce sus deudas hacia todos los que lo criaron y formaron, no cita a Adriano. Como escribe su biógrafo Benoît Rossignol: «Es cierto que a Adriano sólo le debía un Imperio, lo que no era nada para él».[4] No lo aprecia demasiado, como la mayoría de sus contemporáneos, a causa de la inestabilidad de su carácter, la ligereza de sus costumbres y su crueldad (manda asesinar a numerosas personas que le hacían sombra). En cambio, Antonino, con quien aprenderá a reinar durante cerca de veintitrés años, es el más alabado. Mientras que reserva sólo breves párrafos, incluso algunas líneas lapidarias, para rendir homenaje a sus padres y formadores, dedica varias páginas —tantas como a los dioses— a su padre adoptivo. El texto merecería ser citado íntegramente, ya que, al margen de la personalidad de Antonino, expone todas las cualidades que Marco Aurelio considera que posee para convertirse en un ser humano realizado y para gobernar bien el Imperio. Por otra parte, es probable, según el testimonio de los historiadores antiguos, que acabara por poseerlas también, porque se esforzó durante toda su vida por parecerse a este modelo viviente, al lado del cual vivió diariamente desde los 17 hasta los 40 años. Su padre adoptivo se atribuyó desde el inicio de su reinado el apodo de «Piadoso» (*pius*), no por una piedad religiosa exacerbada, sino para señalar que respetaba a los dioses, las tradiciones y a sus padres, empezando por su padre adoptivo, Adriano, al que conferirá todos los honores póstumos, a pesar de la oposición del Senado. En el retrato que hace de él, Marco Aurelio señala las numerosas cualidades morales de Antonino, empezando por su desprecio por los honores: el «no vanagloriarse con los honores aparentes», su

capacidad para «reprimir las aclamaciones y toda adulación dirigida a su persona», su falta de «disposición para captar el favor de los hombres mediante agasajos o lisonjas al pueblo» y «su complacencia, exenta de envidia, en los que poseían alguna facultad». A esta humildad y ausencia total de vanidad, Marco Aurelio añade unas cualidades del corazón, como «la mansedumbre», «la sociabilidad», «su trato afable», «el consentir a los amigos que no asistieran siempre a sus comidas y que no lo acompañaran en sus desplazamientos». Señala también su «amor al trabajo y la perseverancia», «el examen minucioso en las deliberaciones y la tenacidad, sin eludir la indagación» y su capacidad de «estar dispuesto a escuchar a quienes podían contribuir a la comunidad». Pero lo que parece haber marcado más a Marco Aurelio es su sentido de la mesura y su perfecto dominio de sí mismo: «la experiencia para distinguir cuándo es necesario un esfuerzo sin desmayo, y cuándo hay que relajarse»; «el celo por conservar a los amigos, sin mostrar nunca disgusto ni apasionamiento excesivo»; «el cuidado moderado del propio cuerpo, no como quien ama la vida, ni con coquetería ni tampoco negligentemente»; «no fue ni cruel, ni hosco, ni duro», sino que «todo lo hacía calculado con exactitud, como si le sobrara tiempo, sin turbación, sin desorden, con firmeza, concertadamente». Marco Aurelio concluye así este retrato intachable: «Encajaría bien en él lo que se recuerda de Sócrates: que era capaz de abstenerse y disfrutar de aquellos bienes cuya privación debilita a la mayoría, mientras que su disfrute los lleva a abandonarse a ellos. Su vigor físico y su resistencia, y la sobriedad en ambos casos, son propiedades de un hombre que tiene un alma equilibrada e invencible, como demostró durante la enfermedad que lo llevó a la muerte».[5]

La mayoría de los pensadores estoicos afirman que quizá no exista ningún hombre sabio, pero que, para crecer en sabiduría, hay que haber tenido sin cesar ante los ojos del alma el modelo del hombre sabio. Cuando se lee el retrato de Antonino —cuyas cualidades ejemplares corroboran todas las otras fuentes antiguas—, se observa que Marco Aurelio no necesitó hacer ese esfuerzo de imaginación: tuvo ante los ojos, durante casi un cuarto de siglo, ese modelo viviente de sabiduría. Y no dejó de intentar inspirarse en él, aunque, como vamos a ver, no siempre le resultó fácil.

Además de sus numerosos cargos junto al emperador, el joven Marco continúa durante muchos años su educación. Llegan los mejores maestros del Imperio para instruirlo. Las clases de derecho, esenciales para el ejercicio del poder imperial, ocupan un lugar importante en su formación. Pero el joven se apasiona más por las clases de griego, porque, por medio de esta lengua, puede continuar el estudio de la filosofía (volveré a tratar este tema en el capítulo siguiente). Marco Aurelio también tiene que aprender retórica y elocuencia porque un emperador ha de saber convencer. Así es como conoce a los dos maestros más famosos de la época, que se convertirán en sus amigos íntimos: Herodes Ático, para la lengua griega, y Marco Cornelio Fronto, llamado Frontón, para la lengua latina.

Herodes, originario de Atenas, es el rétor más ilustre del siglo. Marco lo aprecia mucho, pero también es un personaje complejo que, más tarde, vivirá varios procesos ruidosos referentes, en especial, a la ejecución del testamento de su padre. Marco lo defiende siempre en nombre de su vieja amistad, lo cual le valdrá críticas acerbas, sobre todo por parte de Frontón, su maestro de

retórica latina, que será designado por los atenienses para representarlos en el caso del testamento sospechoso, juzgado en Roma en el año 142. En efecto, Frontón, quince años mayor que Marco Aurelio, casado y padre de familia, se considera el mejor abogado y orador de Roma. Aunque de carácter muy diferente —mientras que Marco Aurelio aprecia el rigor de la argumentación filosófica y la modestia, Frontón valora, sobre todo, la elocuencia y el brillo—, los dos hombres no sólo se apreciarán, sino que entablarán una relación de amistad intensa, cuyos ecos se encuentran en las ochenta y ocho cartas de su correspondencia, que se han conservado y que se publicaron en la Antigüedad.

Las primeras cartas, escritas a partir de 139, cuando Marco Aurelio tenía 18 años, muestran que el joven ha encontrado en Frontón a un confidente al que puede hablar con el corazón abierto, pero, más aún, a un amigo del que realmente parece haberse enamorado. En efecto, la mayoría de sus cartas terminan con declaraciones de amor encendidas como ésta: «Adiós, alma mía. ¿Es que no voy yo a arder por tu amor cuando me escribes una carta así? ¿Qué voy a hacer? No puedo quedarme aquí. Ya me tocó el año pasado, en este mismo lugar, y por las mismas fechas, consumirme de nostalgia por mi madre. Este sentimiento este año me lo causas tú».[6] O también: «Sigue bien, estés donde estés, mi dulcísimo maestro, mi amor, delicias mías. ¿Qué es lo que tengo yo contigo? Te quiero, aunque estés ausente».[7] Los biógrafos de Marco Aurelio están muy divididos sobre la interpretación que hay que dar a estas declaraciones de amor y sobre la naturaleza concreta de las relaciones entre los dos hombres.

¿Se trata de una amistad apasionada pero no carnal, como la que unirá más tarde a Montaigne y La Boétie? ¿O bien eran también amantes? Es difícil aportar una respuesta categórica a estas

preguntas. En el mundo griego, el amor carnal entre dos hombres se toleraba perfectamente. A menudo adquiría la forma de un hombre maduro (el *erastés*) que iniciaba a su joven discípulo y amante (el *erómeno*) tanto en la filosofía y la retórica como en la sexualidad. Aunque toleraban el amor, incluso apasionado, entre dos hombres, los romanos condenaban, sin embargo, la homosexualidad, sobre todo entre un hombre maduro y un adolescente, en especial porque esta relación ponía en peligro el papel del *pater familias*, que debía tener una autoridad total sobre sus hijos. No es menos cierto que varios emperadores romanos tuvieron amantes oficiales, empezando por Adriano, que estaba locamente enamorado de un tal Antínoo, al que hizo divinizar después de su muerte. Pero ésta fue una de las razones de su impopularidad. En las *Meditaciones*, Marco Aurelio da gracias a los dioses por «no haber tocado ni a Benedicta ni a Teódoto, e incluso, más tarde, víctima de pasiones amorosas, haber curado».[8] Aunque no sabemos nada de estos dos personajes, esta confesión revela con claridad que podía sentir una atracción sexual tanto por las mujeres como por los hombres. Sin embargo, ¿pasó a la acción? En la época en que escribe estas cartas inflamadas a Frontón, está prometido a la joven Faustina y no se le conoce ninguna concubina. Es cierto que su corazón está unido de manera apasionada a su maestro de elocuencia, pero nada en su correspondencia ni en los testimonios de los historiadores antiguos permite afirmar o descartar que mantuvieran relaciones sexuales. Marco Aurelio alude a veces con afecto a Cratia, la esposa de Frontón, amiga de su madre. En cualquier caso, esta pasión amorosa cesará cuando Marco Aurelio se case con Faustina, en el año 145, a la que amará profundamente, y su correspondencia, que durará más de un cuarto de siglo, perderá entonces su carácter apasionado.

Esta relación epistolar nos revela también algunos rasgos del carácter del futuro emperador y su modo de vida en la corte de Antonino. El emperador está rodeado de esclavos, guardias y sirvientes libertos, pero también de numerosos nobles que acuden diariamente para asistir a la ceremonia del despertar del monarca y participar, por la noche, en el banquete en su presencia. El joven Marco se ve obligado a asistir a estos rituales, aunque confesará que lo horrorizan los sentimientos de envidia e hipocresía que reinan en la corte y que «los que entre nosotros son llamados "eupátridas" son, en cierto modo, incapaces de afecto».[9] También trabaja una parte de la jornada al lado de Antonino, lo acompaña al Senado y en casi todos sus desplazamientos, y dedica el resto del tiempo a estudiar. Devora las obras de los autores griegos y romanos clásicos: Homero, Hesíodo, Calímaco, Eurípides, Tucídides, Virgilio, Cicerón, Catón, Salustio, Plauto, Novio, etc., así como los libros de los filósofos.

En sus primeros intercambios epistolares, Frontón reprocha con frecuencia al joven su austeridad ¡y le parece poco conveniente que lea en el teatro, en los banquetes o durante los espectáculos de gladiadores! Su pasión por los estudios no debe apartarlo de los placeres mundanos y de la sociabilidad que éstos favorecen. La *Historia Augusta* lo confirma: «Fue costumbre de Marco leer, conceder audiencias y firmar documentos mientras asistía a los juegos del circo, por lo que se dice que con frecuencia fue ridiculizado en chistes por el pueblo».[10] Esta austeridad sólo concierne a una indiferencia por las actividades mundanas, que lo aburren y le producen la sensación de perder un tiempo precioso; pero, como ya hemos visto, el fondo de su carácter es apasionado y,

ante todo, muy sensible. En sus cartas confiesa que su mayor placer, aparte del estudio de la filosofía, consiste en ir al campo, sobre todo durante el período de la siega o la vendimia, cuando la corte huye del calor agobiante de Roma para migrar a las residencias imperiales situadas en los alrededores de la capital o en Campania (hasta Nápoles). Entonces se encuentra con gozo con su madre y los amigos de la infancia, con los que le gusta cabalgar por la naturaleza, cazar o jugar a la pelota.

Estas actividades físicas le hacen mucho bien y Frontón lo anima constantemente a cuidar de su cuerpo tanto como de su alma. Porque la salud del futuro emperador pronto se muestra frágil. Según la *Historia Augusta*, Marco Aurelio «tanto esfuerzo y trabajo puso en sus estudios que debilitó su cuerpo, y sólo por esta razón mereció reproche su infancia».[11] El exceso de trabajo, sin duda, no es la única causa de sus problemas de salud. Hemos visto que, en el primer libro de las *Meditaciones*, Marco Aurelio da las gracias a los dioses por «haber recibido, a través de sueños, remedios, sobre todo para no escupir sangre y evitar los mareos».[12] Es bien sabido que Cómodo murió de tuberculosis, que esta infección es muy contagiosa y que los nobles romanos se besaban mucho, por lo que no es imposible que el joven Marco Aurelio contrajera esta enfermedad, que provoca expectoración de sangre. Esto explicaría también su falta de apetito, que no deja de preocupar a su entorno. Quizá gozó de una remisión de la enfermedad cuando ya estaba en un estadio avanzado, lo que le permitió vivir un tiempo más, aunque con una salud muy precaria. A esto se añaden problemas crónicos de sueño. Marco Aurelio habla a menudo en sus *Meditaciones* y en su correspondencia de este tema, que no deja de preocuparlo. De joven, se culpabiliza por tener necesidad de dormir mucho (unas diez horas), lo que le hace perder un tiempo precioso. Después, con

los años, cuando se esfuerza por levantarse temprano y está cada vez más agobiado por el trabajo, reduce considerablemente sus noches. Frontón se preocupa por ello y le suplica a su amigo, que acaba de cumplir 40 años y de acceder al cargo supremo, que duerma más: «Si realmente has declarado la guerra a las distracciones, al ocio, a la buena carne, al placer, al menos te ruego que duermas tanto como debe hacerlo un hombre libre [...]. Te lo suplico, tanto en broma como en serio: déjate convencer, no te prives del sueño y respeta los límites del día y de la noche».[13] A pesar de este sabio consejo, el nuevo emperador continúa trabajando hasta tarde por la noche y acabará por perder por completo el sueño. En efecto, habla varias veces en las *Meditaciones* del hecho de que no consigue dormirse hasta la madrugada, en el momento en que sus cargos lo obligan a levantarse, y de que tiene que hacer un gran esfuerzo de voluntad para conseguirlo: «Al amanecer, cuando de mala gana y perezosamente despiertes, acuda puntual a ti este pensamiento: "Despierto para cumplir una tarea propia de hombre"».[14]

3

Una conversión filosófica

> ¿Qué, pues, puede darnos compañía? Única y exclusivamente la filosofía.[1]
>
> MARCO AURELIO

Uno de los principales puntos de divergencia entre Marco Aurelio y Frontón se refiere a la filosofía. Hemos visto que, a los doce años, el profesor de pintura de Marco lo introduce en el pensamiento filosófico. Le impresiona, sobre todo, el objeto de la filosofía —la búsqueda de lo verdadero y lo justo—, que responde a sus expectativas personales, puesto que le apasionan esta búsqueda de la verdad y la justicia. Le encantan los diálogos filosóficos, que permiten desarrollar habilidades de pensamiento: razonar, conceptualizar, problematizar, argumentar. Pero, sobre todo, le impresiona la dimensión ética de la filosofía, que ayuda a crecer en humanidad, a mejorar mediante la adquisición de las virtudes, a ser más feliz y a comprometerse de manera útil con la ciudad. Estas dos dimensiones, teórica y práctica, de la filosofía lo entusiasman, porque ve en ellas tanto un medio de pensar correctamente como un arte de vivir. Ahora bien, Frontón es su profesor de elocuencia y de retórica latina. Su objetivo es enseñar a su joven alumno a hablar bien, a convencer, a brillar. Desconfía de la filosofía, que podría conducirlo por caminos de conocimiento y sabiduría, sin duda

loables, pero que no considera indispensables para su misión de futuro jefe supremo del Imperio. Así se lo escribe con una pizca de ironía: «Incluso si llegas a alcanzar la sabiduría de Cleantes o de Zenón, tendrás que tomar igualmente a disgusto el palio [casulla] púrpura y no el palio de los filósofos, hecho de lana burda».[2] Considera que, para gobernar bien, es mejor ser elocuente que auténtico, convincente que virtuoso.

Frontón utiliza también toda su influencia para convencer a Marco de que renuncie a sus estudios griegos y a la filosofía para dedicarse por entero al arte de hablar bien en latín. Este viejo debate se remonta a Sócrates, que defiende la búsqueda del bien y la verdad frente a los sofistas, que abogan por la eficacia del arte oratoria. Aunque continuará con el estudio de la retórica, Marco Aurelio elige en su corazón a Sócrates contra los sofistas. En una carta que envía a Frontón en el año 146, cuando tiene 25 años, se atreve por fin a confiarle a su maestro y amigo: «Tu venida, al tiempo que me hace feliz, me impacienta. Por qué me hace feliz, que nadie trate de saberlo; por qué me impacienta, yo mismo te he de confesar, ¡santo dios!, por qué. En efecto, a lo que me diste para que escribiera ni siquiera le he dedicado un poquito de atención, aunque he estado desocupado. En este momento me entretienen mucho los libros de Aristón [filósofo estoico] y, al mismo tiempo, me vienen mal. En la medida en que me enseñan lo que es mejor, me vienen bien, desde luego; pero cuando me dan a entender cuánto dista mi alma de los mejores preceptos, más de una vez tu discípulo se ruboriza y se irrita de que a sus 25 años aún no ha asimilado en su espíritu ninguna noble doctrina y principio puro. Y así, me siento arrepentido, me pongo irascible, me pongo triste, miro con envidia a otros, dejo de comer. Atenazado ahora por estas preocupaciones, he dejado de un día para otro mi promesa de escribir».[3]

La *Historia Augusta* nos informa sobre los seis maestros que enseñaron filosofía al futuro emperador entre los 17 y los 40 años: «Tanta fue su afición por la filosofía que, aun después de estar ya adscrito a la casa imperial, iba a casa de Apolonio para aprender. También asistió a las clases de los estoicos Sexto de Queronea, sobrino de Plutarco; de Junio Rústico, de Claudio Máximo y de Cina Catulo; y, como era aficionado a la escuela peripatética, asistió a las clases de Claudio Severo».[4] Marco Aurelio menciona también estos nombres en el primer libro de sus *Meditaciones*. Ante todo, da las gracias a su principal maestro, Junio Rústico, que le abre su biblioteca y le permite descubrir al principal representante del estoicismo romano, Epicteto, el antiguo esclavo convertido en filósofo que, como veremos más adelante, lo marcará profundamente. También da las gracias a Rústico por haber «concebido la idea de la necesidad de enderezar y cuidar mi carácter» y «no haberme desviado a la emulación sofística ni escribir tratados teóricos ni recitar discursillos de exhortación ni hacerme pasar por persona ascética o filántropo con vistosos alardes; y el haberme apartado de la retórica, de la poética y del refinamiento cortesano».[5]

En suma, claramente bajo la influencia de Junio Rústico, Marco Aurelio opta por la filosofía frente a la retórica, por la búsqueda de la verdad frente a la de la elocuencia, por la vida buena y justa frente al reconocimiento social. Sin embargo, Rústico no sólo es uno de los principales representantes de la corriente estoica en Roma. También es un estadista, muy comprometido con el servicio a la ciudad, y, cuando llegue a emperador, Marco Aurelio lo convertirá en uno de los miembros permanentes de su consejo y lo nombrará varias veces prefecto de Roma durante sus ausencias. Reconoce también una deuda importante hacia otro eminente filósofo estoico de la época,

Apolonio de Calcedonia, que le descubre la enseñanza de los fundadores del estoicismo, sobre todo Zenón de Citio y su alumno Aristón, y a quien debe «la libertad de criterio y la decisión firme, sin vacilaciones ni recursos fortuitos; no dirigir la mirada a ninguna otra cosa más que a la razón, ni siquiera por poco tiempo; el ser siempre inalterable, en los agudos dolores, en la pérdida de un hijo, en las enfermedades prolongadas; el haber visto claramente en un modelo vivo que la misma persona puede ser muy rigurosa y al mismo tiempo desenfadada».[6] Encontramos aquí tres rasgos esenciales de la doctrina estoica: dejarse guiar sólo por la razón, aprender a mantenerse sereno en cualquier circunstancia y controlar las emociones. Marco Aurelio da las gracias a otros tres maestros estoicos. En primer lugar, a Sexto de Queronea, que le ha enseñado «la benevolencia, el atender a los amigos con solicitud y la tolerancia con los ignorantes» o también «la armonía con todos».[7] Después, a Cina Catulo, que le ha enseñado, sobre todo, a «no dar poca importancia a la queja de un amigo, aunque casualmente fuera infundada».[8] Por último, a Claudio Máximo, de quien hace un emotivo elogio, como hombre que supo poner siempre en práctica su filosofía: «El dominio de sí mismo y no dejarse arrastrar por nada; el buen ánimo en todas las circunstancias y especialmente en las enfermedades [...]. La beneficencia, el perdón y la sinceridad; el dar la impresión de hombre recto e inflexible más bien que corregido; que nadie se creyera menospreciado por él ni sospechara que se consideraba superior a él».[9] Marco Aurelio también rinde homenaje al único filósofo no estoico que le enseña, Claudio Severo, quien le descubre la doctrina de Platón —«el amor a la familia, a la verdad y a la justicia»— y de Aristóteles, sobre todo en lo referente a «la idea de una constitución basada en la igualdad ante la ley, regida por la equidad y la libertad de expresión igual para todos, y

de una realeza que honra y respeta, por encima de todo, la libertad de sus súbditos».[10]

Esta pasión de Marco Aurelio por la filosofía desde una edad muy temprana, y este esfuerzo incesante por estudiarla y ponerla en práctica durante toda su vida, ¿lo convierten en un filósofo y, concretamente, en un filósofo estoico? En un ensayo iconoclasta publicado en 2016, el excelente especialista en pensamiento antiguo Pierre Vesperini afirma que Marco Aurelio ¡no es ni filósofo ni estoico! Esta tesis provocadora, a contracorriente de todas las interpretaciones que sientan cátedra —desde los primeros historiadores de la Antigüedad hasta Pierre Hadot—, merece que le dediquemos unas líneas. Pierre Vesperini recuerda con razón que las *Meditaciones* no son una obra de filosofía en el sentido clásico del término. Marco Aurelio, como ya he dicho, no pretende escribir un discurso filosófico estructurado, sino que ofrece lo que se llamaban en la Antigüedad *logoi philosophoi*: máximas éticas para ayudar a «mantenerse recto», a comportarse de manera justa y buena. Aunque admite que el emperador obtiene lo esencial de sus argumentos del estoicismo, el autor señala además, con razón, que también hace referencia a otros autores, como Heráclito, Sócrates, Platón o Epicuro. Para Pierre Vesperini, Marco Aurelio no puede calificarse realmente de filósofo, puesto que no hizo progresar la disciplina ni inventó conceptos nuevos y, dado que su adhesión al estoicismo no era exclusiva, sería impropio considerarlo un adepto de esta doctrina. Para el autor, Marco Aurelio, como numerosos nobles de su tiempo, es un espíritu libre, que no pertenece a ninguna escuela filosófica particular y que utiliza máximas filosóficas para actuar bien como ciudadano romano. «Por consiguiente, no se

trata de meditar una doctrina y transformarla, sino de utilizar los *logoi* para mantenerse recto [...]. Mantenerse recto era gobernarse a sí mismo para poder gobernar a los demás [...]. Por lo tanto, mantenerse recto no significa vivir como filósofo estoico, llevar una vida de estoico, sino, como Marco Aurelio no deja de repetir, vivir como romano, como ciudadano, como hombre, como Antonino, como discípulo de Antonino. Por consiguiente, si Marco Aurelio recurre a los discursos estoicos, es porque ha encontrado herramientas de una eficacia decisiva para "mantenerse recto". Las ha considerado capaces, más que otras, de "llegar a su corazón".» Y concluye: «En ninguna parte de sus escritos vemos a Marco Aurelio afirmar alguna fidelidad al estoicismo o pretender construir una doctrina filosófica personal; en pocas palabras, hacer evolucionar el estoicismo».[11]

Todo lo que afirma Pierre Vesperini es correcto y, a partir de estas constataciones, se pueden extraer las mismas conclusiones que él. Sin embargo, también es posible encontrar otros argumentos —en los que me voy a centrar— que acreditan la tesis inversa, según la cual es perfectamente legítimo ver en Marco Aurelio a un filósofo que expresa en sus *Meditaciones* la quintaesencia de la doctrina estoica. La primera razón que permite considerar a Marco Aurelio como un filósofo, incluso como un filósofo estoico, es que así lo consideraban muchos de sus contemporáneos y los historiadores antiguos, según la definición que daban entonces de la filosofía, ante todo entendida como un arte de vivir. La *Historia Augusta*, por ejemplo, titula el texto biográfico dedicado a Marco Aurelio: «Marco Antonino el filósofo» y precisa, en la primera línea, que «filosofó toda su vida y que superó en la probidad de su vida a todos los emperadores», antes de especificar que asistió a las clases «de manera especial a las de Junio Rústico, a quien reverenció y siguió

como el hombre más versado en la filosofía estoica».[12] Eutropio, por su parte, escribe de él: «Dedicado a la filosofía estoica, él mismo fue filósofo no sólo por las costumbres de su vida, sino también por su formación».[13] Es cierto que Dion Casio —el único al que cita Pierre Vesperini— modera el tono al precisar: «Se inclinaba más hacia las doctrinas de la escuela estoica».[14] Pero poco importa este matiz; aunque, en efecto, se interesa por otras corrientes filosóficas, como el platonismo, el aristotelismo o el epicureísmo, el pensamiento de Marco Aurelio está, ante todo, profundamente anclado en la doctrina estoica, como ya he comentado en la introducción y como veremos en la segunda parte de esta obra, dedicada a los grandes temas de las *Meditaciones*, que remiten todos a la doctrina estoica: el universo es un gran ser vivo donde todo es interdependiente; todo lo que ocurre es necesario; el bien y el mal sólo existen en la intención moral y no en los actos exteriores; no es la realidad lo que nos hace felices o desgraciados, sino la opinión o la representación que tenemos de ella; hay que vivir en el momento presente; todo el objetivo de la vida filosófica es conseguir la ecuanimidad, la tranquilidad del alma, la serenidad, etc. ¡Nadie se atreverá a afirmar que Zenón de Citio (el fundador de la corriente estoica) o Epicteto (la principal figura del estoicismo romano) no son estoicos debido a que también citan, a veces, a filósofos de otras escuelas! Que se interesen por las ideas de otras escuelas no les impide, como a Marco Aurelio, adherirse a una física, una lógica y una ética que los inscriben en una corriente filosófica concreta: el estoicismo. Por otra parte, el filósofo no estoico más citado por Marco Aurelio es Sócrates, y veremos que lo transforma para convertirlo en una figura del sabio eterno, ¡totalmente conforme con la visión estoica que tiene!

¿Por qué lo percibían en la Antigüedad como filósofo? Simplemente porque los antiguos tenían varias definiciones de la filosofía y del filósofo, y la principal se corresponde muy bien con lo que fue Marco Aurelio. En el mundo antiguo, un filósofo puede ser, como define Pierre Vesperini (según una interpretación que también es, y sobre todo, la de los modernos), un intelectual que crea conceptos nuevos y hace progresar una doctrina. Es claramente el caso de Platón, Aristóteles, Epicuro o Zenón de Citio. Pero, para los antiguos, un filósofo también puede ser un aspirante a la sabiduría, es decir, un hombre que intenta llevar una vida virtuosa, conforme a la razón, y que, con su ejemplaridad, es edificante para sus contemporáneos; es el caso de Sócrates, Diógenes, Epicteto, Séneca o Marco Aurelio. Por lo tanto, si se atribuye en la Antigüedad el calificativo de «filósofo» a Marco Aurelio, no es porque inventara una doctrina nueva o hiciera progresar el pensamiento estoico, sino porque lo encarnó. Para sus contemporáneos, vivió como filósofo, es decir, como un hombre racional y justo, lo cual reconoce incluso el apologista cristiano Justino —que será asesinado por el prefecto de Roma— al calificarlo también de «filósofo» al principio de su *Apología*. Por otra parte, toda la ambición de Marco Aurelio es, como se puede leer en cada página de las *Meditaciones*: «¿Qué, pues, puede darnos compañía? Única y exclusivamente la filosofía. Y ésta consiste en preservar el guía interior, exento de ultrajes y de daño, dueño de placeres y penas, sin hacer nada al azar, sin valerse de la mentira ni de la hipocresía, al margen de lo que otro haga o deje de hacer; más aún, aceptando lo que acontece y se le asigna, como procediendo de aquel lugar de donde él mismo ha venido. Y, sobre todo, aguardando la muerte con pensamiento favorable, en la convicción de que ésta no es otra cosa que disolución de los elementos de que está compuesto cada ser vivo». [15]

A través de dos obras importantes —*¿Qué es la filosofía antigua?* y *La ciudadela interior. Introducción a las Meditaciones de Marco Aurelio*—, Pierre Hadot ha recordado muy bien la concepción que tenían, ante todo, los griegos y los romanos del filósofo: «Un filósofo en la Antigüedad no es necesariamente, como se tiende a pensar demasiado a menudo, un teórico de la filosofía. Un filósofo, en la Antigüedad, es alguien que vive como filósofo, que lleva una vida filosófica [...]. Ser filósofo no es haber recibido una formación filosófica teórica o ser profesor de filosofía; es, después de una conversión que opera un cambio radical de la vida, profesar un modo de vida diferente al de otros hombres [...]. Marco Aurelio, al escribir las *Meditaciones*, no ha inventado nada nuevo, no ha hecho progresar la doctrina estoica. Pero eso no es razón para decir que no era un filósofo y, sobre todo, no un filósofo estoico».[16] Aunque sabía que no era un sabio consumado, Marco Aurelio aspiraba a serlo; por lo tanto, a llevar una vida filosófica.

En efecto, es lo suficientemente modesto y consciente de sus limitaciones como para rechazar el nombre halagador de «filósofo» que algunos le atribuyen ya en vida: «Eso también te lleva a desdeñar la vanagloria: el hecho de que no puedes haber vivido tu vida entera, o al menos la que transcurrió desde tu juventud, como un filósofo. Por el contrario, has dejado claro para otras muchas personas, e incluso para ti mismo, que estás alejado de la filosofía. Estás, pues, confundido, de manera que ya no te va a resultar fácil conseguir la reputación de filósofo».[17] Pero ésa fue, sin embargo, su ambición, y la puso en práctica, como reconoce, por otra parte, Pierre Vesperini: «En Adriano y en Antonino, la filosofía estuvo todavía más presente. Pero ninguno de ellos quiso recibir el nombre de *philosophos*. Es lo que pretendió y consiguió Marco Aurelio: repitámoslo, no en el sentido de filósofo profesional, sino en el

sentido de hombre ejemplar por su cultura, su virtud y su relación con los dioses». No podríamos expresarlo mejor; por consiguiente, ¿por qué no calificarlo de filósofo según esta segunda acepción, que era la de su tiempo? Como escribe Plutarco, brevemente contemporáneo de Marco Aurelio: «La mayoría imagina que la filosofía consiste en discutir desde lo alto de una cátedra y profesar cursos sobre textos, pero lo que no llega a comprender esa gente es la filosofía ininterrumpida que podemos ejercer cada día de manera perfectamente igual a sí misma [...]. Sócrates no hacía disponer gradas para los auditores, no se sentaba en una cátedra profesoral, no tenía horario fijo para discutir o pasearse con sus discípulos. Pero, a veces, bromeando con ellos, bebiendo, yendo a la guerra o al Ágora con ellos y, por último, yendo a la prisión y bebiendo el veneno, filosofó. Fue el primero en mostrar que, en todo tiempo y en todo lugar, en todo lo que nos sucede y en todo lo que hacemos, la vida cotidiana da la posibilidad de filosofar».[18] Immanuel Kant, el gran pensador de la Ilustración, aboga también por esta distinción entre una filosofía «escolar», que busca la perfección lógica del conocimiento y a la que se entregan los «artistas de la razón», y una filosofía «del mundo», que no es otra que la antigua búsqueda de la sabiduría, que todo ser humano puede practicar. Por supuesto, Marco Aurelio no era un artista de la razón, pero, como Sócrates, Epicuro o Epicteto, aspira a la sabiduría y a llevar una vida filosófica: «No sigas discutiendo ya acerca de qué tipo de cualidades debe reunir el hombre bueno, sino trata de serlo», escribe.[19] Su vida y sus escritos han demostrado que lo consiguió en gran medida, y nos parece legítimo atribuirle, como los antiguos, el bello nombre de «filósofo», pero también el de «estoico», debido al enraizamiento profundo de su pensamiento en la doctrina de esta escuela de sabiduría.

4

El estoicismo: una escuela de sabiduría

> La perfección moral consiste en esto: en pasar cada día como si fuera el último, sin convulsiones, sin entorpecimientos, sin hipocresías.[1]
>
> MARCO AURELIO

Aunque es un espíritu libre y en sus escritos cita a filósofos que pertenecen a diversas corrientes, Marco Aurelio se inscribe, ante todo, en una línea de pensamiento, la del estoicismo, cuya historia y grandes principios me gustaría recordar aquí brevemente, colocándola en un contexto más global: el de las escuelas de sabiduría de la Antigüedad.

De Pitágoras a Heráclito, pasando por Tales, Anaxágoras o Anaximandro, los primeros filósofos griegos se interesaron, sobre todo, por la naturaleza y desarrollaron un discurso cosmológico y una física. Parménides, que introdujo las nociones de ser y verdad en el discurso filosófico, y, sobre todo, Sócrates, marcan un giro importante. Este último, hijo de una comadrona, recorre las calles de Atenas y se presenta como un modesto partero de almas. A pesar de su fealdad, seduce a la juventud ateniense con la perspicacia de su inteligencia, pero también con su desinterés y la simplicidad de su modo de vida. Cuando se entera de que el oráculo de Delfos afirma que nadie es tan sabio como él, Sócrates declara que ¡si es sabio, es

porque sabe que no sabe nada! Procediendo con la misma ironía y fingiendo ignorancia, no deja de interrogar a sus interlocutores para acorralarlos en sus contradicciones y hacerles tomar consciencia de su «no saber». Después, Sócrates los ayuda a dar a luz su propia verdad, la que está oculta en el fondo de su alma, que estaba oscurecida por sus apriorismos personales y los prejuicios de su tiempo. Frente a los sofistas, que utilizan la filosofía como un discurso elocuente que pretende convencer y afirmarse socialmente, Sócrates da sentido a la búsqueda de la sabiduría. Filosofar ya no es un «saber hacer», sino un «saber ser», un arte de vivir según la razón y la justicia. El filósofo es un hombre que desea la sabiduría.[2] Sócrates valoriza así la intención moral y habría afirmado, según Aristóteles, que nadie hace el mal voluntariamente, sino solamente por ignorancia.[3] Por lo tanto, hay que distinguir, mediante el uso de la razón, el bien verdadero de los bienes aparentes, hacia los que se orientan los ignorantes. El enamorado de la sabiduría debe aprender a pensar bien, a discernir, para orientar sus deseos y sus acciones hacia los verdaderos bienes y no hacia los bienes ilusorios. Por lo tanto, en el fondo de la sabiduría socrática se encuentra el amor por el bien y la pureza de la intención moral. La razón aparece como la herramienta necesaria para salir de la ignorancia y actuar bien. De este postulado fundamental y revolucionario surgirán las escuelas de sabiduría de la Antigüedad, pero también los grandes pensamientos éticos modernos inspirados en él, como los de Montaigne, Spinoza o Kant.

Condenado a muerte en el año 399 antes de nuestra era, Sócrates siempre será la figura del filósofo, el enamorado de la sabiduría, el que intenta pensar mejor para llevar una vida buena (según el bien).

Del platonismo al neoplatonismo, pasando por el aristotelismo, el epicureísmo o el estoicismo, las grandes corrientes de sabiduría de la Antigüedad, por diversas que sean, tienen todas un punto en común: consideran la filosofía no sólo como un saber, sino también, y sobre todo, como un modo de vida. Con el fin de favorecer este compromiso existencial, esta búsqueda de la sabiduría, todas funcionan según el mismo modelo, el de una escuela donde se aprende un saber teórico y el de un lugar donde se comparten momentos de vida en común y donde se practican ejercicios: la dialéctica, la meditación, el aprendizaje de máximas, la observación de un cierto régimen alimentario, la preparación para el sueño, etc.

Por ello, en el año 387 antes de nuestra era, Platón, uno de los principales discípulos de Sócrates, funda la Academia, que debe su nombre a un gimnasio de los alrededores de Atenas, para enseñar allí a sus alumnos. Además, compra una pequeña propiedad adyacente en la que pueden reunirse para conversar más libremente y compartir momentos de vida en común. Platón concibe la filosofía como un camino iniciático hacia las ideas de lo verdadero, lo bello, lo bueno, lo justo, que se encuentran ocultas en nuestras almas y que hemos olvidado al encarnarnos. Su principal discípulo, Aristóteles, después de haber frecuentado la Academia durante veinte años y de ser el preceptor del futuro Alejandro Magno, funda también su escuela, en el año 335 antes de nuestra era, en el Liceo, otro gimnasio. No se adhiere a la teoría platónica de las ideas y la reminiscencia, pero, de todos modos, hace de la vida contemplativa (*theoria*) la cumbre de la actividad humana y la principal fuente de la felicidad.

Epicuro, por su parte, funda, en el año 306 antes de nuestra era, una escuela en el campo cerca de Atenas, de ahí el nombre de Jardín, donde le gusta filosofar con sus amigos y discípulos alrededor

de una buena comida. Al contrario que Espeusipo, el sobrino y sucesor de Platón en la Academia, que afirma que hay que luchar contra los placeres para ser feliz, Epicuro sostiene que no hay felicidad sin placer, pero que hay que aprender a discernir y moderar los placeres y preferir los necesarios y naturales a los superfluos (la riqueza, los honores, el renombre, etc.).

Por último, Zenón de Citio enseña bajo un pórtico (*stoa* en griego), lo que dará el nombre de «estoicismo» a su escuela (fundada en el año 301 antes de nuestra era). Enseña que la felicidad y la desdicha no residen tanto en las cosas en sí, sino en la representación que nos hacemos de ellas. El acceso a todas estas escuelas es libre, pero, para permitir su buen funcionamiento, se invita a los alumnos y discípulos a aportar un óbolo. A veces, también reciben el apoyo de ricos mecenas, como Idomedeo para el Jardín de Epicuro, o de la fortuna personal de su fundador, como Zenón, que heredará de su padre, un rico comerciante fenicio.

Nacidas en Atenas a lo largo del siglo IV antes de nuestra era, estas cuatro grandes escuelas prosperarán durante los tres siglos siguientes (período helenístico), pero la dominación de Roma, a partir de finales del siglo I antes de nuestra era, reduce su influencia, con la notable excepción de la escuela estoica (y en cierta medida del epicureísmo), que experimentará un nuevo auge en el Imperio romano en los siglos I y II de nuestra era. Por último, en el siglo III surge y se desarrolla la última gran escuela filosófica de la Antigüedad: la corriente neoplatónica, fundada en Roma por Plotino en el año 246, que pone el acento en la contemplación divina (el Uno). A estas escuelas clásicas se pueden añadir dos corrientes más informales, que rechazan la propia idea de escuela o de doctrina

intangible, pero que siguen vinculadas al proyecto de llevar una vida filosófica: el escepticismo de Pirrón, que niega cualquier certeza y aboga por la supresión del juicio, y el cinismo de Antístenes o de Diógenes, que rechazan también cualquier enseñanza dogmática y abogan por la provocación para despertar a los ciudadanos.

Todas estas corrientes de sabiduría coinciden en constatar la miseria y la ignorancia del ser humano y proponen remedios para curar su alma enferma. Por lo tanto, la filosofía tiene un objetivo esencialmente terapéutico (como en las filosofías orientales, como el budismo, que se desarrolla más o menos en el mismo período). No obstante, los diagnósticos sobre las causas de la miseria humana difieren: los cínicos denuncian las convenciones sociales; los escépticos, las opiniones erróneas; los epicúreos, el apego a los falsos placeres, y los estoicos, la influencia de lo imaginario y de las representaciones que perturban el alma. Esta búsqueda de ausencia de desasosiego, de serenidad, de paz interior, sea cual sea el nombre que se le dé —ataraxia, ecuanimidad—, es un punto en común en la mayoría de estas corrientes de sabiduría, que proponen, para conseguirlo, un cambio de enfoque, de manera de pensar y de vivir. Por lo tanto, tienen una función eminentemente educativa: se trata de enseñar a los seres humanos, en especial a los jóvenes, a pensar mejor, a ser virtuosos, a comprometerse en el servicio del bien común y, para ello, la ejemplaridad de la vida es más valiosa que cualquier discurso. Al morir Zenón, fundador del estoicismo, los atenienses promulgan un decreto que expresa de manera muy explícita los beneficios educativos y sociales de su escuela de sabiduría: «En vista de que Zenón, hijo de Mnaseas, de Citio, que durante largos años vivió según la filosofía en la ciudad, no sólo fue un hombre de bien en cualquier ocasión, sino en particular, por su incitación a la virtud y la temperancia, favoreció

una mejor conducta en los jóvenes que asistían a su escuela, ofreciendo a todos el modelo de una vida que siempre estaba de acuerdo con los principios que enseñaba».[4]

Zenón nace en Citio, la actual Larnaca, en Chipre. Su padre es un comerciante de origen fenicio que se dedica al comercio en toda la cuenca mediterránea. Tras el naufragio de su barco cerca de Atenas, cuando tiene 22 años, Zenón descubre la filosofía y regresa a menudo a la ciudad griega para iniciarse en las enseñanzas de los cínicos y la escuela platónica. A los 35 años decide fundar su propia escuela bajo el Pórtico de las Pinturas, que toma el nombre de esta galería cubierta (*stoa*) donde tiene la costumbre de conversar con sus discípulos. Estos afluyen con rapidez porque Zenón —que recibe el apodo de «el pequeño fenicio» por su aspecto físico endeble y su tez morena— abre su escuela a todos (ciudadanos atenienses, extranjeros, mujeres, esclavos) y considera que los seres humanos son, ante todo, ciudadanos del mundo (ésta es también la razón por la que rechazará la ciudadanía ateniense que se le ofrece). A la vez que se inscribe en la perspectiva socrática de una vida filosófica dirigida hacia la sabiduría, desarrolla una doctrina estructurada en torno a tres ejes: la física, la lógica y la ética. Desarrollaremos este aspecto con más detalle cuando estudiemos los grandes temas de las *Meditaciones* de Marco Aurelio, pero hablemos aquí muy sucintamente de estas tres dimensiones, muy intrincadas entre sí.

Zenón considera el universo como un gran ser vivo constituido por dos principios fundamentales: la materia, principio pasivo, y la razón (*logos*) divina, principio activo, que la tradición estoica llamará, indistintamente, *Logos*, Dios o incluso Zeus. Por ejemplo, Cleantes, uno de los sucesores de Zenón a la cabeza del Pórtico, escribirá un

«Himno a Zeus» con acentos monoteístas, y Epicteto o Marco Aurelio, como veremos, hablan con frecuencia de «Dios» para calificar a la Razón divina universal, lo cual no les impide también rendir culto a los diversos dioses de la ciudad (en el capítulo ocho de la segunda parte volveré a esta concepción religiosa compleja). Zenón considera también que en el universo existe una simpatía universal (todas las partes están ligadas al Todo) y un determinismo cósmico que influye en la vida humana en forma del destino. Cada ser humano posee, pues, una razón (*logos*) que lo une al *Logos* divino universal y recibe un destino contra el que no puede actuar, salvo aceptando desempeñar bien el papel que se le ha asignado en esta inmensa obra cósmica. Por lo tanto, el *Logos* divino ha organizado, desde el origen, la disposición de las causas y los efectos, fijando el destino de cada ser con vistas a lo mejor para el bien común. Por consiguiente, no somos libres de elegir nuestro destino, pero sí lo somos de consentirlo o no, de ser felices o desgraciados, de obrar mal o bien (conforme a la naturaleza).

La lógica permite comprender que empezamos por tener una representación de las cosas a través de nuestros sentidos y de nuestra imaginación. Después, se trata de alcanzar una comprensión verdadera de ello y adherirse libremente: el asentimiento. Por último, la ética nos incita a practicar la virtud, a vivir conforme a la naturaleza; es decir, a vivir según la recta razón, la que está de acuerdo con la Razón universal que gobierna el mundo. La lógica también permite comprender que el bien y el mal sólo existen en la intención moral y que todos los acontecimientos exteriores son indiferentes, no son ni buenos ni malos en sí mismos y sólo nos afectan si queremos que lo hagan. Entre los indiferentes, Zenón distingue los que son, en resumidas cuentas, «preferibles» (la salud, la belleza, el talento, la riqueza, etc.), pero que, sin embargo, siguen

siendo indiferentes porque no tienen ninguna incidencia sobre nuestra vida moral: se puede ser rico y comportarse mal, igual que se puede ser pobre y ser un sabio.

Aunque sus sucesores las interpretarán de maneras diversas, estas tres dimensiones de la doctrina estoica perdurarán, como veremos, hasta Marco Aurelio. Los escolarcas que sucederán a Zenón a la cabeza del Pórtico en Atenas, y que proceden de las cuatro esquinas de la cuenca mediterránea, desarrollarán y enriquecerán esta doctrina: Cleantes de Aso (Anatolia), Crisipo de Solos (Cilicia) —que escribió numerosas obras, algunas de las cuales llegaron hasta Marco Aurelio, pero se perdieron después—, Diógenes de Babilonia, Antípatro de Tarso. A mediados del siglo II antes de nuestra era, Panecio de Rodas funda una escuela estoica en Roma y abre una nueva página de su historia, que los historiadores califican de «estoicismo medio». Con su discípulo Posidonio de Apamea (Siria), adaptan un poco la doctrina estoica a la cultura romana, sobre todo insistiendo en los deberes y las obligaciones que tienen los seres humanos hacia la ciudad y los dioses, y con ello popularizan el pensamiento estoico ante las élites romanas, que valoran también especialmente el carácter cosmopolita de su doctrina y de sus representantes. Con Séneca y Epicteto se abre la tercera página del estoicismo antiguo, que se califica de «tardío» o «imperial» y que triunfará con la llegada a la cabeza del Imperio de un filósofo estoico: Marco Aurelio.

Séneca, nacido en Córdoba en el año 4 antes de nuestra era, emigra de niño a Roma con su familia, donde recibe una educación muy completa que le permite iniciarse en la filosofía. Asiduo de la corte, llega a aconsejar al emperador Calígula, a quien no aprecia mucho y que acaba por condenarlo a muerte. Séneca debe su salvación a una de las amantes del emperador, que aprecia su

sabiduría. Después se convierte en el consejero del sucesor de Calígula, Claudio, pero esta vez es víctima de los celos de Mesalina, la tercera esposa de Claudio, que lo condena de nuevo a muerte y luego le conmuta la pena por el exilio en Córcega. En el año 49, después de ocho años de exilio, Agripina, la nueva esposa de Claudio, quiere que Séneca sea el preceptor de su hijo Nerón —a quien algunos historiadores antiguos consideran en realidad hijo del filósofo— y lo llama a Roma. Por lo tanto, pasa a ser el preceptor del joven, que entonces tiene 12 años. Se encuentra cerca de él cuando se convierte en emperador a los 17 años y le da consejos útiles durante los primeros años de su reinado, en los que Roma vive en la prosperidad y la estabilidad. Séneca aprovecha para enriquecerse considerablemente, algo que se le reprochará, pero también le afectan los conflictos entre el joven emperador y su madre Agripina, que ha asesinado a Claudio y quiere acaparar el poder. Después del asesinato de Agripina por Nerón, en el año 59, y al constatar la creciente locura del emperador, Séneca se retira de la corte imperial, pero Nerón le tiene un odio feroz, lo acusa de haber participado en un complot contra él y lo condena a suicidarse, cosa que Séneca hace en el año 65.

Durante los quince últimos años de su vida, Séneca escribió numerosas obras que revelan la profundidad de su pensamiento estoico, aunque su vida no siempre fue, ni de lejos, un modelo de virtud: *De la serenidad del alma*, *De la vida feliz*, *De la brevedad de la vida*, etc. Pero su pensamiento se conoce, sobre todo, a través de las ciento veinticuatro *Cartas a Lucilio*, escritas en latín a Lucilio, el gobernador romano de Sicilia, en los últimos años de su vida. Este alto funcionario, poeta en su tiempo libre, es más bien adepto de la doctrina epicúrea y se abre a Séneca sobre su resolución de vivir según la filosofía. En un estilo a la vez simple y potente, y aunque

cita a numerosos filósofos como Platón o Epicuro, Séneca transmite en estas cartas lo esencial de la doctrina estoica. Así empieza su primera carta: «Obra así, querido Lucilio: reivindica para ti la posesión de ti mismo, y el tiempo que hasta ahora se te arrebataba, se te sustraía o se te escapaba, recupéralo y consérvalo. Persuádete de que esto es así tal como escribo: unos tiempos se nos arrebatan, otros se nos sustraen y otros se nos escapan. Sin embargo, lo más reprensible es la pérdida, que se produce por la negligencia. Y, si quieres poner atención, te darás cuenta de que una gran parte de la existencia se nos escapa obrando mal, la mayor parte estando inactivos, toda ella obrando cosas distintas de las que debemos. ¿A quién me nombrarás que conceda algún valor al tiempo, que ponga precio al día, que comprenda que va muriendo cada momento? Realmente nos engañamos en esto: que consideramos lejana la muerte, siendo así que gran parte de ella ya ha pasado. Todo cuanto de nuestra vida queda atrás, la muerte lo posee. Por lo tanto, querido Lucilio, haz lo que me dices que estás haciendo: acapara todas las horas. Así sucederá que estés menos pendiente del mañana, si te has aplicado al día de hoy. Mientras aplazamos las decisiones, la vida transcurre. Todo, Lucilio, es ajeno a nosotros; tan sólo el tiempo es nuestro».[5]

El segundo gran representante del estoicismo imperial, y sin duda el más importante, es un antiguo esclavo liberto: Epicteto. Es el filósofo más citado por Marco Aurelio y con toda certeza el que más lo marcó, tanto por la profundidad de su doctrina como por la ejemplaridad de su vida. Epicteto nace en el año 50 de nuestra era en Frigia (actual Turquía). Hijo de una esclava y cojo desde la infancia, fue vendido en Roma a Epafrodito, un liberto de Nerón, de

carácter muy autoritario, pero que se interesa por la filosofía y le permite asistir a las enseñanzas de un famoso filósofo estoico romano de la época, Musonio Rufo. Liberado a su vez después de la muerte de Nerón, en el año 68, Epicteto decide dedicar su vida a la filosofía. Empieza a enseñar el estoicismo en la humilde casa donde vive, amueblada sólo con una mesa, una silla, una lámpara y un jergón, y a tener algunos discípulos. Pero, en el año 89, el emperador Domiciano expulsa de Italia a los filósofos, que le reprochan su tiranía. Epicteto emprende entonces numerosos viajes y crea una escuela estoica en la ciudad griega de Nicópolis que logra un éxito inmenso. Regresa a enseñar a Roma, donde es muy probable que cuente entre sus numerosos alumnos a Junio Rústico, el maestro de Marco Aurelio, y después vuelve a Nicópolis, donde fallece hacia la edad de 80 años. Su enseñanza, muy animada y a menudo dialogada, es calcada de la de Sócrates, a quien aprecia por su ironía y por su carácter muy concreto, que llega a todos. Epicteto se mantiene fiel a la doctrina estoica, pero retiene sobre todo la dimensión ética, que encarna a través de una vida ejemplar. Como Sócrates, Epicteto no deja ningún escrito, pero uno de sus discípulos, Flavio Arriano, en Nicópolis, toma notas de sus enseñanzas en ocho cuadernos (de los que sólo nos han llegado cuatro), que se convertirán en los famosos *Discursos de Epicteto*. Después condensa esas notas en un texto todavía más breve, que más tarde tomará el nombre de *Manual de Epicteto* y que tendrá un futuro destacable, puesto que influirá no sólo en el joven emperador Marco Aurelio, sino también en los pensadores más importantes del Renacimiento y la época moderna, de Montaigne a Pascal, pasando por Spinoza, todos influenciados por el estoicismo de Epicteto. Ahora bien, Arriano, en una carta a su amigo Lucio Gelio, afirma que nunca tuvo la intención de publicar sus notas, que estaban destinadas a sí

mismo, como las *Meditaciones* de Marco Aurelio: «No sé cómo algunas notas, que se encontraban en este estado, pudieron caer en el dominio público contra mi voluntad y sin yo saberlo».[6] Prestadas a sus amigos y copiadas, acabaron por difundirse entre un amplio círculo de lectores.

El *Manual* se inicia con una distinción —que se hizo famosa— que establece Epicteto entre lo que depende de nosotros (nuestros juicios, nuestros impulsos hacia la acción, nuestros deseos y nuestras aversiones) y lo que no depende de nosotros (la salud, la riqueza, los honores, etc.). El filósofo constata que nuestras desgracias proceden muy a menudo del hecho de que deseamos cosas que no dependen de nosotros o sentimos aversión por ellas: nos frustramos por no ser ricos o famosos y nos contrariamos por tener mala salud o por ser injuriados. Por lo tanto, debemos comprender que nuestra libertad consiste en actuar sobre lo que depende de nosotros para soportar con entereza los acontecimientos del destino que no dependen de nosotros. Epicteto pone el ejemplo de un perro atado por el cuello a un carro tirado por dos bueyes que representa la fuerza del destino. Si el perro se resiste cada vez que el carro lo arrastra en una dirección que no está conforme con sus deseos, llegará al final de su viaje herido y agotado. Pero, si decide con sabiduría adaptarse libremente a la dirección tomada por el carro, que no puede controlar, llegará a su destino en plena forma. A través de esta imagen, Epicteto expone la esencia de la moral estoica: la doctrina del asentimiento, de la aceptación de lo que no depende de nosotros. Pero, para conseguirlo, conviene filtrar nuestras representaciones por el tamiz de la razón para hacerlas adecuadas. Por eso, Epicteto explica: «Contarán para los hombres no las cosas que ocurren, sino las opiniones que de ellas tienen. Por ejemplo, la muerte no es nada horrible, porque, si lo fuera, así lo

habría sentido Sócrates. Lo que sí es horrible es la opinión de que la muerte es horrible. Así pues, cuando estemos impedidos o intranquilos, nunca echemos la culpa a los demás, sino a nosotros mismos, esto es, a nuestras opiniones. Es cosa de hombre rudo echar la culpa a otro en lo que a él le va mal; echársela a sí mismo lo es de quien empieza a instruirse; y del erudito es propio no echársela a sí mismo ni a otro».[7]

Este tema central de la doctrina estoica influye profundamente en Marco Aurelio desde que descubre, en la juventud, los escritos de su casi contemporáneo Epicteto (Marco Aurelio es aún niño cuando éste muere y nunca lo conoce), y estará presente en sus *Meditaciones* desde la primera hasta la última página.

5

Lucio y la guerra de Oriente

> El haberme tocado en suerte un hermano capaz, por su carácter, de incitarme al cuidado de mí mismo y que, a la vez, me alegrara por su respeto y afecto.[1]
>
> MARCO AURELIO

Sin duda, Marco Aurelio se siente mucho más atraído por una existencia filosófica que por el ejercicio del poder imperial. Así lo escribe en sus *Meditaciones*: «Alejandro, César y Pompeyo ¿qué fueron en comparación con Diógenes, Heráclito y Sócrates? Éstos vieron cosas, sus causas, sus materias, y sus principios guías eran autosuficientes; pero aquéllos, ¡cuántas cosas ignoraban, de cuántas cosas eran esclavos!».[2] En efecto, la mayoría de los emperadores romanos fueron esclavos de sus impulsos, de su vanidad, de su orgullo, mientras que numerosos filósofos aprendieron a conocerse y pudieron ejercer una verdadera libertad interior que los hizo plenamente humanos. Consciente de esto, Marco Aurelio, que aceptó, no sin tormento, su destino imperial desde la adolescencia, no dejó de intentar conciliar la vida filosófica con el gobierno del Imperio. Aprendió a gobernar junto a Antonino durante cerca de veintitrés años en una coyuntura especialmente favorable: paz en las fronteras y en el seno del Imperio; prosperidad económica y auge demográfico; pocas calamidades naturales; estabilidad política. En el

año 146, cuando tiene 24 años, se casa con la hija de Antonino, su padre adoptivo; Faustina tiene nueve años menos que él. Aunque su matrimonio, como hemos visto, lo arregla Antonino, todo hace pensar que Marco ama a su mujer. Tienen trece hijos (de los que sólo seis sobrevivirán a sus padres) y Marco Aurelio está muy unido a su familia. Ante todo, por unos vínculos afectivos fuertes, pero también porque los valores familiares son cruciales en la antigua Roma, y él pretendía ser un buen esposo y un buen padre de familia. La correspondencia con Frontón muestra esta ternura familiar, tan importante en la vida de Marco Aurelio. Poco después del nacimiento de su primera hija, Faustina, Frontón escribe a Marco, entonces ausente de Roma: «He visto a tu hija. Me parece haber visto a un tiempo a Faustina y a ti cuando erais niños: tan buena es la mezcla de uno y otro en su rostro. Te amo diez veces más. Adiós, mi dulcísimo señor. Saluda a tu señora». La respuesta no se hace esperar: «También nosotros queremos más a Gracia porque es igual que tú. Por eso comprendemos cuán grato te resulta el parecido de nuestra hija con nosotros dos y, sobre todo, me alegra el que la hayas visto. Adiós, mi excelente maestro».[3]

Antonino muere el 7 de marzo del año 161 (a causa del paludismo o de una intoxicación alimentaria) después del reinado más largo de la historia de Roma desde Augusto. Según un biógrafo antiguo, Marco sólo se alejó dos días de la compañía de su padre adoptivo durante sus veintitrés años de reinado: vivían en el mismo palacio en Roma y lo seguía constantemente en sus desplazamientos por Italia. Esto refleja la intimidad que unía a los dos hombres. Justo antes de morir, Antonino convoca a los prefectos del pretorio y les confirma que confía el Imperio y a su hija Faustina a Marco. Como este último

refiere en las *Meditaciones*, Antonino muere en paz y le da al guardián una nueva contraseña: *aequanimitas* (‘la tranquilidad del alma’). Será su última palabra.

Marco Aurelio se convierte en emperador y toma el nombre de Antonino en homenaje a su padre adoptivo. Tiene 40 años. Desde la fundación del régimen por Augusto, el año 27 antes de nuestra era, ya se han sucedido catorce emperadores en el trono de Roma, pero, sin duda, ninguna sucesión ha sido tan esperada y aprobada como ésta, tanto por el pueblo como por el Senado, que valora en gran medida el carácter y las competencias de Marco. Pero, ante el estupor de todos, este último impone a su hermano adoptivo, Lucio, nueve años menor que él, el cargo de coemperador. Puesto que no estaba destinado a reinar, Lucio nunca ha tenido una gran responsabilidad y, debido a su gusto desmesurado por los placeres sensuales y la diversión, tiene mala reputación en Roma, así que el Senado se opone con firmeza a este proyecto. A Marco Aurelio no le importa y lo hace por la fuerza, pues afirma que se niega a reinar si Lucio no se asocia al poder. El Senado cede y Marco da a Lucio el título de césar, su propio nombre (Vero) y a su hija Lucila (de 13 años) como prometida.

Por primera vez en la historia romana, dos emperadores gobiernan el Imperio al mismo tiempo. Antonino es divinizado y se le dedica un templo, como era costumbre con los buenos emperadores a los que se rinde culto. Después de las ceremonias oficiales que los consagran a la cabeza del Imperio, los nuevos soberanos reciben cartas y presentes de los numerosos gobernadores y vasallos y organizan diversiones para celebrar el acontecimiento. Se acuña una moneda con la efigie de los dos nuevos emperadores que lleva la inscripción *Concordia Augustorum* (‘la concordia de los Augustos’). Unos meses más tarde, en agosto, Faustina da a luz hermanos

gemelos —Cómodo y Antonio—, señal de buena suerte para los romanos, que indica el apoyo de los dioses a los nuevos gobernantes del Imperio (Antonio morirá a los cuatro años y Cómodo sucederá a Marco). Sin embargo, en otoño, un funesto presagio ensombrece este alegre inicio del reinado: el Tíber (el río que cruza Roma) experimenta una crecida excepcional que inunda barrios enteros y los depósitos de trigo, lo que da lugar a una escalada de los precios y a una hambruna de los desfavorecidos. Algunos augures anuncian entonces que este doble reinado no será tan armonioso como parecía.

Los historiadores se han preguntado qué pudo motivar a Marco Aurelio a asociar tan estrechamente a su hermano adoptivo al gobierno del Imperio. La razón esgrimida más a menudo es que era consciente de su precaria salud y que, de este modo, pretendía aliviar la carga del poder, sobre todo confiando a Lucio el papel de jefe del ejército. Así aseguraría su sucesión en caso de fallecimiento prematuro (ninguno de sus hijos estaba en edad de reinar), mientras que Lucio probablemente habría sido apartado por el Senado, lo que habría desencadenado una crisis sucesoria abierta. Todo esto, sin duda, es cierto, pero veo otra razón más íntima que también pudo motivar la elección de Marco Aurelio. Éste tiene un gran sentido de la justicia y sin duda vivió mal que Antonino apartara a Lucio en su provecho, cuando Adriano había pensado más en Lucio para suceder un día a Antonino. ¿Considera Marco Aurelio que, de esta manera, honra la voluntad de Adriano y hace justicia a su hermano adoptivo, apartado del poder por su padre común? Marco es escrupuloso; a veces lo consume un sentimiento de culpabilidad: ¿acaso busca así aliviar su conciencia? Sobre todo, teniendo en cuenta que ama

profundamente a Lucio, que, sin embargo, es completamente opuesto a él. Se describe a este último como un hombre seductor, atractivo, mundano, muy jovial, poeta, delicado, refinado, gran vividor. En suma, todo lo contrario a Marco, que es grave, serio y responsable, y que detesta tanto las diversiones como la vida mundana. Sin duda, existe por parte de Marco una cierta fascinación por este ser que casi recibió la misma educación que él (Herodes Ático, Frontón, Apolonio y Sexto también fueron sus maestros) y que, sin embargo, no se parece en nada a él. ¿Quizá encuentra en este hermano adoptivo lo que a él le falta: la despreocupación, una cierta ligereza, la ausencia de culpabilidad?

Los historiadores antiguos, como el autor de la *Historia Augusta*, probablemente exageran los rasgos para acentuar el abismo moral que separa a los dos emperadores y presentan de Lucio un retrato poco halagador: «Vagaba por la noche por las tabernas y lupanares con la cabeza cubierta por un vulgar capuchón de viaje, se mezclaba con crápulas, se metía en peleas disimulando su auténtica identidad [...]. También ofreció con gran frecuencia espectáculos de gladiadores durante sus banquetes, alargando las cenas hasta entrada la noche y quedándose dormido en el asiento del banquete de tal modo que le llevaban a su dormitorio levantándole entre cojines. Fue de poco dormir y de digestión muy rápida. Pero Marco, que sabía todas estas cosas, simulaba no saberlas por vergüenza de tener que reprender a su hermano».[4] Aunque desaprueba su conducta, Marco valora la franqueza de Lucio, su buen humor, su alegría natural de vivir. Además, al mantenerlo cerca de él, sin duda espera hacerlo más responsable y evitar que caiga en vicios peores. En cualquier caso, ésta es la hipótesis que sostiene Eutropio en la reseña bibliográfica que dedica a Lucio en su *Breviario:* «Hombre de

carácter poco bondadoso, sin embargo, por respeto a su hermano, nunca se atrevió a hacer nada cruel».[5]

Por lo tanto, para enfrentarlo a sus nuevas responsabilidades de emperador y, probablemente, también para apartarlo de su vida disoluta, Marco Aurelio decide enviar a Lucio a Oriente, a la guerra contra los partos. En efecto, estos últimos, justo después del inicio de su reinado, atacan Armenia, un reino que forma parte del Imperio. La rivalidad entre los romanos y los partos es antigua. El Imperio de los partos, fundado a mediados del siglo III antes de nuestra era por Arsaces, el jefe de una tribu escita de Asia central, tras conquistar Partia (una región del nordeste de Irán), se extiende rápidamente sobre las ruinas del Imperio seléucida gracias a la conquista de Media y Mesopotamia. Situado en la ruta de la seda que une el Imperio romano con el de los Han chinos, constituye una encrucijada comercial y cultural importante. Entra en conflicto con Roma a mediados del siglo I antes de nuestra era, durante la expedición dirigida en Oriente por el cónsul Craso (que entonces comparte el poder con Pompeyo y Julio César en un triunvirato). Craso, especialmente corrupto, es el hombre más rico del Imperio romano, pero también es un general que ha obtenido la gloria aplastando con diez legiones la revuelta de los esclavos, dirigida por Espartaco veinte años antes. Esta vez, decidido, por razones probablemente tanto militares como económicas, a apoderarse del Imperio de los partos, se enfrenta al jefe militar parto, Surena, en Carras, el año 53 antes de nuestra era. A pesar de una gran superioridad numérica (está al mando de siete legiones y numerosas tropas auxiliares, es decir, unos cincuenta mil soldados de infantería), es derrotado por nueve mil jinetes partos, que diezman a

sus hombres a flechazos. Según Dion Casio, Surena vertió oro fundido por la boca de Craso y le dijo: «Sáciate de este metal del que estás tan ávido». A continuación, fue decapitado y su cabeza fue enviada al rey parto Orodes II. Después de este episodio, no cesan los conflictos entre los dos imperios, sobre todo a causa del reino de Armenia, que los partos consideran bajo su tutela y que el emperador Trajano, predecesor de Adriano, había recuperado. La noticia de la invasión de Armenia por el rey Vologases IV empuja a Marco Aurelio a entrar en guerra para defender esta lejana frontera oriental del Imperio.

Como modernos, podemos preguntarnos por las razones que empujan a un emperador filósofo, al que no le gusta ni el poder ni derramar sangre, a emprender una guerra en los confines de su imperio. En realidad, Marco Aurelio es, ante todo, un ciudadano romano y, como su fe estoica lo convence de que el Imperio se le ha concedido por la voluntad de los dioses (su destino), su primer deber es, por estas dos razones, protegerlo. Además, está convencido, como todos los ciudadanos romanos, de que Roma tiene una misión civilizadora: al conquistar reinos bárbaros (término que designa a aquellos cuya lengua es incomprensible), Roma no sólo asienta su dominio político y económico sobre el mundo, sino que también transmite su cultura —vehiculada por dos lenguas, el latín y el griego—, que considera superior a las demás y que, por lo tanto, debe permitir «civilizar» a los bárbaros, hacerlos más humanos. Para conseguirlo, Roma lleva a cabo una política de expansión-asimilación en dos fases con los países conquistados: primero crea protectorados con reinos aliados, después los romaniza progresivamente y acaba por convertirlos en provincias romanas. Aunque estos prejuicios colonizadores pueden parecernos hoy odiosos, entonces estaban profundamente anclados en la cultura

romana (y antes, en la griega) y han perdurado hasta nuestros días a través de las diversas potencias coloniales de Occidente. Aunque es filósofo y está firmemente convencido, por su adhesión a la doctrina estoica, de que todos los seres humanos son ciudadanos del mundo, Marco Aurelio no deja de admitir ciertos prejuicios y valores importantes de su tiempo, como veremos pronto también con las cuestiones del patriarcado y la esclavitud, que más bien intentará suavizar que abolir.

En un primer momento, los dos emperadores ordenan al gobernador de Capadocia, Sedacio Severiano, que recupere Armenia. La operación militar es un desastre y Roma pierde al menos una legión en los combates. Severiano se suicida y toda la parte oriental del Imperio se desestabiliza. El joven rey de Edesa se somete a los partos, y las tres legiones romanas basadas en Siria, mal entrenadas y probablemente no en condiciones de combatir, huyen frente a los partos, que, sin embargo, no aprovechan para invadir la región. Así que los emperadores deciden movilizar nuevas tropas. Para partir a la guerra contra los partos, Roma dispone de veintiocho legiones, repartidas por las diversas fronteras del Imperio para rechazar eventuales ataques de los «bárbaros» o servir de puente para futuras conquistas.

Al morir Antonino, Marco se dirigió al campamento de los pretorianos, situado fuera de Roma, que reunía a los célebres soldados de élite de la guardia cercana al emperador, como era costumbre, para recibir el juramento de los soldados. Pero lo hizo en compañía de Lucio y le pidió a éste que tomara la palabra para arengarlos, demostrando con ello que le confiaba el poder sobre el ejército. Cuando se produce la nueva invasión de los partos, Marco

organiza una expedición para su hermano adoptivo con el objetivo de recuperar Armenia y combatir a Vologases IV, soberano del poderoso Imperio de los partos. Como Lucio no tiene experiencia militar, Marco le asigna hombres experimentados y decide hacer ir tres legiones suplementarias, lo que representa más de veinte mil soldados de infantería. Armenia se recupera con rapidez, y en la primavera del año 163, un año después de la llegada de Lucio y de su Estado Mayor a Siria, el ejército romano está preparado para enfrentarse a los partos en su territorio. Lucio propone un tratado de paz a Vologases, con ciertas condiciones que este último rechaza. El enfrentamiento se vuelve inevitable y los dos ejércitos combaten en varios frentes. Mientras el conflicto se estanca, Lucio le toma gusto a su nueva vida en Siria y se entrega de nuevo a fiestas, juegos y orgías, para disgusto de su entorno. Aunque está prometido a la hija de Marco, se muestra por todas partes con una mujer ordinaria de Esmirna, Pantea, quien, según las fuentes antiguas, es preciosa, inteligente y canta divinamente mientras toca la lira. Inquieto, Marco decide enviar a su hija, que acaba de cumplir 15 años, para que se reúna con él, sin duda con la esperanza de que su matrimonio ponga fin a estos actos que desaprueba. Lucio la recibe y se casa con Lucila en Éfeso, lo cual no le impide continuar más discretamente la relación con su concubina. Marco nombra también un nuevo gobernador en Siria, en el que confía plenamente: Annio Libón. Este último a veces se opone abiertamente a Lucio y lo amenaza con informar a su hermano, pero fallece rápidamente en unas condiciones oscuras y el rumor público acusa al joven emperador de haberlo asesinado. Marco Aurelio finge que lo ignora y renueva su confianza en su hermano adoptivo, sobre todo porque las noticias del frente son buenas. Las legiones, dirigidas por el general de origen sirio Avidio Casio, que ya había desempeñado un papel

decisivo en la recuperación de Armenia, encadenan victorias sobre Vologases. El rey de los partos acaba por ser abandonado por sus tropas. Casio entra en territorio parto y toma las dos principales ciudades del reino, Seleucia y Ctesifonte, que le abren las puertas. Por falta de aprovisionamiento para sus tropas, Casio decide retirarse de Babilonia, pero, antes de su partida, ordena el saqueo de Seleucia, la incendia y se lleva consigo a numerosos habitantes como cautivos. Este acto de crueldad, que no se ajustaba a las costumbres de la guerra, puesto que la ciudad se había abierto a los romanos sin combatir, sorprende hasta a Roma. Sin embargo, Casio continúa sus victorias contra los partos en Media en la primavera de 166 y Marco Aurelio lo convierte en el nuevo hombre fuerte de la región y lo nombra gobernador de Siria, con la misión de mantener la paz en todas las provincias orientales del Imperio.

Lucio regresa a Roma en otoño y los dos emperadores se regocijan juntos en las calles de la ciudad para celebrar la victoria sobre los partos. Marco Aurelio hace subir a su carro a sus dos hijos, Cómodo y Annio Vero, con lo que los designa como los herederos del Imperio. Hacía más de cincuenta años que Roma no disfrutaba de un triunfo militar y una numerosa multitud acude al itinerario que une el Campo de Marte al Capitolio, donde desfila durante horas, detrás del carro imperial, una inmensa procesión de carros, sacerdotes y soldados, que exhiben a los cautivos y el botín. Las victorias se representan en escenas teatrales y se distribuyen monedas a la multitud. Aunque no ha desempeñado un papel muy activo en la guerra, Lucio acaba aureolado del prestigio de un jefe victorioso. Enfermo y cansado, Frontón lo felicita con ardor: «Aunque ya hace tiempo que no me satisface vivir, y hasta me fastidia, debido a esta enfermedad, sin embargo, cuando tenga ocasión de verte volver acompañado de una gloria tan grande

conseguida gracias a tu valor, ni habré vivido en vano, ni viviré de mala gana el tiempo que me quede».[6] Las tensiones que hayan podido surgir entre los dos emperadores a propósito del comportamiento de Lucio y del fallecimiento de Annio Libón parecen calmarse, sobre todo porque Lucila vuelve a Roma con una niña y espera un segundo hijo, lo cual estrecha los vínculos familiares entre Marco y Lucio.

Pero estos últimos no pueden saborear mucho tiempo su concordia y la paz en las fronteras orientales. Lucio, con la aureola de su nueva gloria y el deseo de demostrar que se emancipa de la tutela de Marco, decide casar a la viuda de Annio Libón con uno de sus esclavos liberados, Agaglito. Este acto, que no se ajusta a las costumbres senatoriales, se percibe como una última venganza personal de Lucio contra Libón. Marco, que no se ha atrevido a oponerse, se niega a asistir al banquete nupcial para hacer patente su desaprobación. Mucho más grave, a finales del año 166 llegan a Roma dos terribles noticias. Para empezar, una horda bárbara compuesta por seis mil longobardos (los antepasados de los lombardos) acaba de cruzar el Danubio, violando así la frontera del Imperio en Germania. Después, los legionarios romanos han traído de Oriente una terrible epidemia (probablemente viruela), que empieza a extenderse por Italia y a causar numerosas víctimas. Algunos ven en ello un castigo divino por el saqueo de Seleucia, ciudad de cultura griega donde se alzaba un templo dedicado a Apolo.

6

Conservar y gobernar

> Regocíjate y descansa en una sola cosa: en pasar de una acción útil a la sociedad a otra acción útil a la sociedad, teniendo siempre presente a Dios.[1]
>
> MARCO AURELIO

En su *Historia romana*, que data de menos de cincuenta años después de la muerte de Marco Aurelio, el historiador Dion Casio escribe sobre él: «El emperador, en cuanto se veía libre de la guerra, administraba justicia; solía conceder mucho tiempo a los oradores [lo cual significa que dedicaba mucho tiempo a escuchar a los abogados de las dos partes]; dedicándose ampliamente a los interrogatorios preliminares e investigaciones, asegurándose de aquella forma por todos los medios de que se hacía estricta justicia. En consecuencia, a menudo trataba el mismo caso hasta durante once o doce días, llegando a celebrar juicios incluso durante la noche. Pues era hombre laborioso y se aplicaba con diligencia a todos los deberes de su cargo; y nunca decía, escribía ni hacía nada como si fuera de menor importancia, sino que a veces consumía días enteros para los asuntos más mínimos, al no considerar apropiado que el emperador hiciera nada apresuradamente. Pues creía que la más mínima ligereza sobre el más pequeño detalle llevaría a la reprobación de todos sus demás actos».[2] Todos los testimonios

confirman este hecho: Marco Aurelio se toma muy en serio su papel de legislador supremo y, cuando está en Roma, dedica lo esencial de su tiempo a los asuntos del Estado y a impartir justicia. Y, sobre todo, lo hace escrupulosamente, siempre con la intención de ser justo con los individuos y de servir al bien común. Hemos visto que Frontón incluso le reprocha que trabaje demasiado, en general por la noche, en detrimento de su salud. Pero, para Marco, su deber como emperador está por encima de todo. Intenta imitar en esto la manera de gobernar de su padre adoptivo, evitando dos escollos: la demagogia y la tiranía.

A pesar de que, desde Augusto, el régimen romano es de tipo monárquico y el emperador ejerce el poder legislativo y militar supremo, el ideal republicano que lo precedió no se ha olvidado por completo. Como escribe Benoît Rossignol: «La *res publica* romana había adquirido la forma de una monarquía, pero no debía ser una realeza. El poder de uno solo debía respetar la dignidad de los senadores y del pueblo».[3] Hemos visto que, cuando rinde homenaje a sus maestros en el primer libro de las *Meditaciones*, Marco honra al filósofo Severo por haberle transmitido «la idea de una constitución basada en la igualdad ante la ley, regida por la equidad y la libertad de expresión igual para todos, y de una realeza que honra y respeta, por encima de todo, la libertad de sus súbditos».[4] Por lo tanto, debe gobernar con equidad, mesura y respeto por las leyes y por los ciudadanos. También debe participar en las sesiones y deliberaciones del Senado. Aunque ejerce el poder supremo, ha elegido rodearse de las personas más competentes en materia militar, administrativa o jurídica, y les pide a menudo consejo, como relata la *Historia Augusta*: «A decir verdad, siempre consultaba con los optimates antes de hacer cualquier cosa, no sólo sobre las cuestiones militares, sino también sobre las civiles. En fin,

su principal lema fue siempre el siguiente: "Es más justo que yo siga el consejo de tantos amigos tan ilustres que tantos amigos tan ilustres sigan mi voluntad, siendo yo uno solo"».[5] La misma fuente lo presenta como un reformador y enumera detenidamente las numerosas medidas que habría adoptado para mejorar el funcionamiento de la administración y la suerte de los ciudadanos: «Se ocupó también de los gastos públicos y puso fin a las calumnias de los cuadruplatores, señalando con una nota de infamia a los falsos delatores. Rechazó las delaciones que enriquecían al fisco. Tomó muchas decisiones prudentes en materia de alimentos públicos [...]. Moderó de diversas formas los espectáculos de gladiadores [...]. También se preocupó con gran celo de las vías de la ciudad y de los caminos. Proveyó con rigor por el abastecimiento de trigo [...]. Decretó también leyes sobre la vigésima de las herencias, sobre la tutela de los libertos, sobre los bienes maternos y asimismo sobre la herencia de los hijos por parte materna».[6]

Los testimonios de los historiadores antiguos dan la sensación de que Marco Aurelio fue un gran reformador y de que hizo evolucionar considerablemente la condición de las mujeres, los esclavos, los gladiadores, etc. Los biógrafos modernos a veces retoman esta tesis, pero otros estudiosos, a los que seguimos aquí, han mostrado con claridad sus limitaciones. En realidad, cuando se consideran los hechos con mayor detalle, se percibe que Marco Aurelio es, ante todo, un soberano conservador que nunca ha puesto en duda las prácticas sociales de su época (referentes, en especial, al patriarcado y la esclavitud) y que ha intentado más corregir ciertos excesos que reformar en profundidad las leyes. Si no le gustan los combates de gladiadores, no es porque rechace su principio ni

porque respete la dignidad de los luchadores, sino porque esta diversión le parece monótona y siente horror por el espectáculo de la sangre derramada. Por eso intenta limitar los combates que terminan con la muerte de los luchadores y desaprueba que se enfrenten leones con seres humanos en la palestra, pero no toma ninguna medida para prohibir estos espectáculos que tanto agradan al pueblo. Aunque no le gusta la guerra, no es menos cierto que a veces se muestra muy severo con los vencidos, para que sirvan de ejemplo y dejen huella en la gente. Como señala Pierre Vesperini: «Por lo tanto, es anacrónico decir que su gobierno se caracterizaba por "el respeto a la persona humana". Su universalismo no le impedía exterminar a los bárbaros (la columna de Marco Aurelio da testimonio de ello), hacerse representar pisoteando a uno de ellos bajo los cascos de su caballo, presidir la decapitación de dos prisioneros o recibir a unos soldados que le presentan cabezas de enemigos».[7] Varios de sus juicios muestran que se preocupa por el derecho de las mujeres y que tiende a otorgar a las madres una personalidad jurídica más firme. Pero, por otro lado, confirma la costumbre que no condena a muerte a un marido que mate a su mujer sorprendida en flagrante adulterio, o a un padre que haga lo mismo con su hija, considerando que su dolor vale como castigo. Esto implica que, según las circunstancias, el *pater familias*, figura central de la sociedad romana, tiene derecho de vida o muerte sobre su mujer y sus hijos.

Su postura frente a la esclavitud también es ambigua: intenta mejorar la condición de los esclavos, pero nunca pone en duda su propio principio, en un mundo antiguo en el que la esclavitud es un engranaje esencial del funcionamiento social y económico. Es cierto que recomienda a los amos que eviten cualquier acto de crueldad hacia los esclavos y, siempre que tiene una duda sobre una

manumisión, sobre todo en los testamentos, y es posible decidir en favor del esclavo y concederle la libertad, Marco Aurelio se pronuncia en este sentido. Como sus predecesores, también prohíbe que un amo pueda vender un esclavo a un empresario del espectáculo para que luche contra las fieras, aunque el esclavo haya cometido una falta grave. Pero, al mismo tiempo, pone límites a las manumisiones, por ejemplo, anulando las impuestas a un amo por las aclamaciones de la multitud en el circo o durante un espectáculo. También concede la autorización de perseguir a un esclavo fugitivo en cualquier lugar, incluso en las viviendas privadas o públicas y los palacios imperiales. Como escribe Benoît Rossignol: «Ante el derecho a la esclavitud, la actitud de Marco se inscribe, pues, plenamente en una tendencia general del derecho imperial romano y no se distingue de ésta. La acción de los emperadores se había inmiscuido poco a poco entre el amo y sus esclavos, al instaurar garantías para estos últimos contra la arbitrariedad y la crueldad de los amos en nombre del orden público [...]. Pero, significativamente, las decisiones sólo son favorables a los esclavos cuando no atentan contra los intereses de los amos [...]. La legislación de Marco es pues, ante todo, conservadora, con una preocupación pragmática en su aplicación, una atención escrupulosa, mezclada con un rechazo del rigorismo».[8]

Los historiadores antiguos insisten también en la bondad de Marco Aurelio, su benevolencia, su clemencia, su benignidad. Por ejemplo, Dion Casio escribe que «gobernó mejor que cualesquiera otros que hayan estado nunca en puestos de poder» y que «dedicó la mayor parte de su vida a la beneficencia».[9] Es cierto que Marco Aurelio intenta gobernar con *humanitas*, un comportamiento inspirado en la *philanthropia* griega y en las virtudes que abarca: justicia, afabilidad, benevolencia. Pretende dar muestras de humanidad, comprensión y

flexibilidad en la aplicación de la ley. En ocasiones, también instaura otras nuevas, como la de exigir que se coloquen colchones en el suelo durante los espectáculos de funámbulos para evitar caídas mortales. Además, crea obras de caridad. Por ejemplo, al morir su esposa, funda en su memoria un establecimiento benéfico destinado, con cargo al Estado, al sustento y la educación de cinco mil niñas pobres. Pero, una vez más, esa preocupación por la justicia y esa benevolencia no cuestionan nunca las instituciones sociales, y no debe verse en el estoicismo de Marco Aurelio, como a veces se ha dicho, una incitación a transformar el mundo ni los albores de los derechos humanos.

En realidad, los estoicos se preocupan más por la transformación interior del individuo y por su moralidad que por la revolución de las sociedades. Comparan nuestra vida con una obra de teatro, en la que somos los actores. No hemos elegido el papel que el destino nos ha asignado, y poco importa si somos hombre o mujer, rey o sirviente, reina o criada, esclavo o emperador. Lo único que importa es desempeñar bien el papel y, si es posible, disfrutar con ello al tiempo que se hace gozar al espectador. Nadie dirá que un actor es malo por interpretar el papel de un personaje débil, malvado o socialmente desfavorecido. Un buen actor, sea cual sea su papel, es aquel que lo vive plenamente, intensamente, y que llega al corazón del espectador. El destino de Marco Aurelio es ser emperador. Hemos visto que habría preferido otro papel, pero, desde el momento en que acepta desempeñarlo, no deja de implicarse por completo en él, es decir, en ser un buen emperador, que sirve lo mejor que puede a los intereses del Imperio y al bien común de la sociedad de su tiempo. Antes que él, Epicteto nació esclavo y nunca se quejó por ello. Intentó servir bien a sus amos hasta el día en que finalmente fue liberado, pero ésa nunca fue su lucha. Su única lucha consistía

en romper las cadenas interiores de la esclavitud de las pasiones, los deseos, los impulsos y, más todavía, de las representaciones que nos hacemos de la realidad, que nos hacen felices o desdichados. Evidentemente, ser esclavo es una representación desgraciada para el común de los mortales, pero no para un filósofo estoico del mundo antiguo, para quien ese estado es indiferente: lo único que cuenta es actuar bien desde el punto de vista moral, sea cual sea su condición en la vida.

Esta doctrina estoica de carácter providencialista, que considera que la Razón universal, el *Logos*, lo ha dispuesto todo de la mejor manera posible para todos los seres, ha tenido históricamente como consecuencia un cierto conservadurismo social. ¿Por qué querer alterar el orden del mundo, si la naturaleza, o los dioses, así lo han querido? En lugar de pretender cambiar la sociedad, es mejor cambiarse uno mismo, puesto que el único mal es el mal moral. Y también es mejor cambiar nuestra mirada, ya que lo que nos hace felices o desdichados no son las cosas en sí, los acontecimientos exteriores, sino los juicios que hacemos de ellos. Por lo tanto, aunque afirma de manera profundamente innovadora que todos los seres humanos —hombres, mujeres, ciudadanos, esclavos, bárbaros — son iguales en dignidad y todos son ciudadanos del mundo, el discurso estoico ha tenido poco impacto social, puesto que, al mismo tiempo, invita a cada uno a aceptar su suerte, la que el destino le ha asignado. Habría podido ser de otra manera en lo referente, sobre todo, a la cuestión de la esclavitud, porque, a diferencia de otros filósofos de la Antigüedad —como Aristóteles, que considera que se es esclavo por naturaleza—, los estoicos siempre han afirmado que la naturaleza humana es la misma para todos. Todos los seres humanos, sea cual sea su sexo o condición, poseen el mismo *logos* divino. La mujer no es, por naturaleza, inferior al hombre, ni el

esclavo es inferior a su amo; sólo lo son por convención social. Esta teoría, que aparecerá más tarde en el mensaje de los Evangelios, habría podido dar lugar a una profunda revolución social, emancipar a la mujer de la tutela del hombre y conducir a la abolición de la esclavitud. No fue así, a causa de la doctrina providencialista de los estoicos, pero también, por supuesto, debido al peso de las costumbres culturales de las sociedades antiguas, en las que los poderosos (los hombres y los ricos) intentaban, ante todo, conservar sus privilegios. Sin embargo, no es imposible que esta doctrina estoica de la igualdad ontológica de todos los seres humanos, que resurgirá con fuerza en el Renacimiento, haya tenido finalmente un impacto sobre la revolución moderna de los derechos humanos. Pero, entretanto, la conciencia colectiva, formada sobre todo por el mensaje cristiano y la preocupación de los filósofos de la Ilustración por liberar al individuo de la tutela del grupo, maduró.

Por lo tanto, hay que considerar la política social de Marco Aurelio, que es ante todo conservadora, a la luz de la doctrina estoica y del peso de las tradiciones culturales de su época. Pero, debido a su carácter, inclinado a la afabilidad y la moderación, y también a otro aspecto de la doctrina estoica, que valora la justicia, la bondad, la benevolencia y el perdón como virtudes esenciales, intentó gobernar con equidad y clemencia. Ésta es la razón por la que los historiadores antiguos lo consideraron un «buen emperador», a diferencia de Nerón o Calígula, que gobernaron con crueldad y privilegiaron siempre sus intereses en detrimento del bien común y con una sed permanente de venganza. Pero sería un contrasentido histórico convertirlo por ello en un pionero de la emancipación de la mujer y los derechos humanos, y ahí valoramos toda la diferencia que nos separa de él, como de la mayoría de los pensadores y gobernantes del mundo antiguo.

7

La traición de Casio

> Propio del hombre es amar incluso a los que tropiezan.[1]
>
> MARCO AURELIO

Poco después del triunfo que celebra la victoria en Oriente, el anuncio de la incursión de los longobardos más allá de la frontera del Danubio hace temer una nueva guerra, esta vez en Occidente. Pero las legiones romanas con base en Germania consiguen rápidamente rechazar a los bárbaros al otro lado de las fronteras del Imperio. A pesar de esta buena noticia, Marco Aurelio sigue muy preocupado por la situación, pero también por la epidemia que no deja de extenderse por todo el Imperio con el regreso de las decenas de miles de soldados de Oriente. La «pestilencia», según la expresión utilizada en el mundo antiguo, no alude necesariamente a la peste, sino a una epidemia muy contagiosa y mortal. La descripción de los síntomas de la que azota al Imperio en este período, tal como los describe el famoso médico romano Galeno, hace pensar en una epidemia de viruela, la primera identificada en Europa. Según los estudios históricos, entre el 15 y el 25 por ciento de la población del Imperio habría fallecido debido a esta oleada epidémica sin precedentes. Hecho sorprendente, se han encontrado dos memorias de un letrado chino del año 166, enviadas al

emperador Huandi, de la dinastía de los Han, que le pedían que practicara rituales apropiados para conjurar una violenta epidemia. Es muy posible que se trate del mismo mal que afectaba al Imperio chino en el mismo momento, lo cual indicaría una extraordinaria pandemia. Esta pandemia podría haberse visto favorecida por factores climáticos, ya que se sabe que en este período hubo un aumento particular del frío. Tanto en Europa como en China, la epidemia se acompaña también de una hambruna que afecta a las poblaciones más pobres.

Para hacer frente a estas desgracias, Marco Aurelio, según una costumbre acorde con la tradición, ordena numerosos rituales religiosos, porque muchos están convencidos de que el mal es una forma de castigo divino que conviene conjurar mediante los ritos apropiados. Como escribe el filósofo neoplatónico Jámblico, sin los sacrificios «no cesan ni las pestes, ni las hambres ni la esterilidad, ni se obtienen lluvias».[2] No es seguro que Marco acepte en su fuero interno esta creencia muy extendida, porque la doctrina estoica no considera los acontecimientos exteriores como males. La naturaleza puede provocar catástrofes naturales o epidemias para regular una población humana demasiado numerosa, por ejemplo. Esto forma parte de la providencia divina, que conviene aceptar, puesto que sabe lo que es bueno para el Todo, a veces a costa de algunas de sus partes. «Todas las cosas se hallan entrelazadas entre sí —dice Marco en sus *Meditaciones*—, y su común vínculo es sagrado y casi ninguna es extraña a la otra, porque todas están coordinadas y contribuyen al orden del mismo mundo. Que uno es el mundo, compuesto de todas las cosas; uno el dios que se extiende a través de todas ellas, única la sustancia, única la ley, una sola la razón común de todos los seres inteligentes.»[3] Marco, como emperador, debe rendir culto a los dioses de la ciudad y ofrecerles sacrificios

para calmar su cólera. Junto a las ceremonias oficiales, aparecen en las calles de Roma, como en cada catástrofe, adivinos y profetas que arengan a la multitud con anuncios del fin del mundo o dan explicaciones sobre la cólera de los dioses. Muchos ven en ello una venganza de Apolo, cuyo templo ha sido profanado por Casio durante el saqueo de Seleucia, y se cuenta que la pestilencia se habría escapado de una cajita de oro que un soldado habría abierto en un edificio sagrado.

A pesar de la derrota de los longobardos, Marco Aurelio está convencido de que debe acudir a Germania con un poderoso ejército para restablecer la autoridad de Roma. En efecto, esta autoridad se ve cada vez más amenazada por los numerosos pueblos bárbaros que viven más allá del Danubio, entre los cuales los cuados, los victuales, los sármatas y los marcomanos son los más poderosos y amenazadores. Por ello, los emperadores deciden formar un nuevo ejército. Después de más de un año de preparativos, Marco Aurelio y Lucio abandonan Roma a principios del año 168 y reúnen a su ejército en Aquilea, en el nordeste de Italia, con el propósito de cruzar los Alpes. En su intento por evitar una guerra con Roma, la mayoría de los reyes bárbaros envían emisarios para garantizar la paz. Durante esos largos meses de negociaciones, la epidemia continúa diezmando al ejército romano, hasta tal punto que se envían numerosos médicos, entre ellos Galeno. La rudeza del invierno acentúa la hecatombe y, ante la insistencia de Lucio, los emperadores toman finalmente la decisión de regresar a Roma. En el camino de regreso, Lucio es víctima de un ataque de apoplejía y fallece al cabo de tres días. Los historiadores antiguos se hicieron eco de todo tipo de rumores sobre aquella muerte repentina, incluida la posibilidad de un asesinato por parte de Faustina, la propia mujer de Marco Aurelio, que habría tenido relaciones con su

yerno y se habría vengado de que éste se lo hubiera confesado a su hija Lucila, la esposa de Lucio. Esto es poco probable y forma parte de la leyenda negra de Faustina, de la que hablaré pronto.

Lo cierto es que, ya de vuelta en Roma con el cuerpo de su hermano adoptivo, Marco Aurelio organiza unos funerales imperiales y pide al Senado que divinice a Lucio, como había ocurrido con Antonino ocho años antes. Ahora, Marco está solo al frente del Imperio. No cabe duda de que el comportamiento de su hermano a menudo lo decepcionó e incluso llegó a exasperarlo, pero tampoco cabe duda de que lo amaba, como revela este homenaje escrito en el primer libro de las *Meditaciones:* «El haberme tocado en suerte un hermano capaz, por su carácter, de incitarme al cuidado de mí mismo y que, a la vez, me alegraba por su respeto y afecto».[4] En otras palabras, a pesar de un profundo afecto mutuo, el gusto desmedido de Lucio por los placeres y quizá su vanidad volvieron a Marco todavía más vigilante para no sucumbir a las mismas tentaciones, para «mantenerse recto». Poco tiempo después del fallecimiento de Lucio, libera de los vínculos del matrimonio a la exmujer de su amigo Annio Libón, a la que Lucio, por venganza, había forzado a casarse con uno de sus esclavos libertos, probablemente después de haberlo mandado asesinar, y casa a su hija, Lucila, con uno de sus allegados en quien confía: el senador Claudio Pompeyano.

Marco Aurelio había renunciado a sus proyectos de guerra contra los bárbaros bajo la influencia de Lucio, que lo había convencido de que no constituían una amenaza inmediata para el Imperio y de que, teniendo en cuenta las circunstancias sanitarias y climáticas espantosas, era más prudente regresar a Roma. Pero, en el fondo,

estaba convencido de que era mejor acabar de una vez por todas mediante una victoria militar irrevocable. ¿Quizá también, como han sugerido algunos historiadores, tenía en mente ampliar las fronteras del Imperio y dejar una huella en la historia romana como jefe militar victorioso, ya que Lucio había atraído sobre sí todos los honores de la victoria en Oriente? El caso es que decide partir de nuevo a Germania y formar un nuevo ejército para reforzar las legiones estacionadas en Aquilea, parcialmente diezmadas por la enfermedad. Marco crea dos nuevas legiones de cinco mil soldados de infantería cada una. Por falta de hombres, recluta entre los esclavos y los gladiadores, y también debe encontrar nuevos recursos para financiar este esfuerzo de guerra extremadamente oneroso, sobre todo porque la guerra contra los partos había vaciado las arcas del Estado. Dado que no quería aumentar los impuestos en un contexto económico difícil para todos a causa de la epidemia, toma la decisión de devaluar la moneda acuñando piezas con menos metal precioso, pero también de vender los bienes de valor de los palacios imperiales: estatuas, jarrones, vajilla de oro y plata, copas de cristal, diamantes, rubíes, etc. La emperatriz no se queda atrás y se deshace de sus mantos de púrpura, vestidos de oro y seda, collares de perlas y joyas. La venta pública dura más de dos meses y tiene un gran éxito. Teniendo en cuenta el poco interés de Marco por el lujo y el dinero, no debió de representar un gran sacrificio. No sólo le gusta vivir con la mayor sobriedad, sino que siempre ha dado muestras de desinterés. Ya muy joven, cuando su hermana, Cornificia, se casa con un primo, sorprende a su entorno al renunciar a su herencia para transmitírsela íntegramente a ella, a fin de que no se encuentre en desventaja ante su marido. Una vez emperador, llega a rechazar herencias a su favor y a cederlas a los allegados de la familia del difunto, precisa la *Historia Augusta*. Aunque naciera en

una familia rica y nunca le faltara nada, en el fondo no concede ninguna importancia al lujo ni a los bienes materiales, e intentará toda su vida prescindir de ellos en lugar de acumularlos. Las necesidades financieras de la guerra le ofrecen una buena ocasión.

En la primavera del año 170, Marco Aurelio cruza el Danubio al frente de un importante ejército, pero sus principales enemigos, los cuados y los marcomanos, aprovechan para rodearlo y atacar el norte de Italia. Finalmente, son vencidos cerca de Aquilea por las legiones de su yerno Pompeyano. Marco decide acabar con ellos y, en los años 172-174, dirige una larga campaña militar en sus propios territorios. El invierno es extremadamente riguroso y su salud se vuelve cada vez más precaria, como cuenta Dion Casio: «Sin embargo, era tan débil de cuerpo que al principio no soportaba el frío, sino que incluso antes de hablar a los soldados convocados por orden suya, se retiraba brevemente; era parco al alimentarse y siempre lo hacía por la noche. Jamás solía comer durante el día, a menos que se tratase de la medicina llamada triaca. Tomaba esta medicina no tanto porque temiese nada, sino porque su estómago y su pecho no estaban bien; y se dice que esta costumbre le permitió soportar tanto esta como otras enfermedades».[5] Durante esta campaña agotadora, tiene lugar lo que los historiadores antiguos llaman «el milagro de la lluvia». Rodeado en pleno verano canicular en el territorio de los cuados, el ejército imperial ya no tiene agua; hombres y animales están sedientos. Entonces se produce una fuerte tormenta que permite a los soldados aplacar la sed, mientras que una terrible granizada desorganiza por completo el ejército de los cuados, que se retira. Este «milagro» se atribuye a las virtudes y la piedad de Marco Aurelio. El acontecimiento sorprendió tanto a la

gente que figura en buen lugar en Roma en la columna de Marco Aurelio y, más adelante, se cristianizó: el milagro se habría producido gracias a la plegaria de los soldados cristianos en la región cercada.

Durante esta larga campaña militar, que se extiende varios años, Marco Aurelio está rodeado por su familia y algunos miembros de la corte y continúa ocupándose de los asuntos más importantes del Imperio. Desde su campamento de Sirmio, en la provincia de Panonia (la actual Serbia), imparte justicia y se implica directamente en varios procesos, como el de su amigo y antiguo maestro de retórica griega, Herodes Ático.

Más de treinta años antes, este último ya había sido juzgado en Roma por una herencia sospechosa, y el joven Marco, entonces de 21 años, había hecho lo posible por evitar que su amigo fuera condenado. Esta vez, el viejo Herodes es acusado de tiranía por los atenienses, que reprochan sobre todo a sus libertos que abusen de su poder y cometan actos injustos. Marco condena a sus allegados, pero no a Herodes. Es difícil saber si esta clemencia, considerada excesiva por sus contemporáneos, se debe sólo a la vieja amistad que une a los dos hombres o si Marco actúa también por Roma, a la que interesa mucho mantener en Atenas a un hombre fiel a su autoridad.

También durante esta larga guerra en Germania, Marco empieza a escribir sus *Meditaciones* en cuadernos íntimos. «Se añade lo necesario y lo conveniente para el conjunto del universo, del que formas parte»,[6] escribe en su tienda al comienzo del libro II, en medio de los combates, como para darse fuerza ante la adversidad. En la primavera del año 175 está en una posición suficientemente fuerte para negociar una paz duradera con los pueblos germánicos, que se comprometen a entregar un importante tributo anual a

Roma, así como mercenarios para reforzar sus legiones. Parece que tuviera intención de quedarse aún más tiempo en el lugar para transformar aquellas regiones inestables en provincias romanas, pero una grave noticia lo obliga a tomar la ruta de Oriente con una parte de su ejército: Avidio Casio, el hombre fuerte de la guerra contra los partos, al que había puesto a la cabeza de la parte oriental del Imperio, acaba de traicionarlo y de proclamarse emperador de Roma.

Según los historiadores antiguos, Avidio Casio habría sido informado por error de la muerte de Marco Aurelio en el campo de batalla de Germania. Por lo tanto, habría aprovechado la oportunidad para autoproclamarse emperador, con el apoyo de sus legiones y del gobernador de Egipto. Después, al enterarse de que Marco Aurelio estaba vivo, no se habría atrevido a echarse atrás. El enfrentamiento era inevitable. Marco Aurelio puede contar con el apoyo total del Senado —que declara inmediatamente a Casio enemigo público— y del pueblo de Roma, así como de sus numerosas legiones de Occidente. También recibe el valioso apoyo de Marcio Vero, el gobernador de Capadocia, región estratégica entre Oriente y Occidente. Marco sabe que debe llevar una buena parte de sus tropas a Siria para enfrentarse a las de Casio. Pero la mayoría de los soldados están agotados después de la larga guerra contra los bárbaros, así que se toma un tiempo antes de abandonar su campamento de Sirmio. Dion cuenta que, justo antes de la partida, arenga a sus tropas. Pero, en lugar de hablar de una terrible venganza contra el usurpador, aboga por el perdón y la clemencia: «Sólo hay una cosa a la que temo, camaradas, pues se os debe contar toda la verdad, a saber, que él se dé muerte porque se avergüence de venir a nuestra presencia, o que algún otro lo haga al saber que estoy de camino y me dirijo contra él. Porque entonces

sería privado de un gran premio, tanto de guerra como de victoria, un premio tal como nunca otro ser humano ha obtenido jamás. ¿Y cuál es este premio? El de perdonar a un hombre que me ha hecho mal, conservar como amigo a uno que ha traicionado la amistad, seguir siendo fiel a uno que ha quebrado la fidelidad».[7] Apenas su ejército se hubo puesto en marcha hacia Oriente, Marco Aurelio recibe la noticia de la muerte de Avidio. Al enterarse de que el emperador está en camino hacia Siria, sus oficiales, como Marco Aurelio presentía, lo ejecutan. Como señal de sumisión, envían la cabeza de Casio a Marco, que se niega a verla y se entristece con esta noticia. Como había manifestado delante de sus legiones, habría preferido encontrar a Avidio vivo y perdonarlo. Marco Aurelio escribe al Senado y pide que se proteja a su familia y a sus amigos. El gobernador de Egipto, a quien Marco Aurelio conoce bien y que había seguido a Avidio en su rebelión, entona su *mea culpa*; Marco Aurelio lo perdona, lo exilia a una isla y sólo lo priva de la mitad de sus bienes. Hace lo mismo con los hijos de Avidio y anuncia públicamente que perdona a todas las ciudades que han tomado partido por Casio. Sólo inflige un ligero castigo a Antioquía, la capital de Siria, privándola de espectáculos públicos durante unos años. «Propio del hombre es amar incluso a los que tropiezan»,[8] escribe en sus *Meditaciones*, tal vez en el mismo período.

En lugar de regresar directamente a Roma, Marco Aurelio prefiere continuar su camino hacia Oriente para asegurarse de la lealtad de todos. Cruza el Bósforo en Bizancio y después se dirige a Tarso, en Cilicia, donde lo espera una nueva prueba: el fallecimiento súbito de su esposa, a la edad de 45 años. Faustina solía acompañarlo cuando se alejaba durante largo tiempo de Roma para proteger las fronteras del Imperio. Todo hace pensar que él le fue fiel, pero, según varios autores antiguos, no fue recíproco y Faustina habría tenido

numerosos amantes. Por ejemplo, Aurelio Víctor escribe a propósito de Marco Aurelio: «Todas sus acciones, tanto en la paz como en la guerra, fueron inspiradas por los dioses; esto fue empañado por su incapacidad para contener a su mujer, la cual había llegado a tal punto de desvergüenza que mientras estaba en Campania se instalaba en lugares agradables de la costa para elegir de entre los marineros, porque la mayor parte de las veces trabajan desnudos, los más aptos para satisfacer sus bajas pasiones».[9] El autor de la *Historia Augusta* divulga también el rumor según el cual su hijo Cómodo, que sucederá a Marco Aurelio, habría nacido de un adulterio de Faustina con un gladiador, lo cual explicaría su gusto por los combates y su crueldad: «Muchos, sin embargo, afirman que Cómodo nació realmente de un adulterio, ya que está bastante probado que Faustina, en Gaeta, escogía sus relaciones con marineros y gladiadores [...]. Cuando se le decía a Antonino Marco que la repudiase, si es que no quería matarla, se dice que respondía: "Si devolvemos la esposa, hemos de devolver también la dote". Y, ciertamente, ¿qué podía entenderse como dote sino el Imperio, que él había recibido cuando fue adoptado por su suegro por voluntad de Adriano? Pero tan importante es la vida de un buen emperador, su virtud, su serenidad, su piedad, que el odio hacia uno de sus allegados no puede desteñir su gloria. En suma, con Antonino, que siempre mantuvo sus costumbres y no las modificó por las murmuraciones de nadie, no pudieron un hijo gladiador ni una mujer vergonzante».[10] Dion Casio desacredita todavía más la memoria de Faustina y la presenta como responsable de la traición de Avidio Casio: «Pero Casio cometió un terrible error al rebelarse, debido a que había sido engañado por Faustina. Ésta, que era la hija de Antonino Pío, viendo que su marido había caído enfermo y esperando que muriera en cualquier momento, temía que el trono

cayera sobre alguien de fuera, tanto debido a que Cómodo era demasiado joven como de mente simple, de manera que ella podría así verse reducida al estado de un particular. Así pues, indujo en secreto a Casio para que hiciera sus preparativos de forma que, si algo sucediera a Antonino, él la pudiera obtener a ella y al poder imperial [...]. Por este tiempo murió también Faustina, fuera a causa de la gota que padecía, o por cualquier otro medio para evitar ser condenada por su complicidad con Casio. Y, sin embargo, Marco destruyó todos los papeles que se encontraron en las arcas de Pudente [Avidio Casio], sin leer ninguno de ellos, para no poderse enterar siquiera del nombre de ninguno de los conspiradores que hubiesen escrito algo contra él, viéndose así obligado a odiarlos a su pesar».[11] Dion explica así que Faustina esperaba casarse con Avidio en caso de fallecimiento de Marco, pero que habría habido un malentendido entre ellos: Avidio habría entendido que este último ya estaba muerto y habría querido tomar el Senado con rapidez y autoproclamarse emperador. Este rumor, sin duda alimentado por la mala reputación de Faustina, probablemente es infundado. En cambio, no es imposible que Marco se negara a leer las cartas conservadas por Avidio, cartas que habrían podido darle nombres de personalidades que lo habían apoyado en secreto. Esto concuerda bastante con su carácter y con su deseo de no envenenar su corazón con el resentimiento.

En cualquier caso, Marco Aurelio nunca tuvo en cuenta estos rumores persistentes contra su esposa. Cuando muere, manda edificar una suntuosa tumba y construir un templo en el lugar de su fallecimiento, encarga a un cortejo de sacerdotes que honren su memoria y cambia el nombre del pueblo por el de «Faustinópolis». Puesto que no quiere dar una madrastra a sus hijos, se niega a casarse de nuevo y toma como concubina a la hija del intendente de

Faustina. Al final del primer libro de las *Meditaciones*, da las gracias a los dioses, sobre todo por «tener una esposa de tales cualidades: tan obediente, tan cariñosa, tan sencilla».[12]

Después del fallecimiento de Faustina, Marco Aurelio continúa su viaje: cruza rápidamente Siria y Palestina y se instala en Egipto. Pasa el invierno de los años 175-176 en Alejandría, segunda ciudad del Imperio después de Roma y su capital cultural, donde residen pensadores judíos y griegos de renombre. La ciudad, de cultura helenística, posee la biblioteca más grande del Imperio, aunque ya Julio César la había incendiado parcialmente en el año 48 antes de nuestra era, durante su conflicto contra Pompeyo. Para sellar su reconciliación con las élites del país, el emperador deja allí a una de sus hijas, Cornificia (el mismo nombre que su hermana), y a su yerno, cuyo padre fue prefecto de Egipto veinte años antes. Regresa entonces a Siria y se queda durante más tiempo que en su viaje de ida, sobre todo en Antioquía, la ciudad donde residía Avidio Casio. Después vuelve hacia Grecia pasando por diferentes ciudades de Asia Menor, donde se encuentra con rétores locales, como Hermógenes en Tarso o Elio Aristides en Esmirna. Cuando llega a Atenas, decide quedarse todo el verano del año 176. Unos años antes, Marco había fundado en Atenas cuatro cátedras de filosofía (una para cada escuela: platónica, aristotélica, epicúrea y estoica) y una cátedra de retórica. Aprovecha su paso para visitarlas y escuchar al rétor Adriano de Tiro. Durante la guerra, había hecho el voto de ser iniciado en los misterios de Eleusis. Mantiene su promesa y es iniciado en el famoso santuario en septiembre, justo antes de regresar a Roma. Para demostrar claramente a los atenienses que continúa concediéndoles su confianza, toma como padrino a Herodes Ático, su amigo y antiguo maestro de retórica. La iniciación en los misterios de Eleusis es la ceremonia religiosa más

sagrada del mundo grecorromano. Durante diez días, el emperador y su hijo Cómodo se unen al grupo de los mistos (aspirantes a la iniciación) y siguen los numerosos rituales que supuestamente los hacen morir y renacer interiormente a un grado superior de conciencia. Baños purificadores, ayunos, absorción de bebidas rituales y una ceremonia en honor al dios sanador Esculapio constituyen las primeras etapas de la iniciación, y después, el quinto día, los mistos caminan veinte kilómetros hasta el santuario de Eleusis. Tras varios rituales sacrificiales, los mistos reciben por último la iniciación suprema, entrando uno después de otro en el edificio más sagrado del santuario: el Anactoron. Durante la noche pasada en el edificio, se supone que experimentan una transformación interior profunda y reciben un mensaje íntimo que se comprometen a no revelar a nadie.

En otoño de 176, después de ocho años de ausencia, Marco Aurelio regresa triunfalmente a Roma. Ha vencido a los bárbaros y ha restablecido la concordia con las legiones de Oriente. Por ello se acuña una moneda en la que está escrito «Concordia de los ejércitos», y otra: «La paz para siempre». El emperador se presenta, más que nunca, como el garante de la unidad del Imperio y el protector del Estado. Marco decide incluir en su triunfo a su hijo Cómodo, el único que le queda tras el fallecimiento de su hermano gemelo Annio Vero, unos años antes. El Senado le concede una dispensa de edad para que pueda ser el senador más joven de la historia de Roma y, después, acceder al título de *imperator.* Con ello, Marco lo establece como el heredero a los ojos de todos. Ordena distribuir millones de sestercios entre la multitud y anula las deudas de los particulares con el tesoro imperial, al disponer quemar en la

plaza pública los registros que contienen los nombres de los deudores. Después ordena, en las Saturnales de fin de año, unos juegos públicos fuera de lo común. Hemos visto que a Marco Aurelio no le gustaban mucho estos espectáculos sanguinarios, pero forman parte de las tradiciones romanas más arraigadas y no puede evitarlos. A Cómodo, en cambio, le gustan tanto que quizá Marco empieza a preguntarse si su hijo se le parece realmente y si posee las aptitudes necesarias para ser un futuro emperador.

8

Inflexible frente a los cristianos

> ¡Cómo es el alma que se halla dispuesta, tanto si es preciso ya separarse del cuerpo, o extinguirse, o dispersarse, o permanecer unida! Mas esta disposición, que proceda de una decisión personal, no de una simple oposición, como los cristianos.[1]
>
> MARCO AURELIO

Uno de los principales reproches dirigidos a Marco Aurelio, tanto por los autores medievales como contemporáneos, es su intransigencia frente a los judíos y, sobre todo, los cristianos, que fueron víctimas de varias persecuciones sanguinarias durante su reinado. Esto sorprende, sobre todo, porque Marco Aurelio promueve virtudes humanistas como la tolerancia, la benevolencia y la clemencia. Veamos los hechos e intentemos comprender las razones de esta actitud inflexible hacia estas dos minorías religiosas.

Como todas las sociedades del mundo antiguo, la sociedad romana es muy religiosa; la religión es la base misma del vínculo social. Creencias compartidas, cultos y rituales comunes constituyen el cemento que permite a millones de individuos, repartidos por un inmenso territorio, vivir juntos.

En la época de Marco Aurelio, la religiosidad del mundo romano es muy ecléctica. En Roma y en el Imperio se veneran todo tipo de

divinidades. Las más importantes son las heredadas de la antigua Grecia, cuyos nombres se latinizan: Júpiter, el dios supremo; Marte, el dios de la guerra; Venus, la diosa del amor y las artes, etc. Pero, a medida que se constituye y se extiende el Imperio, el panteón romano se enriquece con otras numerosas divinidades. A principios del siglo II antes de nuestra era, se importa la diosa Cibeles de Frigia (parte occidental de la meseta de Anatolia). Después se asiste, durante los siglos II y I antes de nuestra era, a la veneración de la religión egipcia: Isis tiene un éxito fulgurante y, después, Serapis, un sustituto helenizado de Osiris. El dios iranio Mitra también está muy en boga, sobre todo entre los soldados de las legiones con base en Oriente. En un primer momento, las autoridades romanas desconfían de estos cultos extranjeros y mandan encarcelar regularmente a los sacerdotes y cerrar los templos. Después, cuando constatan que tienen numerosos adeptos en las clases superiores y dirigentes de la sociedad (caballeros, senadores), la política cambia: de una persecución se pasa a un control social. Los cultos extranjeros se toleran, siempre que sus adeptos también acepten rendir culto a los principales dioses de la ciudad, lo cual permite mantener la cohesión social del Imperio. Todos los adeptos de estos cultos importados aceptan esta ley común, excepto los judíos y los cristianos. La razón es simple: puesto que están convencidos de que sólo hay un dios, se niegan a rendir culto, ni siquiera de manera formal y por razones políticas, a los diversos dioses de la ciudad, que consideran como ídolos. Con ello, quedan fuera de la ley.

Desde el siglo VI antes de nuestra era, al regresar de la deportación en Babilonia, numerosos judíos han emigrado a diversas ciudades del Mediterráneo que después se convertirán en provincias romanas.

La presencia de comunidades judías también se registra en Roma a partir del siglo II antes de nuestra era. La *Encyclopedia judaica* recuerda que «la comunidad judía de Roma se desarrolló con mucha rapidez. Los judíos conducidos a Roma como prisioneros o bien fueron comprados por sus correligionarios, o bien fueron liberados por sus amos romanos, que consideraron sus costumbres especialmente odiosas. Se establecieron como comerciantes en la orilla derecha del Tíber, donde dieron lugar al barrio judío de Roma».[2] Su negativa a participar en los cultos de la ciudad, pero también a servir en el ejército, provocó numerosas tensiones entre estas comunidades y las autoridades locales. Sin embargo, el historiador judío Flavio Josefo precisa, a finales del siglo I de nuestra era, que varios dirigentes romanos —Julio César, Marco Antonio y los emperadores Augusto y Claudio— publicaron decretos que concedían a las comunidades judías ciertos derechos específicos, como el de estar exentas del servicio militar y de ciertos rituales religiosos, como el culto al emperador. Esta política de tolerancia, que permite a los judíos seguir con su religión y sus costumbres ancestrales, acabará con las guerras sucesivas que oponen Roma a Judea. Después de la toma de Jerusalén por Pompeyo en el año 63 antes de nuestra era, Judea y Samaria se integran en el Imperio romano. En el año 40 antes de nuestra era, el Senado declara a Herodes el Grande «rey de los judíos», y Roma administra el país bajo su control y, después, bajo el de sus descendientes. Los judíos soportan cada vez peor la presencia de los invasores romanos, que, aunque les permiten ejercer libremente su culto, les exigen un impuesto muy elevado. A principios de nuestra era, los Evangelios muestran el rastro de esta revuelta que se incuba: los zelotes se oponen a Roma y esperan a un Mesías liberador, que no será Jesús, que provoca la decepción de algunos de sus discípulos. La revuelta acaba por

estallar en el año 66 y es violentamente reprimida por Vespasiano y —cuando este último es nombrado emperador en Roma— por su hijo Tito, que saquea y arrasa el templo de Jerusalén en el año 70. Vespasiano instituye también en todo el Imperio el *fiscus iudaicus*, un impuesto anual que deben pagar todos los judíos que deseen practicar su religión. En el año 115 estalla una nueva revuelta, y esta vez se extiende a Egipto (que cuenta con una importante diáspora judía en Alejandría), a Chipre y hasta Mesopotamia. Es reprimida por el emperador Trajano en el año 117.

Se producen nuevos disturbios en Judea entre los años 132 y 134, bajo el reinado de Adriano. En efecto, durante su breve paso por Judea en el año 130, el emperador decide fundar una colonia romana en Jerusalén y construir un templo dedicado a la diosa Roma en el emplazamiento del dedicado a Yavé, el Dios de los judíos. La rebelión, dirigida por un tal Simón bar Kojba, consigue aniquilar una legión romana y crear un Estado judío independiente. Muchos judíos consideran a Bar Kojba —literalmente, 'el hijo de la estrella'— como el Rey Mesías que ha venido a liberar Israel del yugo de los romanos. La respuesta de Roma es terrible. Adriano moviliza ocho legiones y acude en persona al lugar para sofocar la revuelta. El ejército judío es aniquilado y, según Dion Casio, los romanos destruyen novecientos cincuenta y cinco pueblos y matan alrededor de ciento ochenta y cinco mil judíos. Numerosos judíos son vendidos como esclavos u obligados a exiliarse a diversas ciudades del Imperio. Adriano incluso considera que hay que acabar definitivamente con el judaísmo: prohíbe la ordenación de rabinos y la circuncisión bajo pena de muerte, así como la presencia de judíos en Jerusalén, a la que rebautiza con el nombre por Ælia Capitolina.

Una vez en el poder, con el fin de evitar nuevos conflictos, Antonino decide restablecer la tolerancia religiosa y permite a los

judíos practicar su culto, con la condición de pagar el impuesto y de no provocar ningún disturbio. A causa de la historia tormentosa de esta provincia rebelde, Marco Aurelio no lleva a los judíos en el corazón y los percibe como un pueblo dogmático e ingobernable. El historiador antiguo Amiano Marcelino cuenta que, durante su paso por Judea después de la revuelta de Casio, mantuvo estos propósitos: «¡Oh marcomanos! ¡Oh cuados! ¡Oh sármatas! ¡Al fin he encontrado a otros más ineptos que vosotros!».[3]

¿Qué ocurre con los cristianos, a los que los emperadores romanos perciben como los adeptos de una secta disidente del judaísmo? Como no están vinculados a una tierra, los cristianos nunca se rebelan contra los romanos, y esto les genera muchos menos problemas. Por otra parte, se funden más con la población, puesto que no se casan exclusivamente entre ellos (a diferencia de los judíos), no imponen la circuncisión y no comen *kosher*. No obstante, como los judíos, afirman que su Dios es el único verdadero y se niegan a rendir culto a los de la ciudad y al emperador; por ello, se consideran igual de fanáticos y fuera de la ley. Este rechazo les genera condenas por el motivo de *obstinatio*. El filósofo romano Celso, contemporáneo de Marco Aurelio, les reprocha que minen el orden social y constituyan «un Estado en el Estado». Por lo tanto, en la mente de los romanos, no se trata de condenas por un motivo religioso, sino político. A partir del momento en que los cristianos no respetan la ley de la ciudad, que impone a todos los ciudadanos hacer sacrificios a sus dioses, infringen la norma y su actitud constituye una alteración del orden social. Por otra parte, éste es el motivo invocado por las autoridades locales o imperiales para justificar las persecuciones. Sobre todo porque, con el paso del

tiempo y con su éxito creciente, los cristianos no se contentan con negarse a hacer sacrificios a los dioses de la ciudad: critican abiertamente costumbres romanas bien establecidas, como los juegos del circo, la jerarquía social o el culto al emperador. Entre los siglos I y IV, los cristianos sufren diez episodios localizados de persecuciones sangrientas. La primera, y una de las peores, tiene lugar en el año 64, durante el reinado de Nerón, que toma a los cristianos como chivos expiatorios para desviar la cólera del pueblo suscitada por el gran incendio que devasta Roma y del que se supone que él es el instigador. Probablemente en este contexto, los apóstoles Pedro y Pablo son martirizados, así como cientos de cristianos. La última, también atroz, es la de Diocleciano, a principios del siglo IV, poco antes de que el emperador Constantino, que se convertirá al cristianismo, ponga definitivamente fin a la persecución de los cristianos.

Al acceder al poder como emperador, Marco Aurelio continúa la política de relativa tolerancia hacia los judíos y los cristianos instaurada por Antonino. Sin embargo, durante su gobierno, los cristianos son víctimas de persecuciones esporádicas en diversas ciudades del Imperio. La más importante tiene lugar en Lyon (Lugdunum) en el año 177. En los años anteriores, el emperador había pedido a todos los habitantes del Imperio que participaran en las ceremonias religiosas oficiales para apoyar la guerra que lo enfrentaba a los pueblos bárbaros en Germania. Los cristianos, como de costumbre, se negaron, pero eso no dio lugar a persecuciones. Los historiadores están muy divididos sobre las causas de la persecución lionesa, cuya principal fuente es el relato que hace el obispo Eusebio de Cesarea, cerca de ciento cincuenta años después

de los hechos. Entonces los cristianos eran muy poco numerosos en la Galia. ¿Fueron víctimas de rivalidades religiosas? ¿Por qué llamaron la atención de las autoridades? Entre las hipótesis formuladas figura la defendida, sobre todo, por el arqueólogo Jacques Lasfargues: una posible desviación montanista de un núcleo duro de fieles. En efecto, el obispo de la diócesis, Potino, así como un grupo de fieles lioneses, son originarios de Frigia, una región donde se desarrolla entonces una herejía, el montanismo, que más adelante será condenada por la Iglesia. Montano profetiza el final inminente del mundo y el regreso de Cristo, según las profecías del Apocalipsis, el último libro del Nuevo Testamento. Incita a sus discípulos a hacer proselitismo para convertir a la gente y adoptar un modo de vida muy ascético, con el fin de prepararse para el fin del mundo. Una de las causas del conflicto entre los cristianos de Lyon y las autoridades locales podría proceder de una actitud proselitista y extremista de ciertos cristianos, lo cual habría atraído la cólera de la multitud y la represión de las autoridades, que detienen y encarcelan a cientos de fieles. El gobernador escribe entonces a Roma para preguntar qué debe hacer. La respuesta de la administración imperial (no se sabe si el propio Marco Aurelio tuvo conocimiento del asunto) ordena aplicar el decreto de Trajano, que estipula que, en caso de alteraciones del orden público, los cristianos sólo sean indultados si reniegan de su fe. En caso contrario, se les puede condenar a muerte. Eusebio de Cesarea cita los nombres de cuarenta y seis personas que prefieren morir en martirio antes que renegar de su fe: dieciocho mueren en prisión como consecuencia de torturas o malos tratos, entre ellos el obispo Potino; veintidós son decapitadas debido a su ciudadanía romana, y seis personas son arrojadas a las fieras en la palestra, como la famosa Blandina, una joven esclava cuya leyenda refiere que las fieras se negaron a tocarla (finalmente fue

decapitada por un verdugo) y que se convertirá después en la santa patrona de Lyon.

Sin duda, a Marco Aurelio se le informó de los acontecimientos de Lyon, antes o, al menos, después. En sus *Meditaciones*, sólo menciona una vez a los cristianos, y lo hace en uno de los últimos libros, cuya redacción debió de ser ligeramente posterior a la persecución romana, a la que podría muy bien hacer alusión: «¡Cómo es el alma que se halla dispuesta, tanto si es preciso ya separarse del cuerpo, o extinguirse, o dispersarse, o permanecer unida! Mas esta disposición, que proceda de una decisión personal, no de una simple oposición, como los cristianos, sino fruto de una reflexión, de un modo serio y, para que pueda convencer a otro, exenta de teatralidad».[4] Este texto muestra con claridad lo que Marco Aurelio piensa de los cristianos: no son razonables. Su fe dogmática los incita a preferir la muerte al compromiso y lo convierten en un espectáculo.

Sin embargo, si se hubiera tomado la molestia de profundizar en la doctrina, el emperador filósofo habría podido comprender e incluso mostrarse receptivo a muchos de los aspectos del mensaje de los Evangelios y de la teología cristiana. La similitud entre estoicismo y cristianismo se manifiesta en numerosos puntos: el mundo está gobernado por la providencia de un dios bueno; todos los seres humanos son iguales y poseen la misma naturaleza divina; importancia del amor al prójimo y de la benevolencia; aceptación de la muerte, etc. Hasta tal punto que los teólogos cristianos no vacilarán en tomar prestados los principales conceptos filosóficos del estoicismo (*logos, pneuma*) para elaborar la doctrina cristiana.

A decir verdad, este encuentro entre estoicismo y monoteísmo bíblico había empezado mucho antes, en Alejandría, cuando las élites judías que vivían en esta ciudad egipcia de cultura griega

decidieron traducir la Biblia hebraica al griego. Esta traducción, llamada de los Setenta por el número de traductores, se realizó entre los siglos III y II antes de nuestra era. Contiene libros nuevos, como el de la Sabiduría, que adopta claramente el lenguaje y el pensamiento estoicos, como muestra este breve extracto: «Pues el Espíritu (*pneuma*) del Señor llena la tierra, todo lo abarca y conoce cada sonido» (Sabiduría 1, 7). Una de las preocupaciones del judaísmo helenístico es, en efecto, hacer más racional y a la vez más universal el mensaje bíblico, para que el Dios de la Alianza con el pueblo hebreo sea un Dios de dimensiones cósmicas, que mantiene la cohesión del universo y se dirige a todos los hombres.

A principios de nuestra era, dos autores judíos señalan la similitud entre el pensamiento bíblico y el pensamiento estoico. En primer lugar, el historiador del judaísmo que vive en Roma, Flavio Josefo, escribe en su autobiografía: «A los 19 años empecé a participar en la vida pública siguiendo los principios de la secta de los fariseos, que presenta semejanzas con la que entre los griegos se denomina estoica».[5] Pero, sobre todo, Filón de Alejandría, judío practicante y eminente filósofo de cultura griega que intenta replantear el judaísmo según los conceptos y el vocabulario estoicos. Como explica su traductora francesa Mireille Hadas-Lebel, Filón, en su famoso tratado sobre la providencia, «retoma lo esencial de la apología estoica de la providencia sin intentar innovar. En efecto, sólo la Estoa podía proporcionar una argumentación plenamente desarrollada en favor de la providencia. Por otra parte, la doctrina estoica presentaba, a los ojos de Filón, la ventaja de coincidir en muchos puntos con la enseñanza bíblica».[6] Además, Filón y los judíos helenizados de Alejandría toman prestado el concepto de *logos* para convertirlo en la palabra creadora divina. El evangelista Juan va todavía más lejos e identifica a Dios con el *logos* en su

famoso prólogo: «En el principio era el Verbo *(logos)*, y el *logos* era con Dios, y el *logos* era Dios. Éste estaba en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho» (Juan, 1 1-3). Después convierte a Cristo en el *logos* encarnado: «Y aquel *logos* fue hecho carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Juan 1, 14). Juan utiliza también con frecuencia el concepto estoico de *pneuma* (aliento divino) y lo identifica con el Espíritu Santo: «Lo que es nacido de carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu (*pneuma*), espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El *pneuma* sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas no sabes de dónde viene ni adónde va; así es todo aquel que es nacido del *pneuma*» (Juan 3, 6-8). Como él, la mayoría de los padres de la Iglesia, sobre todo los apologistas del siglo II, utilizarán las palabras y los conceptos del estoicismo para forjar la teología cristiana incipiente. Por ejemplo, el especialista en estoicismo Jean-Joël Duhot afirma con razón que «es difícil no reconocer el equivalente estoico de Dios, el *logos* y el *pneuma* en la Trinidad cristiana, pues Cristo es *logos.* Se puede pensar que el estoicismo, pasando por la etapa de la integración conceptual del judaísmo alejandrino, pero también más directamente en los Padres de la Iglesia, diera al cristianismo los medios para su teología. El Pórtico había familiarizado a todos los hombres que poseyeran un barniz de cultura griega con la idea de que Dios es *Logos* y *Pneuma*, y el judaísmo alejandrino hacía del *logos* el Hijo primogénito de Dios».[7]

Por supuesto, Marco Aurelio no tiene ninguna consciencia de esta convergencia entre pensamiento cristiano y pensamiento estoico, y se puede hablar realmente de un encuentro fallido. Este encuentro habría podido producirse, de manera muy concreta, gracias a la

insistencia de un filósofo convertido al cristianismo, Justino, que sentía una gran estima por el «emperador filósofo». Durante un primer viaje a Roma, en la década de 150, Justino escribe una apología en defensa de los cristianos, que dirige a Antonino y a sus dos hijos adoptivos (Marco y Lucio), en la que explica las similitudes profundas del estoicismo y el cristianismo, y cómo el cristianismo, lejos de ser una religión supersticiosa y fanática, constituye la culminación de toda la filosofía antigua. Al volver a Roma durante el advenimiento de Marco Aurelio, a principios de la década de 160, Justino funda una escuela de filosofía cristiana y redacta en griego una segunda apología destinada al nuevo emperador. Justino no recibió respuesta y nunca fue invitado al palacio imperial. En cambio, el prefecto de Roma lo convoca para un proceso, así como a algunos de sus discípulos, en los años 164 o 165: han sido denunciados por haberse negado a hacer sacrificios a los dioses de la ciudad, cuando Marco Aurelio, en plena guerra contra los partos, lo exigía de todos mediante una ley que pretendía reconstituir una unión sagrada y la *Pax deorum*. Segundo personaje del Estado, encargado del mantenimiento del orden público, el prefecto no es otro que Julio Rústico, el antiguo maestro de filosofía de Marco Aurelio, que le dio a conocer a Epicteto. Según las *Actas de Justino*, el encuentro empieza bajo los mejores auspicios, como un intercambio entre dos filósofos. Pero, cuando el prefecto le ordena que cumpla con los actos religiosos que simbolizan la adhesión al culto oficial, Justino se niega en nombre de su fe al Dios único. Por tres veces, Rústico insiste para que Justino, con el fin de escapar a la pena de muerte, dé muestras de civismo cumpliendo los ritos. Justino se niega todas las veces y asegura al prefecto que no tiene miedo a la muerte porque sabe que irá directo al cielo después de su martirio. Veamos las últimas palabras de las actas del proceso: «Rústico: "Lleguemos

a lo que os pedimos y que apremia; acercaos y todos juntos hagamos sacrificios a los dioses". Justino: "Nadie, a menos que pierda la razón, abandona la piedad por la impiedad". Rústico: "Si no obedecéis, seréis castigados sin piedad". Justino: "Éste es nuestro deseo más ferviente"». Rústico acaba por condenarlo a muerte, así como a sus compañeros. Desde entonces, las Iglesias católica y ortodoxa conmemoran su memoria como santo y mártir el 1 de junio.

Por lo tanto, se produce un auténtico diálogo de sordos entre las autoridades romanas y los cristianos. Las primeras consideran que todos los miembros del Imperio, sean cuales sean sus religiones y creencias personales, deben dar muestras de civismo y piedad siguiendo el culto oficial. Los segundos anteponen su creencia personal para justificar su elección y negarse a participar en este culto. Con Constantino, a principios del siglo IV, y Teodosio, a finales del mismo siglo, todo va a cambiar. El primero favorecerá la religión cristiana, que desea que sustituya al paganismo como religión dominante; el segundo hará obligatorio el culto cristiano en todo el Imperio. Y, al mismo tiempo, nada va a cambiar: bajo el reinado de Teodosio I, muy cristiano, la herejía se convierte en un crimen que compete a los tribunales civiles. Por lo tanto, el nuevo imperio cristiano se dará prisa en perseguir, y a veces dar muerte, a los paganos y los herejes, con el pretexto de que ponen en peligro la cohesión de la sociedad. Y, cuando se sugiere a san Agustín (que, a principios del siglo V, ejerce una influencia preponderante en el mundo cristiano) que la Iglesia se comporta de la misma manera que antaño las autoridades romanas hacia los cristianos, éste responde con la mayor seriedad: «Hay una persecución justa, que promueve la Iglesia de Cristo contra los impíos [...]. La Iglesia persigue por amor y los impíos por crueldad».[8] La persecución

cristiana contra «los impíos» durará cerca de catorce siglos, hasta el final de la práctica de la Inquisición, cuando llegan las democracias modernas, que separarán finalmente lo religioso de lo político.

9

Un final de vida doloroso

> ¡Ojalá llegaras cuanto antes, oh muerte, no vaya a ser que también yo me olvide de mí mismo![1]
>
> MARCO AURELIO

Entre su partida para la guerra en las fronteras occidentales del Imperio y su expedición a Oriente, Marco Aurelio estuvo ausente de Roma durante ocho años. Por lo tanto, se concentra a lo largo de todo el año 177 en los asuntos internos y participa en numerosos ritos civiles y religiosos. En julio, pone en marcha un nuevo consejo imperial compuesto por seis senadores y seis caballeros, que ocupan los puestos más elevados de la administración. Aunque en sus *Meditaciones* da muestras de un desprecio evidente por la gloria, no pone ninguna objeción a que se empiece a inmortalizar su reinado, según las costumbres romanas, edificando diversos monumentos: estatua ecuestre, arco de triunfo y columna monumental que trazan el relato de sus victorias sobre los pueblos bárbaros. Con vistas a su sucesión, proporciona a su hijo, Cómodo, entonces de 16 años, los mejores maestros de Roma. Pero este último, a diferencia de su padre, no manifiesta gusto por los estudios y aún menos por la filosofía; le apasionan más los combates de gladiadores. Cuando el joven llega a la edad de 17 años, Marco decide casarlo con Brutia Crispina, una noble romana procedente de una familia consular.

El emperador se entrega también a una intensa actividad diplomática e incluso militar. Cuando tuvo que abandonar Germania para dirigirse a Oriente, como consecuencia de la traición de Casio, dejó tras de sí a más de veinte mil soldados para mantener la paz. Pero ésta se ve constantemente amenazada. Por ejemplo, se combate victoriosamente una invasión de los moros en el sur de la península ibérica. Algunos pueblos mandan emisarios a Marco Aurelio para pedirle su integración en el Imperio y desean que sus tierras se conviertan en provincia romana, mientras que otros, como los cuados y los marcomanos, rechazan cualquier romanización y parecen dispuestos a tomar las armas de nuevo. Así que, en agosto de 178, decide partir de nuevo a Germania. Una vez allí, continúa su actividad diplomática, al tiempo que realiza operaciones militares puntuales —principalmente contra los cuados, que atacan los fuertes romanos—, destinadas a mostrar su fuerza y a disuadir a los pueblos que más se oponen a la presencia romana de retomar las hostilidades de forma duradera. Cuando ha establecido su campamento en la capital de Panonia (la actual Viena, en Austria), Marco Aurelio cae bruscamente enfermo y fallece en menos de una semana. Su muerte puede parecer un envenenamiento, y varios historiadores antiguos, siguiendo a Dion Casio, lo atribuyen a su hijo Cómodo o a un grupo de conspiradores pagados por éste. Es la tesis que se defiende en las dos películas de Hollywood en las que aparece el final de Marco Aurelio. En *Gladiator*, se ve a Cómodo ahogar a su padre, que habría decidido desheredarlo en provecho de uno de sus generales, y en *La caída del Imperio romano*, es envenenado por unos aliados de Cómodo. Esta tesis es poco verosímil y probablemente se construyó *a posteriori*, después del espantoso reinado de Cómodo, del que pronto hablaremos.

En efecto, parece poco probable que Marco Aurelio decidiera renunciar a que su hijo lo sucediera y que este último, todavía muy joven, quisiera asesinar a su padre, lo cual constituiría un riesgo considerable cuando el Imperio fuera suyo. Como hemos visto, la salud de Marco Aurelio era muy precaria desde hacía mucho tiempo. Probablemente contrajo una tuberculosis de muy joven, y se sabe que tenía problemas gástricos crónicos. También pudo morir por la «pestilencia», que continuaba causando víctimas en el ejército romano. Esta última tesis se ve reforzada por el relato de su muerte que hace el autor de la *Historia Augusta*: «Su muerte fue así: cuando comenzó a sentirse enfermo, convocó a su hijo y le pidió en primer lugar que no despreciase lo que quedaba de la guerra para que no pareciera que traicionaba al Estado. Y, cuando su hijo le respondió que él deseaba sobre todo la salud, le permitió que hiciese lo que quisiera, pidiéndole sin embargo que esperase unos pocos días, que no marchase a la vez que él. A continuación se abstuvo de comer y beber porque quería morir, y así aumentó su enfermedad. Al sexto día, tras hacer venir a sus amigos y riéndose de las cosas humanas a la vez que despreciaba la muerte, les dijo: "¿Por qué lloráis por mí y no pensáis mejor en la peste y en la muerte de todos?". [...] Los ejércitos, al conocer la gravedad de su estado de salud, se lamentaban muy profundamente, porque él era el único al que habían amado. Al séptimo día empeoró y sólo admitió a su hijo, al que despachó pronto para no contagiarle la enfermedad. Tras despachar a su hijo, se tapó la cabeza como queriendo dormir, pero por la noche exhaló su espíritu».[2] Muere el 17 de marzo de 180, con casi 59 años, después de un reinado de diecinueve.

Estaba preparado desde hacía tiempo para ese momento y había escrito algunos textos al final de las *Meditaciones* que dan a entender que estaba cansado de vivir, rodeado de personas que se

habían alejado mucho de los valores que lo animaban: «Y si también quieres una regla vulgar, que cale en tu corazón, sobre todo te pondrá en buena disposición ante la muerte la consideración relativa a aquellos objetos de los cuales vas a separarte y con cuyas costumbres (tu alma) ya no estará mezclada. [...] Porque tan sólo esto, si es que se da, podría arrastrarte y retenerte en la vida, a saber, que se te permitiera convivir con los que conservan los mismos principios que tú. Pero ahora estás viendo cuánto malestar se da en la discordia de la vida en común, hasta el punto de que puedes decir: "¡Ojalá llegaras cuanto antes, oh muerte, no vaya a ser que también yo me olvide de mí mismo!"».[3] Como escribe Pierre Hadot: «Es el drama de la vida de Marco Aurelio. Ama a los hombres y quiere amarlos, pero detesta lo que aman».

En los meses siguientes al fallecimiento de Marco, Cómodo y los generales consiguen consolidar las fronteras del Imperio y concluir un acuerdo con los bárbaros. La rapidez con la que se restablece la paz hace dudar a los historiadores sobre las verdaderas intenciones de Marco Aurelio, que parecía partir para una larga campaña militar: ¿tenía sólo la intención de asegurar las fronteras o pensaba en nuevas conquistas? Es difícil responder a esta pregunta. Es muy posible que Marco pretendiera romanizar a los pueblos bárbaros que deseaban integrarse en el Imperio y, sin duda, crear nuevas provincias en Germania. El caso es que el Imperio no sufrió nuevos conflictos importantes en esta región durante los decenios que siguieron a la muerte de Marco Aurelio. A su regreso a Roma, Cómodo asocia su triunfo al de su padre, que es divinizado por el Senado. El autor de la *Historia Augusta* dice: «Y hasta tal punto se hizo evidente el día de su funeral regio el amor por él que nadie

consideró que había que llorarle, porque era un regalo de los dioses que a los dioses regresaba [...]. De ahí que todavía hoy en muchas casas quedan estatuas de Marco Antonino entre los dioses penates. Y no faltaron quienes, vaticinando cosas futuras que se revelaron ciertas, afirmaron que él les había hecho en sueños muchas predicciones».[4] La glorificación de Marco Aurelio no va a dejar de crecer a lo largo de los decenios siguientes a su muerte, por contraste con el reinado de su hijo Cómodo, a quien los historiadores antiguos describen como el peor de los tiranos. Como escribe Dion Casio: «Nuestra historia romana de aquellos días desciende ahora de un reinado de oro a otro de hierro y óxido».[5]

La crítica moderna relativiza mucho el retrato espantoso que hacen los historiadores antiguos de Cómodo: se habría acostado con sus hermanas antes de mandarlas asesinar y habría llevado una vida de violencia y desenfreno. Los historiadores contemporáneos recuerdan no solamente que supo consolidar la paz en las fronteras del Imperio, sino también que dio muestras de tolerancia en su gobierno, en especial deteniendo las persecuciones a los cristianos. Veamos lo más o menos fiable que se puede saber de su reinado, que duró trece años. En 182, dos años después del fallecimiento de su padre, un senador intenta apuñalarlo. El joven emperador sólo resulta herido y su agresor confiesa que actuaba en nombre del Senado, que consideraba que Cómodo no tenía empuje para reinar. Dado que el intento de asesinato emana de un grupo de senadores cercanos a la hermana mayor de Cómodo, Lucila, y a su marido, Pompeyano, los historiadores antiguos califican el golpe de Estado fallido de «Conjuración de Lucila». Sin pruebas, Cómodo no toca en un primer momento a su hermana ni a su cuñado, pero manda

asesinar a numerosos senadores y personalidades influyentes. Por lo tanto, su reinado empieza de la peor manera posible. Paranoico, elimina sucesivamente a sus consejeros más cercanos, así como a dos de sus cuñados.

Como su relación con la aristocracia y el Senado es desastrosa, asienta su reinado en el ejército y el pueblo, a los que ofrece sumas considerables. También se atrae los favores de la plebe organizando numerosos espectáculos de gladiadores, en los que a veces participa. Los historiadores antiguos afirman a este respecto que trucaba los combates dando a sus adversarios armas desafiladas. Este gusto por los combates en la palestra es lo que origina la leyenda negra de Faustina, la esposa de Marco Aurelio: habría tenido numerosos amantes entre los gladiadores, uno de los cuales habría sido el padre de Cómodo, lo que explicaría por qué era tan diferente de su padre oficial, el sabio Marco Aurelio. La *Historia Augusta* cuenta incluso que le habría confesado a su marido su pasión incontrolable por uno de ellos (que sería el padre de Cómodo) y que un mago caldeo aconsejó a Marco que lo matara e hiciera tomar a su mujer un baño en la sangre de su amante, lo que tendría el efecto de liberarla de su pasión. La mayoría de los historiadores contemporáneos piensan que esta historia, como numerosas tropelías atribuidas a Faustina, fue inventada por los historiadores antiguos. Sin embargo, Cómodo se vuelve cada vez más violento al final de su reinado. En el año 188, exilia a su esposa Crispina a Capri y la manda asesinar en el 191. Es probable que también acabara mandando matar a su hermana Lucila, al hijo de ésta y a su marido. El 31 de diciembre de 192 es víctima de un complot fomentado por su círculo más íntimo: su concubina Macia, su prefecto del pretorio, su chambelán y su esclavo favorito, Narciso, que lo entrena en el manejo de las armas. Después de un intento fracasado de

envenenamiento, Narciso lo estrangula en el baño. El prefecto de la ciudad, Pertinax (que quizá participó en el complot), toma el poder, pero también es asesinado casi de inmediato. Roma cae entonces en una guerra civil: cinco generales se reparten el Imperio y, finalmente, Septimio Severo, que dirige el ejército de Germania, gana y reina del 193 al 211. Intenta vincularse con el pasado glorioso de Marco Aurelio atribuyéndose una filiación ficticia con él. La leyenda del «emperador filósofo» no ha hecho más que empezar.

II

LAS *MEDITACIONES*

10

El texto de las *Meditaciones*

> Sean breves y elementales los principios que, tan pronto los hayas localizado, te bastarán para recluirte en toda tu alma y para enviarte de nuevo, sin enojo, a aquellas cosas de la vida ante las que te retiras.[1]
>
> MARCO AURELIO

La noche del 17 de marzo de 180, poco después de la muerte de Marco Aurelio, sus guardias personales se hacen con el cuaderno en el que el emperador filósofo escribía desde hacía unos diez años sus pensamientos para sí mismo. El cuaderno no lleva ningún título y no se puede asegurar que el orden de los doce libros (o capítulos) que lo componen sea el mismo que conocemos hoy. El primero, muy diferente de los demás, rinde homenaje a todos los que le permitieron convertirse en el hombre que fue: desde sus padres hasta los dioses, pasando por Antonino y los numerosos maestros que lo formaron. Algunos historiadores piensan que escribió este capítulo hacia el final de su vida, en cualquier caso, después del fallecimiento de su mujer, Faustina, que tuvo lugar en el año 175, y que él mismo o sus futuros editores lo colocaron al comienzo del manuscrito. Los capítulos I y II mencionan lugares: la región de los cuados, la orilla del Gran (un afluente del Danubio) y Carnunto (ciudad de Panonia), donde Marco vivió largo tiempo durante las

guerras en Germania y donde escribía frecuentemente por la noche, cuando le costaba conciliar el sueño. Pero no es imposible que también escribiera algunos pasajes en Roma, entre dos guerras. La hipótesis más probable es que compusiera estos textos durante los diez últimos años de su vida, esencialmente durante sus campañas militares.

Marco Aurelio ha llegado a la cuarentena y se interroga sobre sí mismo, intenta determinar el valor de sus acciones y, sobre todo, recordar lo esencial de los principios de la doctrina estoica para «mantenerse recto». En una de sus cartas a Lucilio, Séneca explica muy bien la finalidad de este género literario, que consiste en escribir para uno mismo: la escritura es un medio de apropiarse de la idea. Marco Aurelio no escribe para convencer a los demás, sino para convencerse a sí mismo de su propia verdad y hacerla aún más evidente a sus propios ojos. En esto, sigue el valioso consejo que da Epicteto a sus discípulos después de haber expuesto lo esencial de la doctrina estoica: «He aquí lo que deben meditar los filósofos, lo que deben escribir cada día, lo que debe ser su materia de ejercicio [...]. Estos principios debes tenerlos a mano, noche y día; hay que escribirlos, hay que leerlos».[2] Es exactamente lo que hace Marco Aurelio en sus cuadernos íntimos: intenta actualizar los puntos fundamentales de la doctrina estoica, recordarlos y reformularlos según su propia comprensión y su vivencia personal. Por ello, como explica Pierre Hadot: «Escribiendo sus *Meditaciones*, Marco Aurelio practica, pues, ejercicios espirituales estoicos; es decir, que utiliza una técnica, un procedimiento —la escritura—, para influenciarse a sí mismo, para transformar su discurso interior a través de la meditación de los dogmas y de las reglas de vida del estoicismo. Ejercicio de escritura diario, siempre renovado, siempre retomado,

siempre por retomar, ya que el verdadero filósofo tiene consciencia de no haber alcanzado aún la sabiduría».[3]

El texto de las *Meditaciones* fue íntegramente redactado por el propio Marco Aurelio en griego, la lengua cultural del Imperio, que dominaba muy bien. Como ya hemos comentado, aparte del primer capítulo de homenaje a sus allegados, los once siguientes no responden a ninguna lógica ni a ningún plan particular. Presentan sentencias y reflexiones que se dirige a sí mismo, por ejemplo: «Con la convicción de que puedes salir ya de la vida, haz, di y piensa todas y cada una de las cosas en consonancia con esta idea».[4] O también: «Nadie te oiga ya censurar la vida palaciega, ni siquiera tú mismo».[5] Marco se dirige amonestaciones y utiliza con frecuencia las expresiones «presta atención», «no olvides», «recuerda», «piensa», «imagina», «observa», «dite», etc. Así pues, no se trata tanto de un diario íntimo en el que recogiera sus estados de ánimo como de un conjunto de sentencias, máximas y frases cortas y poderosas que tienen por objeto ayudarlo a mantenerse despierto, recto, siempre centrado en lo esencial. Aunque no entra nunca realmente en confidencias íntimas, cierto número de pensamientos permiten, no obstante, vislumbrar el combate interior que lleva para superar sus pasiones o sus debilidades, con los ojos fijos en el ideal del sabio: «No te disgustes, ni desfallezcas, ni te impacientes, si no te resulta siempre factible actuar de acuerdo con rectos principios [...]. Recuerda también que la filosofía sólo quiere lo que tu naturaleza quiere, mientras que tú querías otra cosa no acorde con la naturaleza. Porque ¿qué cosa es más agradable que esto?, ¿no nos seduce el placer por su atractivo? Mas examina si es más agradable la magnanimidad, la libertad, la sencillez, la

benevolencia, la santidad. ¿Existe algo más agradable que la propia sabiduría, siempre que consideres que la estabilidad y el progreso proceden en todas las circunstancias de la facultad de la inteligencia y de la ciencia?».[6] Marco Aurelio se inscribe en una tradición estoica clásica, la del uso de los *logoi philosophoi*, unas máximas filosóficas dirigidas a uno mismo para mantenerse recto y no flaquear ante una situación difícil. Se supone que los *logoi* tienen una eficacia inmediata, porque, mediante una fórmula fuerte y fácil de retener, constituyen la síntesis de una enseñanza profunda que los estoicos llaman *dogmata.* Pierre Hadot define *dogmata* como «un principio universal que funda y justifica una conducta práctica determinada».[7] Como ya hemos dicho, para los antiguos, la filosofía es, ante todo, un arte de vivir. Entre los estoicos, los *dogmata* constituyen los principios esenciales de su doctrina, en los que es posible basarse para orientar bien la vida. Estos principios son los que encontraremos a lo largo de las *Meditaciones* e intentaremos explicar en los capítulos siguientes.

Marco Aurelio expresa estos *dogmata* a través de unos *logoi* más o menos largos. Los más cortos tienen menos de una línea, como: «Es preciso dejar allí el fallo ajeno»;[8] o bien: «Lo que no beneficia al enjambre tampoco beneficia a la abeja».[9] Este último *logos*, por ejemplo, remite a un *dogma*, un principio fundamental del estoicismo según el cual no se puede separar realmente el bien individual del bien colectivo. Ninguna acción individual puede ir contra el bien común; de lo contrario, el individuo también se perjudica. Estas sentencias breves son el fruto de una elaboración literaria muy refinada, porque la calidad de su formulación es lo que produce el impacto deseado en la psique y asegura su eficacia.

Otros *logoi* de las *Meditaciones* son mucho más largos y, a veces, llenan dos o tres páginas. Se trata entonces más bien de meditaciones que explicitan un *dogma*. Pero, en todos los casos, Marco Aurelio escribe para sí mismo. Intenta convencerse, recordarse los principios esenciales de la enseñanza estoica para vivir mejor, tener una actitud justa, corregirse y mantener la serenidad en cualquier circunstancia. Un *logos* bastante extenso merece citarse aquí porque expresa perfectamente la intención del emperador cuando escribe estos *logoi philosophoi* para sí mismo: «Se buscan retiros en el campo, en la costa y en el monte. Tú también sueles anhelar tales retiros. Pero todo eso es de lo más vulgar, porque puedes, en el momento que te apetezca, retirarte en ti mismo. En ninguna parte un hombre se retira con mayor tranquilidad y más calma que en su propia alma; sobre todo aquel que posee en su interior tales bienes, que si se inclina hacia ellos, de inmediato consigue una tranquilidad total. Y denomino tranquilidad única y exclusivamente al buen orden. Concédete, pues, sin pausa, este retiro y recupérate. Sean breves y elementales los principios que, tan pronto los hayas localizado, te bastarán para recluirte en toda tu alma y para enviarte de nuevo, sin enojo, a aquellas cosas de la vida ante las que te retiras».[10] Todo está dicho: al escribir para sí mismo estas máximas filosóficas que resumen las nociones esenciales del estoicismo, Marco Aurelio intenta fortalecer su alma y mantener la serenidad en medio de sus numerosas actividades. Nos invita también a hacer lo mismo, y ahí reside la explicación del éxito extraordinario de las *Meditaciones*: nos ofrece, con una formulación personal, numerosas sentencias y meditaciones que expresan la quintaesencia de la doctrina estoica (que vamos a descubrir en los capítulos siguientes) y que pretenden ayudarnos a llevar una vida buena.

Marco Aurelio a veces cita a filósofos griegos, pero de manera bastante anecdótica y únicamente cuando estas citas apoyan un *logos*, porque, una vez más, su intención no es producir una obra teórica. Por ejemplo, a veces cita a Sócrates (aunque intensamente «estoicizado») y a otros muy brevemente, como Heráclito, Platón y Epicuro (a propósito del dolor y la necesidad de elegir un guía). Pero, sin lugar a dudas, Epicteto es quien está más presente en las *Meditaciones*, no sólo por el número de citas, sino, sobre todo, porque Marco Aurelio se apoya constantemente en su doctrina, que lo marcó profundamente durante su formación filosófica.

Aunque lo esencial del manuscrito está constituido por máximas afirmativas, en ocasiones se encuentran algunas reflexiones personales que adoptan la forma de interrogaciones del emperador sobre algunos puntos de la doctrina, en especial sobre la física (¿el universo es fruto del azar o de una inteligencia divina?) y sobre la cuestión del más allá (¿qué ocurre con las almas después de la muerte?). Estas escasas preguntas muestran que Marco Aurelio no se encierra en un pensamiento dogmático. Aunque se adhiere a los *dogmata* de la doctrina estoica, continúa interrogándose y no permanece indiferente ante algunos principios de la escuela epicúrea.

El texto a veces deja entrever la sensibilidad de su autor y varios rasgos de su carácter. Este retrato que hace involuntariamente de sí mismo deja traslucir la lucha que libra para superar algunas de sus pasiones, como la tentación de la vanidad: «¡Cuidado! No te conviertas en un césar, no te tiñas siquiera, porque suele ocurrir. Mantente, por tanto, sencillo, bueno, puro, respetable, sin arrogancia, amigo de lo justo, piadoso, benévolo, afable, firme en el

cumplimiento del deber. Lucha por conservarte tal cual la filosofía ha querido hacerte».[11] Evoca bastante a menudo los esfuerzos que tiene que hacer para contener su impaciencia, su cólera o su irritación frente a los defectos de sus semejantes. A veces se acusa de todo tipo de defectos y de persistir «todavía por propia voluntad por debajo de tus posibilidades. ¿Acaso te ves obligado a refunfuñar, a ser mezquino, a adular, a echar las culpas a tu cuerpo, a complacerte, a comportarte atolondradamente, a tener tu alma tan inquieta a causa de tu carencia de aptitudes naturales?».[12] Se percibe también a una persona a veces pesimista o desengañada del ser humano y de su bajeza: «¿Qué es la maldad? Es lo que has visto muchas veces. Y, a propósito de todo lo que acontece, ten presente que eso es lo que has visto muchas veces».[13]

A veces, Marco Aurelio alude a personajes que ha conocido, y en ocasiones es posible relacionar ciertos pensamientos con acontecimientos de su vida. Por ejemplo, cómo no ver una alusión a la traición de Avidio Casio en este pasaje: «Y sobre todo, siempre que censures a alguien como desleal o ingrato, recógete en ti mismo. Porque obviamente tuyo es el fallo si has confiado que tenía tal disposición, que iba a guardarte fidelidad, o si, al otorgarle un favor, no se lo concediste de buena gana, ni de manera que pudiera obtener al punto de tu acción misma todo el fruto. Pues, ¿qué más quieres al beneficiar a un hombre? ¿No te basta con haber obrado conforme a tu naturaleza, sino que buscas una recompensa?».[14] Pero, en el fondo, poco importa a qué acontecimiento alude Marco Aurelio; lo que cuenta para él, y para el lector, es la lección que extrae. Como dice en este caso concreto, de nada sirve quejarse cuando una persona da muestras de ingratitud hacia nosotros, porque sería esperar que nos debiera algo a cambio del servicio que le hemos prestado. La doctrina estoica enseña a hacer el bien por sí

mismo, sin esperar nada a cambio. Este estado de ánimo nos protegerá de cualquier perturbación cuando quizá un día nos traicionen o nos decepcionen aquellos a quienes hemos ayudado. Por lo tanto, aunque necesariamente proceda de la vida de Marco y de sus experiencias, y aunque a veces deje traslucir su carácter o sus emociones, el texto de las *Meditaciones* no es una forma de autobiografía. Si escribe a partir de lo que ha vivido, no es para dar testimonio de ello ni para dejar una huella de memorialista, sino con el único objetivo de comportarse bien en el presente.

El libro no tenía título, y una de las personas que tuvo el manuscrito en sus manos —sin duda, siglos más tarde— añadió, en griego, al principio del texto, la mención: «Del emperador Marco Antonino para sí mismo». Y así fue como quedó el título finalmente, en las primeras ediciones impresas en el Renacimiento: *Pensamientos para mí mismo*, aunque habría sido más adecuado titularlo *Escritos para él mismo*. Ningún historiador antiguo menciona el texto, excepto el filósofo Temistio, que parece haber conocido la obra dos siglos después de la muerte de Marco Aurelio, puesto que habla de las «exhortaciones» (*paraggelmata*) redactadas por el propio emperador. Hay que esperar al siglo x para encontrar una mención explícita de la lectura y la copia del texto de Marco Aurelio. En una carta a Demetrio, escrita alrededor del año 900, el obispo bizantino Aretas habla de un manuscrito en mal estado del emperador, compuesto por doce libros (sin mencionar ningún título), que ha mandado copiar. Cita también varios pasajes del texto en sus obras. En Occidente, hay que esperar al Renacimiento para encontrar algunas citas de las *Meditaciones* en el *De arte cabalistica* de Johannes Reuchlin, publicado en 1517. El libro lo imprime Andreas

Gesner por primera vez en Zúrich en 1559, a partir de un manuscrito hoy desaparecido. Sólo se conserva un manuscrito completo de la obra, guardado en el Vaticano, que data del siglo XVI. Por lo tanto, es un pequeño milagro que el texto de las *Meditaciones* haya llegado hasta nosotros.

Aunque no existe ningún orden lógico ni ningún plan estructurado en el texto de las *Meditaciones*, puesto que Marco Aurelio lo escribió día a día en función de su inspiración, esto no significa que no haya temáticas dominantes. Por otra parte, aparece varias veces en la obra una lista de puntos fundamentales que Marco Aurelio enumera de manera muy sintética y que resumen los temas más recurrentes de las *Meditaciones*, como vemos aquí: «No te aturdas. Muéstrate sencillo. ¿Yerra alguien? Yerra consigo mismo. ¿Te ha acontecido algo? Está bien. Todo lo que te sucede estaba determinado por el conjunto desde el principio y estaba tramado. En suma, breve es la vida. Debemos aprovechar el presente con buen juicio y justicia. Sé sobrio en relajarte».[15] Éstos son, pues, los grandes temas de las *Meditaciones* que quiero exponer en los capítulos siguientes, partiendo de las citas de Marco Aurelio.

El emperador se basa esencialmente en la figura dominante del estoicismo de su tiempo —Epicteto— y, en el primer capítulo de las *Meditaciones*, da las gracias al maestro Rústico por «haber tomado contacto con los *Recuerdos* de Epicteto, de los que me entregó una copia suya».[16] Estos escritos procedían de las notas de Arriano (*Discursos* y *Manual*), que circulaban entonces por Roma en todos los círculos filosóficos, aunque quizá también de otras notas de clase, como las de Rústico, que muy probablemente siguió las enseñanzas de Epicteto en Roma. En cualquier caso, sabemos que

Marco Aurelio disponía de más información sobre la enseñanza de Epicteto que nosotros, puesto que la mitad de las notas de Arriano se perdieron y porque recoge algunos pasajes de la enseñanza del esclavo filósofo que no nos han llegado.

Pierre Hadot ha puesto de relieve los tres temas principales que resumen la enseñanza de Epicteto, retomada por Marco Aurelio: la disciplina de los deseos (*orexeis*), la disciplina del juicio sobre las representaciones (*phantasiai*) y la disciplina de los impulsos hacia la acción (*hormai*). Epicteto enumera estas tres operaciones del alma —que se trata de disciplinar— en las primeras líneas de su *Manual*: «Algunas cosas se encuentran bajo nuestro control y otras no. Bajo nuestro control están nuestras opiniones, aspiraciones (*hormé*), deseos y lo que nos repugna». Epicteto señala también que lo que depende de nosotros son los actos de nuestra alma que podemos ejercer libremente. Depende de nosotros juzgar bien o mal, actuar bien o mal, desear bien o mal. Por lo tanto, el alma posee un principio rector de la vida, que debe orientarnos y que constituye la verdadera sede de nuestra libertad. Depende de nosotros vivir según ese principio rector para disciplinar las tres principales actividades del alma: el juicio, la acción y el deseo. Marco Aurelio menciona con frecuencia estas tres actividades del alma y las tres disciplinas, bien por separado, bien juntas, como en el pasaje siguiente, donde habla, en este orden, de la disciplina del deseo (querer lo que nos ocurre), de la acción (actuar con justicia) y del juicio (discernimiento de los hechos objetivos): «Constantemente y en todas partes depende de ti complacerte con piedad en la presente conjunción de los acontecimientos, conducirte con justicia respecto a los hombres presentes, aplicar a la representación interior que tienes en este momento las reglas de discernimiento a fin de que nada que no sea objetivo se filtre en ti».[17] O bien de manera más sintética: «Porque

todo juicio, instinto, deseo y aversión está dentro, y nada se remonta hasta aquí».[18]

Ahora bien, estas tres disciplinas, que proceden de las tres actividades del alma, corresponden también a las tres partes de la filosofía estoica que ya hemos citado —la física, la lógica y la ética— y constituyen su puesta en práctica. Por ejemplo, la disciplina del deseo es la puesta en práctica de la física: querer sólo lo que la naturaleza quiere, puesto que todo el universo es racional, determinado y bueno. La disciplina del juicio es la puesta en práctica de la lógica: distinguir la realidad objetiva de nuestras opiniones y representaciones subjetivas, que suelen ser erróneas. La disciplina de la acción, por último, es la ética hecha acto: privilegiar las acciones útiles a los demás y a la justicia, puesto que la humanidad es una comunidad de seres racionales unidos entre sí.

En esta segunda parte, te invito a hacer un recorrido filosófico apasionante basado en la lectura de las *Meditaciones*: ¿qué significa vivir como filósofo para Marco Aurelio? ¿Cómo disciplinar la acción, el deseo y el juicio? ¿Cuáles son los principios doctrinales (*dogmata*) en los que se basa el emperador filósofo? Aparte de un viaje por las orillas teóricas del estoicismo, la lectura de las *Meditaciones* ofrece también ejercicios prácticos, experiencias de pensamiento para ayudar a mantenerse recto. Por último, estas *Meditaciones* están marcadas por las cuestiones esenciales que nos planteamos todos: Dios y la muerte, pero también la posibilidad de la felicidad y la alegría.

11

Vivir en filosofía

Derecho o enderezado.[1]

MARCO AURELIO

Al final del capítulo II de las *Meditaciones*, Marco Aurelio hace una descripción sin concesiones de la existencia humana: «El tiempo de la vida humana, un punto; su sustancia, fluyente; su sensación, turbia; la composición del conjunto del cuerpo, fácilmente corruptible; su alma, una peonza; su fortuna, algo difícil de conjeturar; su fama, indescifrable. En pocas palabras: todo lo que pertenece al cuerpo, un río; sueño y vapor, lo que es propio del alma; la vida, guerra y estancia en tierra extraña; la fama póstuma, olvido». Después se pregunta: «¿Qué, pues, puede darnos compañía?». Y responde de inmediato: «Única y exclusivamente la filosofía».[2]

Para dar sentido y consistencia a la vida, se trata, pues, de llevar una existencia filosófica. Ahora bien, vivir con filosofía no consiste en conocer ni transmitir una enseñanza teórica, sino en vivir conforme a la Razón universal. Es dominar el discurso interior, es decir, representarse las cosas de manera justa; es aceptar lo que llega y que no depende de nosotros; es actuar con justicia y benevolencia; es esperar la muerte con el alma serena. Por lo tanto, es vivir según los preceptos fundamentales de la doctrina estoica, empezando por

las tres disciplinas del deseo, el juicio y la acción, de las que acabamos de hablar y que trataremos ampliamente más adelante.

Igual que es posible distinguir teóricamente las diferentes actividades del alma y las partes de la filosofía a las que hacen referencia, es imposible separarlas cuando se pretende, como Marco Aurelio, llevar una existencia filosófica. Cuando está en armonía con el *logos* universal, la parte espiritual del alma humana —el *logos* individual— percibe las cosas de manera justa, actúa de manera justa y sólo desea lo que quiere el Alma del Mundo. En el fondo, se trata de sintonizar con el mundo, con la naturaleza universal, para sintonizar también con uno mismo y con los demás, lo que Marco resume en esta fórmula con tintes líricos: «Armoniza conmigo todo lo que para ti es armonioso, ¡oh mundo! Ningún tiempo oportuno para ti es prematuro ni tardío para mí. Es fruto para mí todo lo que producen tus estaciones, oh naturaleza. De ti procede todo, en ti reside todo, todo vuelve a ti».[3] Debido a que se considera parte del Todo cósmico, el filósofo ama y no desea nada que no sea su destino; debido a que descubre su libertad interior y ejerce un discernimiento frente a las representaciones, adquiere la serenidad, y debido a que descubre su semejanza divina con los demás seres humanos, aprende a actuar de manera justa.

La filosofía es, pues, para Marco Aurelio —y siguiendo a Epicteto —, una vocación, un arte de vivir, una búsqueda de la coherencia entre nuestros pensamientos, nuestras palabras y nuestras acciones. Sólo el sabio es capaz de alcanzar esa coherencia, de armonizar perfectamente su razón con la Razón universal. Ahora bien —y Marco Aurelio lo señala constantemente enumerando sus imperfecciones—, la sabiduría es un ideal inaccesible. Sin embargo, es el ideal hacia el que tiende, hacia el que orienta sus pensamientos y sus deseos, con el modelo de la única personalidad

sabia que ha conocido: su padre adoptivo, Antonino. Un pasaje de las *Meditaciones* resume bien esta búsqueda profunda de la sabiduría que lo anima como hombre y como emperador: «Mantente, por tanto, sencillo, bueno, puro, respetable, sin arrogancia, amigo de lo justo, piadoso, benévolo, afable, firme en el cumplimiento del deber. Lucha por conservarte tal cual la filosofía ha querido hacerte. Respeta a los dioses, ayuda a salvar a los hombres. Breve es la vida. El único fruto de la vida terrena es una piadosa disposición y actos útiles a la comunidad. En todo, procede como discípulo de Antonino; su constancia en obrar conforme a la razón, su ecuanimidad en todo, la serenidad de su rostro, la ausencia en él de vanagloria, su afán en lo referente a la comprensión de las cosas».[4] Más allá del estoicismo, esta búsqueda de sabiduría lo vincula con Sócrates, tal como nos lo presenta Platón, para quien sólo los dioses son sabios, mientras que todos los hombres que creen serlo no lo son. Sócrates, puesto que sabe que no es sabio, está en una situación intermedia entre los dioses y los humanos. Es la definición misma del filósofo: aquel que sabe que no es sabio, pero que ama la sabiduría y aspira a convertirse en sabio.

El ideal estoico del sabio se inscribe en esta visión platónica, pero la precisa: es sabio quien se asemeja a los dioses porque quiere lo que quieren los dioses; es decir, porque ama su destino, porque dice sí a la vida, porque discierne lo verdadero de lo falso, porque armoniza su razón con la Razón universal. Es lo que persigue Marco Aurelio desde su conversión filosófica, cuando era un joven adulto. Es el motor de toda su existencia, aunque sabe a ciencia cierta que este ideal, sin duda, será para él, como para la mayoría de los seres humanos, inalcanzable. ¡No importa, es lo propio de los ideales! Hay que trabajar sin descanso, levantarse en caso de caída y tener en cuenta los fracasos para progresar. Lo que importa no es tanto el

resultado o la eficacia como la preocupación por hacerlo bien, la pureza de la intención moral, el deseo de mejorar. Por eso, Marco Aurelio escribe al principio del capítulo VIII: «Por el contrario, has dejado en claro para otras muchas personas, e incluso para ti mismo, que estás alejado de la filosofía. Estás, pues, confundido, de manera que ya no te va a resultar fácil conseguir la reputación de filósofo. A ello se oponen incluso los presupuestos de tu vida. Si en efecto has visto de verdad dónde radica el fondo de la cuestión, olvídate de la impresión que causarás. Y sea suficiente para ti vivir el resto de tu vida, dure lo que dure, como tu naturaleza quiere».[5]

Ya hemos hablado del hecho de que el ejercicio de la filosofía y la escritura de los *logoi* permitían a Marco Aurelio intentar «mantenerse recto», es decir, llevar una existencia conforme a la razón y desempeñar bien, en este mundo, el papel que el destino le ha asignado (el de emperador, en este caso). Una expresión surge varias veces de su pluma: «Derecho o enderezado».[6] Podemos comprenderla al menos de dos maneras. Por un lado, indica que quiere gobernarse a sí mismo, sin depender de la mirada, las críticas o el apoyo de los demás. Por eso, después de haber enumerado todo lo que conviene hacer para actuar bien como hombre, como ciudadano romano y como emperador, concluye: «Habite en ti la serenidad, la ausencia de necesidad de ayuda externa y de la tranquilidad que procuran otros. Conviene, por consiguiente, mantenerse recto, no enderezado».[7] Esta idea se encuentra en numerosas escuelas de sabiduría de la Antigüedad, en especial en la doctrina estoica: se trata de la *autarkeia*, la autonomía, la capacidad de un individuo para satisfacer sus propias necesidades sin recurrir a ayuda exterior. Ser suficientemente recto interiormente como para

llevar una vida buena y feliz sin necesidad de ser enderezado por los demás, pero también lo bastante fuerte y resiliente para afrontar los retos de la vida sin el apoyo de otros. Sin embargo, Marco tiene la precaución de precisar varias veces que, si hay un ámbito en el que nunca debe rechazarse la ayuda de otros, es cuando se trata de mejorar nuestra manera de pensar o de actuar: «Si alguien puede refutarme y probar de modo concluyente que pienso o actúo incorrectamente, de buen grado cambiaré de proceder. Pues persigo la verdad, que no dañó nunca a nadie».[8] O también: «Ten presente que cambiar de criterio y obedecer a quien te corrige es igualmente acción libre».[9]

Podemos también comprender esta expresión —«mantenerse recto, no enderezado»— de otra manera. Según la doctrina estoica, cuando nuestra razón no está en armonía con la Razón universal, cuando nuestras acciones no son justas —es decir, cuando no somos rectos—, el destino se encarga de enderezarnos. En otras palabras, la vida nos aportará lecciones, dificultades, pruebas que tendrán como objetivo ayudarnos a comprender que nuestra actitud no es justa y nos permitirán corregirnos. Aunque no lo expresa explícitamente en las *Meditaciones*, es muy probable que Marco Aurelio tuviera también esta interpretación en mente. Sin duda está convencido, como todos los romanos de su tiempo, de que los fracasos militares, las catástrofes naturales o las enfermedades pueden comprenderse como amonestaciones divinas: cuando actuamos mal, los dioses nos envían pruebas, no para castigarnos, sino para corregirnos. Esta idea es muy similar a la del *karma* en la India: existe una ley de causalidad universal, una especie de justicia inmanente, que hace que todo acto produzca un efecto y que nuestras acciones negativas generen, en esta vida o en otra, obstáculos o sufrimientos destinados a corregirnos, hacernos crecer

en conciencia, para que podamos cambiar nuestro comportamiento y evolucionar espiritualmente. Cuando nos enfrentamos a acontecimientos exteriores que nos contrarían, Marco Aurelio recomienda actuar con introspección para conectarse con la Razón universal: «Siempre que te veas obligado por las circunstancias como a sentirte confuso, retorna a ti mismo rápidamente y no te desvíes fuera de tu ritmo más de lo necesario. Pues serás bastante más dueño de la armonía gracias a tu continuo retornar a la misma».[10] Por lo tanto, vivir con filosofía es también aceptar los contratiempos del destino como oportunidades para crecer, como ocasiones de entrar en uno mismo y encontrar la conexión justa con la naturaleza... Pero es mejor, evidentemente, evitarlos en la medida de lo posible, armonizando con la Razón universal y actuando de manera justa: es mejor «mantenerse recto» que «enderezado».

Vivir con filosofía es también, como señalan todas las escuelas de sabiduría de la Antigüedad, desarrollar las virtudes. La palabra griega *areté* significa 'excelencia', 'nobleza de alma'. En su *Ética nicomáquea*, Aristóteles recuerda que una virtud es el «justo medio» entre dos extremos, que son vicios. El valor, por ejemplo, es el justo medio entre la temeridad y la cobardía; la templanza, entre el desenfreno y la ascesis. Existen virtudes morales, como la justicia, la templanza o el valor, y virtudes intelectuales, como la prudencia o el discernimiento. La educación pretende cultivar virtudes que, según los antiguos, son necesarias tanto para la felicidad individual como para el equilibrio de las sociedades. En sus *Meditaciones*, Marco Aurelio habla constantemente sobre la necesidad de mantenerse en la virtud para combatir el vicio. Volveré, en el capítulo dedicado a la disciplina de la acción, sobre lo que considera como la principal

virtud, la justicia, y sobre otras, como la clemencia o la benevolencia, que se le asocian y regulan nuestras relaciones sociales.

Pero Marco también hace referencia a otras muchas virtudes que pretenden corregir algunos de sus defectos. Cita a menudo la humildad, antídoto de su orgullo, pues podemos imaginar hasta qué punto era halagado sin descanso por la corte y por su posición de emperador, al que se rinde culto. Por ejemplo, escribe: «Sencilla y respetable es la misión de la filosofía. No me induzcas a la vanidad».[11] O, en otra parte, esta sentencia contundente y profunda: «Recibir sin orgullo, desprenderse sin apego».[12] La cólera no parece ser una pasión ajena a Marco, ya que varios pasajes aluden a la necesidad de aprender a dominar esta emoción. En la sociedad patriarcal romana, la cólera podía percibirse como una expresión de fuerza viril; pero Marco señala, como buen estoico, que la verdadera fuerza consiste más bien en no enfurecerse y en mostrar serenidad: «Recuerda en los momentos de cólera que no es viril irritarse, pero sí lo es la apacibilidad y la serenidad que, al mismo tiempo que es más propia del hombre, es también más viril; y participa éste de vigor, nervios y valentía, no el que se indigna y está descontento».[13]

En varios pasajes, Marco asocia tres nociones: la verdad, la justicia y la templanza. Para él, corresponden a las tres virtudes que es necesario adquirir y cultivar para llevar a buen término las tres disciplinas del juicio, la acción y el deseo. La verdad permite rectificar el juicio; la justicia, corregir la acción; y la templanza, moderar el deseo. A veces manifiesta su inquietud por no poder mantener estas cualidades hasta su última hora, mantenerse recto hasta su último aliento; de ahí su vigilancia constante para llevar una vida filosófica. Por ejemplo, escribe: «La luz de una lámpara, hasta

extinguirse, brilla y no pierde su fulgor. ¿Se extinguirán con anterioridad la verdad que en ti reside, la justicia y la prudencia?».[14]

Pierre Vesperini señala un aspecto interesante del pensamiento de Marco Aurelio: en él, como en muchos antiguos, la ética es también una estética: «La rectitud que se manifiesta por actos se ve. Ofrece un "espectáculo". Este espectáculo es un espectáculo de belleza: ser recto es ser bello como la esmeralda, la púrpura, una lira, una espada, una flor, es vivir la vida más bella, es distinguirse de los demás, resplandecer en medio de ellos».[15] Varios pasajes de las *Meditaciones* confirman esta aserción: «Haz resplandecer en ti la sencillez, el pudor»;[16] «Dígase o hágase lo que se quiera, mi deber es ser bueno. Como si el oro, la esmeralda o la púrpura dijeran siempre eso: "Hágase o dígase lo que se quiera, mi deber es ser esmeralda y conservar mi propio color"».[17] O también: «Vivir de la manera más hermosa».[18] Marco insiste en que lo que uno es en el interior debe reflejarse en el exterior; lo que se piensa debe poder leerse en el rostro. Disimular sentimientos y pensamientos es, evidentemente, un error, pero reivindicar de forma ostentosa y exagerada algo que debería percibirse por sí mismo es igual de criticable. ¿Quién no ha sonreído al oír a un político empezar todas sus frases con un solemne «os lo digo con toda sinceridad» o «con toda franqueza»? Es lo que expresa Marco Aurelio en este pasaje impactante: «¡Cuán grosero y falso es el que dice: "He preferido comportarme honradamente contigo"! ¿Qué haces, hombre? No debe decirse de antemano eso. Ya se pondrá en evidencia. En tu rostro debe quedar grabado. Al punto tu voz emite tal sonido, al instante se refleja en tus ojos, al igual que en la mirada de sus

amantes de inmediato todo lo descubre el enamorado. En suma, así debe ser el hombre sencillo y bueno; como el hombre que huele a macho cabrío, a fin de que el que lo encuentra, a la vez que se acerca, lo perciba, tanto si quiere como si no quiere [...]. El hombre bueno, sencillo y benévolo tiene estas cualidades en los ojos».[19]

En definitiva, Marco Aurelio recomienda apropiarse de la famosa fórmula del filósofo Tauro, retomada por Nietzsche: «Hay que magnificar la propia vida, hacer de la vida una obra de arte».[20] En el fondo, está convencido —y no se equivoca— de que, si es recordado, no será tanto como emperador que defendió el Imperio, sino como filósofo que llevó una vida buena. El conocimiento y el resplandor de una vida virtuosa, conforme a la razón, son más bellos y loables que todas las conquistas militares o los honores de la ciudad.

12

Ama tu destino

> Amar únicamente lo que te acontece y lo que es tramado por el destino. Pues ¿qué se adapta mejor a ti?[1]
>
> MARCO AURELIO

Con los tres capítulos siguientes, entramos en el núcleo de la doctrina estoica y del pensamiento de Marco Aurelio, que son, como hemos dicho, ternarios. A las tres partes de la filosofía (física, lógica y ética) corresponden las tres actividades del alma (deseo, juicio y acción) y las disciplinas que las acompañan. Empecemos aquí por la cuestión del deseo, que se basa en la física.

Para comprender bien la física estoica, resulta esclarecedor compararla con la de la escuela epicúrea, que constituye su antítesis total. Epicuro basa su física en el atomismo de Demócrito: todo el universo, todos los cuerpos, están constituidos por átomos unidos por azar. No existe ningún sentido cósmico ni ninguna Razón divina en el origen de la creación o de la unión de esos átomos. La naturaleza no está ordenada por una inteligencia superior: es fruto de una combinación aleatoria de partículas elementales que son eternas. Existe un vacío entre los átomos, y esta discontinuidad del mundo atomístico implica una materia anárquica en la que la organización emerge por azar del caos. Los dioses quizá existen, pero no intervienen en el mundo natural ni en el humano, y no sirve

de nada rezarles ni temerles. El destino individual tampoco existe: nada ha sido fijado de antemano para los individuos por una Razón universal.

Los fundadores de la escuela estoica proponen una visión radicalmente diferente: observando la armonía del cosmos y las múltiples correspondencias en la naturaleza, sostienen que el universo es un gran ser vivo en el que todo está relacionado con todo. Es lo que Marco Aurelio expresa en numerosos *logoi*: «Concibe sin cesar el mundo como un ser viviente único, que contiene una sola sustancia y un alma única, y cómo todo se refiere a una sola facultad de sentir, la suya, y cómo todo lo hace con un solo impulso, y cómo todo es responsable solidariamente de todo lo que acontece, y cuál es la trama y contextura».[2] Los estoicos plantean, pues, la existencia de un Dios inmanente y omnipresente, una Razón universal radicalmente buena (el *Logos*), que ha ordenado el cosmos, ha establecido las leyes de la naturaleza, ha tejido la trama del destino de todos los seres vivos y vela por ellos: la providencia.

Esta concepción de lo divino se parece en muchos sentidos a la visión monoteísta bíblica (y coránica) que evoca la existencia de un Dios único y bueno que organiza el cosmos y vela con su providencia por el destino de los seres humanos. Sin embargo, existen también diferencias profundas entre ambas concepciones. Para empezar, el Dios de la Biblia y del Corán se revela a los seres humanos por medio de los profetas y de los fieles que creen en él, a través de sus enviados (Moisés, Jesús, Mahoma), mediante un acto de fe. No ocurre así con los estoicos: el *Logos* divino se descubre por la razón. Observando el orden, la belleza y la armonía del mundo, los pensadores estoicos dedujeron que debía de existir necesariamente una inteligencia superior, una Razón universal origen de ese orden y esa armonía. Es el mismo tipo de razonamiento en el que se basará

el deísmo de la Ilustración: «El universo me desconcierta y no puedo concebir este reloj sin que exista un relojero», escribirá Voltaire, en la misma línea que los estoicos. Zenón, Cleantes, Epicteto o Marco Aurelio no «creen» en Dios: afirman y deducen su existencia a partir de la observación de la naturaleza. Lo mismo ocurre con la bondad y la providencia divinas: las deducen de la armonía y la belleza del mundo, pero también de la forma en que la vida nos corrige para nuestro bien, para hacernos crecer y mejorar, pero también, a veces, vela por nosotros y nos aporta las respuestas adecuadas, las soluciones o las ayudas que necesitamos en el momento oportuno. Otra diferencia notable: frente a la visión bíblica, los estoicos no creen que la materia se creara *ex nihilo*; la materia ya existía, pero de manera informe. La función de su «Dios» es organizar y mantener la unidad del cosmos: la acción divina pone orden en el caos original. Por otra parte, a diferencia del Dios de la Biblia y del Corán, que es un ser que trasciende al mundo y lo precede, el «Dios» de los estoicos es, ante todo, inmanente, interior al mundo. Por lo tanto, se puede decir que la doctrina estoica es de esencia monista, al igual que el pensamiento hindú: enseña la unidad fundamental de todo lo que existe: Dios, el cosmos, la mente y la materia. Como dice Marco Aurelio: «Medita con frecuencia en la trabazón de todas las cosas existentes en el mundo y en su mutua relación. Pues, en cierto modo, todas las cosas se entrelazan unas con las otras y todas, en este sentido, son amigas entre sí; pues una está a continuación de la otra a causa del movimiento ordenado, del hálito común y de la unidad de la sustancia».[3] Es lo que Marco Aurelio entiende por «aliento» (*pneuma*), es decir, el agente ordenador presente en todas partes, el principio vital que transmite y mantiene la vida y la armonía entre las partes y el todo. Así pues, el mundo está atravesado de un extremo a otro por el *pneuma*

divino, que asegura la cohesión y la belleza del universo. Como todos los pensadores griegos, los estoicos están convencidos de que, entre los seres vivos, sólo los humanos poseen un alma racional (destello del *Logos* divino) que les permite conectarse con la Razón universal, a la que pueden rezar o venerar en forma de un Dios único o de sus diferentes rostros, a través de los dioses heredados de la mitología (volveré en otro capítulo sobre esta concepción religiosa compleja). Esta razón común, que une a los humanos entre sí, exige el respeto y la ayuda mutua, y hace de todos ciudadanos de una misma ciudad: «Pues, dado que la naturaleza del conjunto universal —escribe Marco Aurelio—, ha constituido los seres racionales para ayudarse los unos a los otros, de suerte que se favoreciesen unos a los otros, según su mérito, sin que en ningún caso se perjudicasen, el que transgrede esta voluntad comete, evidentemente, una impiedad contra la más excelsa de las divinidades».[4]

En el seno de esta inmensa danza cósmica, en la que todo está unido por hilos invisibles, cada ser humano recibe de la Razón universal un destino: nacerá en una época, un lugar, una familia, con un cuerpo, unas cualidades y unas fragilidades. Deberá superar ciertas pruebas, recibirá apoyos, tendrá este o aquel encuentro, y ningún acontecimiento exterior sucederá por azar. Como escribe Marco Aurelio: «Cualquier cosa que te acontezca, desde la eternidad estaba preestablecida para ti, y la concatenación de causas ha entrelazado desde siempre tu subsistencia con este acontecimiento».[5] Esta concepción finalista y determinista del mundo estipula que participamos todos en una especie de danza o de obra de teatro cósmica en la que cada cual tiene un papel que

interpretar. Mediante hilos invisibles, nuestro destino está unido al de todos los demás. Poco importa que el destino nos haya hecho nacer ricos o pobres, criados o emperadores: lo que cuenta es desempeñar bien nuestro papel, poner de acuerdo nuestra razón con la Razón universal, comportarnos con respeto hacia los demás seres vivos y actuar según la justicia para respetar la armonía del Todo.

El destino de Marco Aurelio era convertirse en emperador, y aceptó ese papel no sin resistencia, pero intentó ser un buen emperador. Así pues, no tenemos ningún control sobre los acontecimientos exteriores (lo que Marco Aurelio llama «un accidente»); sin embargo, cuando se produce un acontecimiento, depende de nosotros que nos contraríe o no: «Acontezca exteriormente lo que se quiera a los que están expuestos a ser afectados por este accidente. Pues aquéllos, si quieren, se quejarán de sus sufrimientos; pero yo, en tanto no imagine que lo acontecido es un mal, todavía no he sufrido daño alguno. Y de mí depende no imaginarlo».[6] En otras palabras, mi sensibilidad, mis emociones y mi ego pueden reaccionar mal ante un acontecimiento que perciben como desagradable o doloroso, pero, gracias a mi *logos* (mi alma racional y divina), puedo decidir que no me afecte. Puedo, como dice la expresión popular, «poner al mal tiempo buena cara». Pero no se trata sólo de soportar o de sufrir mi destino intentando poner buena cara para sufrir menos, sino de amarlo; es decir, de considerar que lo que puede parecer un mal, el destino lo quiere para mi bien. Todo lo que sucede ocurre para hacerme crecer en conciencia, reorientarme, mejorarme, fortalecerme, y Marco está convencido de que: «A nadie sucede nada que no pueda por su naturaleza soportar».[7] Como dice también Nietzsche, en la misma línea del estoicismo, «lo que no me mata me hace más fuerte». Marco Aurelio vuelve, pues, sin cesar, a esta distinción fundamental planteada por

Epicteto: la que existe entre lo que depende de mí y lo que no depende de mí, porque sólo ahí entra en juego la libertad humana. Nuestra auténtica libertad consiste en aceptar o rechazar lo que ocurre necesariamente, en desempeñar bien o mal nuestro papel, en ser felices o desgraciados, sean cuales sean los acontecimientos exteriores que no podemos cambiar y que no dependen de nosotros. La libertad se expresa únicamente en lo que depende de nosotros: la calidad de nuestro juicio, la gestión de nuestros deseos, la pureza de nuestra intención moral.

Lo esencial de la ética estoica consiste, pues, en mantenerse sereno frente a los acontecimientos exteriores que no dependen de nosotros y en reaccionar bien, como Marco Aurelio resume en esta fórmula lapidaria: «Imperturbabilidad con respecto a lo que acontece como resultado de una causa exterior y justicia en las cosas que se producen por una causa que de ti proviene».[8] O también: «¿Te ha acontecido algo? Está bien. Todo lo que te sucede estaba determinado por el conjunto desde el principio y estaba tramado. En suma, breve es la vida. Debemos aprovechar el presente con buen juicio y justicia».[9]

Consciente de que, a veces, es muy difícil mantenerse impasible frente a los acontecimientos exteriores, Marco Aurelio se da unos consejos a sí mismo. Por ejemplo, se exhorta, ante una situación dolorosa, a ampliar su mirada, a considerar el conjunto de las causas y los fenómenos, a recordarse sin cesar que todo está relacionado y que una existencia individual está necesariamente formada por cosas agradables y acontecimientos dolorosos, que a su vez se inscriben en un plan más amplio, bueno para el conjunto de la naturaleza. Por lo tanto, hay que estar siempre dispuestos a

acogerlo todo, a aceptar todo lo que la vida nos puede aportar, que juzgamos demasiado deprisa y superficialmente como positivo o negativo. Por ejemplo, escribe: «Es preciso que el ojo sano vea todo lo visible y no diga: "Quiero que eso sea verde", porque esto es propio de un hombre aquejado de oftalmía. Y el oído y el olfato sanos deben estar dispuestos a percibir todo sonido y todo olor. Y el estómago sano debe comportarse igual respecto a todos los alimentos, como la muela con respecto a todas las cosas que le han sido dispuestas para moler. Por consiguiente, también la inteligencia sana debe estar dispuesta a afrontar todo lo que le sobrevenga. Y la que dice: "Sálvense mis hijos" y "alaben todos lo que haga" es un ojo que busca lo verde, o dientes que reclaman lo tierno».[10] Al constatar que ante las dificultades y las pruebas no dejamos de quejarnos y de atribuir la responsabilidad a los demás, a Dios o a la mala suerte, se pone en guardia contra estas tentaciones recordándose lo esencial de la doctrina estoica: «Pero en el caso de que juzguemos bueno y malo únicamente lo que depende de nosotros, ningún motivo nos queda para inculpar a los dioses ni para mantener una actitud hostil frente a los hombres».[11]

«Acontece lo necesario y lo conveniente para el conjunto del universo, del que formas parte»,[12] no deja de repetir Marco Aurelio. Dado que cada uno de nosotros forma parte del Todo y que nuestro *logos* personal es una parcela del *Logos* divino, conviene ampliar la mirada y no considerar nuestra vida ni lo que nos ocurre como algo separado de la trama global de todos los destinos: «Ocasione en ti impresión semejante el cumplimiento y consumación de lo que decide la naturaleza común, como si se tratara de tu propia salud. Y del mismo modo abraza también todo lo que acontece, aunque te

parezca duro, porque conduce a aquel objetivo, a la salud del mundo».[13] Por lo tanto, tenemos que aprender a ajustar nuestro deseo al deseo divino, puesto que lo que desea la Razón universal es lo mejor para nosotros y para la totalidad de la naturaleza. Epicteto afirma en sus *Disertaciones*: «En pocas palabras, no quieras nada más que lo que la divinidad quiere».[14]

Esta disciplina del deseo es, pues, la que propone Marco Aurelio, siguiendo a Epicteto, para encontrar la serenidad y sintonizar con el mundo: desear sólo lo que quiere la Razón universal para el bien universal. Dicho de otra manera, desear y amar lo que nos ocurre y que no depende de nosotros, aunque pueda herir nuestra sensibilidad, ser doloroso, contrariarnos, ir contra nuestras aspiraciones y nuestros proyectos, en suma, parecernos un mal. Se trata, por tanto, de que cada ser humano diga «sí a la vida», a toda la vida, acepte y ame su destino: *amor fati*, según la bella expresión de Nietzsche. Aunque Nietzsche no acepta la visión del universo perfectamente ordenado de los estoicos, predica la misma disciplina del deseo y expresa bien su ética en esta cita famosa: «Mi fórmula para expresar la grandeza en el hombre es *amor fati:* el no-querer que nada sea distinto ni en el pasado ni en el futuro ni por toda la eternidad. No sólo soportar lo necesario, y aún menos disimularlo —todo idealismo es mendacidad frente a lo necesario—, sino amarlo».[15] Marco Aurelio dice exactamente lo mismo y lo expresa de diversas maneras: «Amar únicamente lo que te acontece y lo que es tramado por el destino. Pues ¿qué se adapta mejor a ti?».[16] O bien, de manera más irónica: «Todo lo que acontece es tan habitual y bien conocido como la rosa en primavera y los frutos en verano; algo parecido ocurre con la enfermedad, la muerte, la difamación, la conspiración y todo cuanto alegra o aflige a los necios

[...]. Cuán ridículo y extraño es el hombre que se admira de cualquier cosa que acontece en la vida».[17]

Como he explicado en un ensayo filosófico anterior sobre el deseo,[18] si se sigue hasta el final la lógica estoica, la disciplina del deseo conduce, de hecho, a una supresión del deseo como apetito, como pasión, como pulsión, como falta y como apego, para convertirlo en deseo razonado (*boulesis*), es decir, en voluntad. La sabiduría de Marco Aurelio aspira, pues, a la *apatheia*, la ausencia de deseo, condición necesaria para alcanzar la *ataraxia*, la ausencia de inquietudes. Pero esta supresión del deseo sólo es posible mediante su conversión en voluntad: elijo libremente querer (y, por lo tanto, desear de manera racional) lo que quiere la Razón universal. Este paso del deseo a la voluntad es el fruto de una conversión filosófica, de una actitud profundamente racional que, sin embargo, sólo es posible si también tengo un afecto positivo que me ayuda a operar esta conversión: el amor. Como explicará mucho más tarde Spinoza, el ser humano se mueve esencialmente por sus afectos y sólo puede abandonar un afecto negativo que le causa daño si le opone un afecto positivo más potente. Ahora bien, lo que da a Marco Aurelio la fuerza para transformar sus deseos y sus pulsiones en deseos razonados y, por lo tanto, para amar su destino y decir «sí a la vida» es claramente un impulso afectivo profundo: el amor por la Razón universal, sea cual sea el nombre que se le dé —Dios, la naturaleza, el mundo—. Por eso escribe, en un impulso que parece surgir tanto del corazón como de la razón: «Armoniza conmigo todo lo que para ti es armonioso, ¡oh mundo! Ningún tiempo oportuno para ti es prematuro ni tardío para mí. Es fruto para mí todo lo que producen tus estaciones, oh naturaleza. De ti procede todo, en ti reside todo, todo vuelve a ti».[19]

Como Marco está convencido de la bondad ontológica de lo divino y de que todo lo que procede de ello es bueno, puede amar el hecho mismo de desear todo lo que Dios, o los dioses, desean y, por lo tanto, amar su destino: «¿Y por qué razón iban a desear hacerme daño? ¿Cuál sería su ganancia o la de la comunidad, que es su máxima preocupación? Y si no deliberaron en particular sobre mí, sí al menos lo hicieron profundamente sobre el bien común, y dado que estas cosas me acontecen por consecuencia con éste, debo abrazarlas y amarlas».[20]

Al principio de este capítulo hemos establecido una comparación entre la física atomista de los epicúreos y la finalista de los estoicos. Como hemos visto, Marco Aurelio acepta por completo la visión estoica, en la que basa su disciplina del deseo. Eso no le impide, a veces, cuestionar la plausibilidad de la teoría atomista, que aboga por el azar, y preguntarse por sus consecuencias prácticas. Ahora bien, constata que los epicúreos afirman también la necesidad de vivir según la razón y dominar nuestros deseos: hay que pensar bien y actuar bien para ser feliz y útil a la ciudad. En ambos casos, se trata de mantenerse sereno controlando la vida con la razón: «Y, en suma, si hay Dios, todo va bien; si todo discurre por azar, no te dejes llevar también tú al azar [...], confórmate, porque en medio de un oleaje de tal índole dispones en tu interior de una inteligencia guía».[21] En otras palabras, si bien la física estoica funda una ética racional de vida, lo que la hace muy sólida, otras corrientes filosóficas que, sin embargo, tienen otra visión del mundo, también pueden transmitir esta ética, puesto que todos los seres humanos poseen el mismo *logos,* que los incita a actuar según el bien. Éste será, siglos más tarde, el postulado fundamental en el que se basará

Kant para fundar su moral cuando formule sus dos imperativos categóricos: «Obra según una máxima que pueda valer a la vez como ley universal» y «Obra según una máxima de fines tales que proponérselos pueda ser para cada uno una ley universal».[22] ¡Por supuesto, Kant leyó a Marco Aurelio!

13

La ciudadela interior

> Hoy eché fuera de mí todo engorro, porque éste no estaba fuera de mí, sino dentro, en mis opiniones.[1]
>
> MARCO AURELIO

Los estoicos distinguen el cuerpo, el alma y, en el centro del alma, su principio rector —*hegemonikón*—, el *logos* individual, que tiene tres actividades fundamentales: el juicio, el deseo y el impulso hacia la acción. Ya hemos hablado de la disciplina del deseo. La segunda disciplina de la ética estoica se centra en la rectitud del juicio. Se basa en la segunda parte de la filosofía estoica: la lógica, la comprensión de los mecanismos internos del conocimiento. Está estrechamente unida a la disciplina del deseo porque permite al ser humano amar su destino, ya que consigue operar la necesaria distinción entre la realidad y la opinión, o la representación, que tiene de ella.

Ya hemos citado esta afirmación clave de Epicteto: «Contarán para los hombres no las cosas que ocurren, sino las opiniones que de ellas tienen». Nuestros juicios —«esto está bien, mal, es agradable, insoportable», etc.— se forman a partir de imágenes, de representaciones (*phantasia*), procedentes a su vez de nuestras sensaciones corporales. Lo que nos altera no son las cosas en sí, sino los juicios, las opiniones que nos formamos sobre ellas a partir

de esas representaciones. Estos juicios y estas opiniones pueden ser adecuados, cuando consideran objetivamente la realidad, o inadecuados, cuando añaden a la realidad una opinión subjetiva procedente de nuestro discurso interior, que suele reducirse a «es bueno para mí» o, al contrario, «es malo para mí». Ahora bien, para los estoicos, el bien y el mal sólo existen en la intención moral: sólo hay felicidad en el bien moral (la virtud, la acción justa) y sólo hay desdicha en la mala moral (el vicio, la falta). Como escribe Marco Aurelio: «No radica el mal y el bien en el sufrimiento, sino en la actividad del ser racional y social, como tampoco su excelencia y su defecto están en el sufrimiento, sino en la acción [...]. A la piedra arrojada hacia lo alto, ni la perjudica el descenso ni tampoco el ascenso».[2]

Todos los acontecimientos exteriores y todos los actos de nuestra vida cotidiana que no dependen de la intención moral son «indiferentes»: no son ni buenos ni malos, y sólo nos afectan porque los consideramos subjetivamente como buenos o malos. Es cierto que ya he aludido al hecho de que Zenón distinguía entre los indiferentes «preferibles» (la salud, la belleza, el talento, la riqueza, etc.) y los demás (la enfermedad, la fealdad, la pobreza, etc.), pero, en el fondo, son «indiferentes» porque no tienen incidencia en nuestra vida moral: se puede ser guapo y un canalla o, al contrario, feo y sabio (como Sócrates).

Por lo tanto, se trata de disciplinar el juicio para tener una comprensión adecuada de las cosas y adherirse a ellas libremente: lo que los estoicos llaman el asentimiento (*sunkatathesis*). La disciplina del juicio consiste, pues, en criticar cada representación que surge en nosotros para que el juicio o la opinión que nos formamos de ella no se base en impresiones subjetivas, sino en la realidad, que en sí no es ni un bien ni un mal si no está relacionada con una intención

moral: «Vivir de la manera más hermosa. Esa facultad radica en el alma, caso de que sea indiferente a las cosas indiferentes».[3] Podemos dar nuestro asentimiento a una representación adecuada (*phantasia kataléptiké*), que, por otra parte, es la primera representación que surge ante el anuncio de un acontecimiento, antes de que se transforme, por el discurso interior, en un juicio subjetivo inadecuado. Marco Aurelio lo explica muy bien en este *logos*: «No te digas a ti mismo otra cosa que lo que te anuncian las primeras impresiones. Se te ha anunciado que un tal habla mal de ti. Esto se te ha anunciado. Pero no se te ha anunciado que has sufrido daño. Veo que mi hijito está enfermo. Lo veo. Pero que esté en peligro, no lo veo. Así pues, mantente siempre en las primeras impresiones, y nada añadas a tu interior y nada te sucederá».[4] Y Marco insiste también en el hecho de que, a menudo, sufrimos más por nuestras reacciones frente a unos acontecimientos del destino que nos contrarían, y por las emociones que generan, que por estos mismos acontecimientos: «Cuántas mayores dificultades nos procuran los actos de cólera y las aflicciones que dependen de tales gentes que aquellas mismas cosas por las que nos encolerizamos y afligimos».[5]

Lo que repite incansablemente Marco Aurelio en las *Meditaciones* es que la parte rectora de nuestra alma puede dar libremente su asentimiento a uno u otro discurso interior procedente de las representaciones y que esto es inviolable: «Las cosas no alcanzan al alma, sino que se encuentran fuera, desprovistas de temblor, y las turbaciones surgen de la única opinión interior».[6] Así pues, Marco Aurelio identifica la parte rectora del alma con una ciudadela, un lugar protegido al que nada puede alcanzar ni alterar si así lo queremos, porque es la que determina el juicio sobre las cosas: «Ten presente que el guía interior llega a ser inexpugnable, siempre

que, concentrado en sí mismo, se conforme absteniéndose de hacer lo que no quiere, aunque se oponga sin razón. ¿Qué, pues, ocurrirá, cuando reflexiva y atentamente formule algún juicio? Por esta razón, la inteligencia libre de pasiones es una ciudadela. Porque el hombre no dispone de ningún reducto más fortificado en el que pueda refugiarse y ser en adelante imposible de expugnar. En consecuencia, el que no se ha dado cuenta de eso es un ignorante; pero quien se ha dado cuenta y no se refugia en ella es un desdichado».[7] Puesto que considera indiferente todo lo que no concierne a la intención moral, ningún acontecimiento puede afectar al alma racional. En cambio, ésta puede discernir el bien del mal en la acción moral y así orientar bien nuestros actos. Por eso, califica también el principio rector del alma de «dueño interior»: el que elige y determina lo que debemos experimentar frente a los acontecimientos exteriores y cómo reaccionar bien ante los demás y en la ciudad. Por ello, escribe Marco Aurelio: «El dueño interior, cuando está de acuerdo con la naturaleza, adopta, respecto a los acontecimientos, una actitud tal que siempre, y con facilidad, puede adaptarse a las posibilidades que se le dan. No tiene predilección por ninguna materia determinada, sino que se lanza instintivamente ante lo que se le presenta, con prevención, y convierte en materia para sí incluso lo que le era obstáculo; como el fuego, cuando se apropia de los objetos que caen sobre él, bajo los que una pequeña llama se habría apagado. Pero un fuego resplandeciente con gran rapidez se familiariza con lo que se le arroja encima y lo consume totalmente levantándose a mayor altura con estos nuevos escombros».[8] Este dueño interior nos permite, por tanto, «quemar hasta el último cartucho», es decir, en este caso, utilizar todos los acontecimientos exteriores para crecer, mejorar y fortalecerse interiormente. Así pues, no sólo nada podrá alterar nuestra serenidad, sino que todo

puede contribuir al crecimiento de nuestro ser, incluidos los acontecimientos que la mayoría de los seres humanos consideran desfavorables o negativos, y que Marco Aurelio y los estoicos consideran indiferentes: «Sin embargo, muerte y vida, gloria e infamia, dolor y placer, riqueza y penuria, todo eso acontece indistintamente al hombre bueno y al malo, pues no es ni bello ni feo. Porque, efectivamente, no son bienes ni males».[9]

Por lo tanto, para Marco Aurelio, se trata de mantenerse atento a todo lo que puede influir en nuestro juicio de manera inadecuada. Sin embargo, constata que dependemos mucho de los juicios que los demás emiten sobre nosotros y que sus palabras tienen un impacto profundo en la opinión que tenemos de nosotros mismos. Escribe con una gran lucidez: «Muchas veces me he preguntado con admiración cómo cada uno se tiene en más estima que a todos y, sin embargo, toma en menos consideración su propia opinión personal que la de los demás».[10] Además, se esfuerza por mantener cierta distancia frente a los juicios y las palabras de los demás sobre él, tanto si son alabanzas como críticas, para que no le influyan: «¿Cuál de estas cosas es bella por el hecho de ser alabada o se destruye por ser criticada? ¿Se deteriora la esmeralda porque no se la elogie?».[11] ¡Esto debe de resultarle más difícil por el hecho de que es emperador y todo el mundo, o casi todo el mundo, habla de él en el Imperio romano! Además, debe tener constantemente en mente que tiene que forjarse su propio juicio sobre sí mismo a partir de su principio rector y no a partir de las alabanzas y las amonestaciones de la corte o de la multitud, que son cambiantes y poco fiables. Se esfuerza también por relativizar cualquier juicio referido a él en el espacio (limitado) y el tiempo (infinito) para adoptar la perspectiva

necesaria: «Dirige tu mirada a la prontitud con que se olvida todo y al abismo del tiempo infinito por ambos lados, a la vaciedad del eco, a la versatilidad e irreflexión de los que dan la impresión de elogiarte, a la angostura del lugar en que se circunscribe la gloria. Porque la tierra entera es un punto y de ella, ¿cuánto ocupa el rinconcillo que habitamos?».[12]

Entre los juicios de los demás sobre nosotros, los más difíciles de mantener a distancia son, sin duda, las críticas y los ataques. ¿Cómo mantenerse sereno cuando somos víctimas de calumnias, injurias y comentarios maliciosos? Por eso, Marco Aurelio redacta numerosos *logoi* sobre esta cuestión, con el fin de ayudarse a mantenerse recto ante estas críticas, de las que debió de ser objeto a menudo: «No consideres las cosas tal como las juzga el hombre insolente o como quiere que las juzgues; antes bien, examínalas tal como son en realidad».[13] Además, no deja de recordarse que los actos y las palabras maliciosas sólo dañan a quien los comete y las profiere (puesto que el mal está sólo en la intención moral): «¿Yerra alguien? Yerra consigo mismo».[14] Por ello afirma, a través de muchos *logoi*, con acentos que a veces nos hacen pensar en los de los Evangelios, que no puede sufrir ningún daño por parte de otros y que, por lo tanto, nunca debe responder al odio con odio ni a la violencia con violencia: «Propio del hombre es amar incluso a los que tropiezan. Y eso se consigue, en cuanto se te ocurra pensar que son tus familiares, y que pecan por ignorancia y contra su voluntad, y que, dentro de poco, ambos estaréis muertos y que, ante todo, no te dañó, puesto que no hizo a tu guía interior peor de lo que era antes».[15]

Esta disciplina del juicio es la clave de la felicidad tal como la conciben los estoicos porque permite la ausencia de perturbaciones: «Que todo es opinión y ésta depende de ti. Acaba, pues, cuando quieras con tu opinión, y del mismo modo que, una vez doblado el cabo, surge la calma, todo está quieto y el golfo sin olas».[16] A esta serenidad es a la que aspira Marco Aurelio en un mundo caótico y en su función muy expuesta de emperador. Su vida filosófica también pretende, ante todo, permitirle, gracias a la disciplina del deseo y del juicio, vivir mejor, ser más feliz, estar sereno y en paz consigo mismo. Pero, además, tiene por objeto ayudarlo a actuar bien, a comportarse de manera justa con los demás. Es el objetivo de la disciplina de la acción, la tercera gran regla de vida de los estoicos.

14

Ciudadanos del mundo

> No sigas discutiendo ya acerca de qué tipo de cualidades debe reunir el hombre bueno, sino trata de serlo.[1]
>
> MARCO AURELIO

La tercera parte de la filosofía estoica es la ética, el arte de la acción. Puesto que el bien y el mal sólo existen en la intención moral, la ética es esencial porque es la que inspira nuestra conducta para permitirnos actuar según el bien y evitar cometer el mal. Como ya hemos comentado, las tres partes de la filosofía estoica, como las tres actividades del alma, están totalmente imbricadas. Además, la ética también incluye, en parte, la visión que los estoicos tienen del ser humano y de su relación con el cosmos. Se puede presentar en tres puntos que derivan unos de otros. Para empezar, todos los seres humanos tienen una razón común que procede de la Razón universal. Por eso, Marco Aurelio se enoja consigo mismo cuando pierde la paciencia o se exaspera con alguien: «Cuánto es el parentesco del hombre con todo el género humano; que no procede el parentesco de sangre o germen, sino de la comunidad de inteligencia. Y olvidaste asimismo que la inteligencia de cada uno es un dios y dimana de la divinidad».[2] Partiendo de la constatación de que todos poseemos un *logos* individual que procede del *Logos* universal, Marco Aurelio y los estoicos afirman que los seres

humanos están hechos los unos para los otros: deben aprender a vivir juntos, a ayudarse mutuamente, a apoyarse, a corregirse, a exhortarse a obrar bien: «Los hombres han nacido los unos para los otros. Instrúyelos o sopórtalos».[3] De estas dos constataciones se desprende que todos los seres humanos son ciudadanos de una misma ciudad: el mundo. «Si la inteligencia nos es común —escribe Marco Aurelio—, también la razón, según la cual somos racionales, nos es común. Admitido eso, la razón que ordena lo que debe hacerse o evitarse también es común. Concedido eso, también la ley es común. Convenido eso, somos ciudadanos. Aceptado eso, participamos de una ciudadanía. Si eso es así, el mundo es como una ciudad».[4] Esta visión estoica es muy diferente de la concepción grecorromana que establece una jerarquía entre los seres humanos: ciudadano/esclavo, griego o romano/bárbaro, hombre/mujer, etc. Como ya he expuesto, Marco Aurelio, al igual que los pensadores estoicos que lo precedieron, no puso en cuestión estas desigualdades sociales, propias de las sociedades antiguas. Sin embargo, el estoicismo aportó una visión humanista universalista que pudo desempeñar un papel histórico relevante en la evolución de la conciencia humana, que conduciría siglos más tarde a los derechos humanos en la época moderna, porque sostiene que todas estas desigualdades no se basan en absoluto en diferencias ontológicas. Contrariamente a lo que afirmaba Aristóteles, por ejemplo, la esclavitud no está basada en la naturaleza, puesto que los esclavos y los ciudadanos libres poseen la misma razón, el mismo *logos* divino. Por otra parte, éste es uno de los argumentos esgrimidos para favorecer la liberación de los esclavos, práctica que se desarrolló intensamente con el paso del tiempo en la sociedad romana, sin duda bajo el impulso del estoicismo.

Si bien todos los seres humanos poseen el mismo *logos* divino, no ocurre lo mismo con los animales, que, según la doctrina estoica (como en todas las demás escuelas filosóficas de la Antigüedad), son prisioneros de sus representaciones. El animal está programado para reaccionar de manera determinada frente a diversas situaciones con las que puede encontrarse, mientras que el ser humano puede utilizar su principio rector, su alma racional, para salir de este determinismo y hacer uso de su libre arbitrio. Sin embargo, esta diferencia ontológica no debe conducir a los seres humanos a explotar a los animales o a actuar con crueldad hacia ellos. Muy al contrario, dado que está dotado de razón y posee una conciencia moral, el ser humano debe comportarse con benevolencia y respeto hacia todos los seres vivos: «A los animales irracionales [...] tú, puesto que estás dotado de entendimiento, trátalos con magnanimidad y liberalidad».[5]

Por ello, a la disciplina del deseo y la del juicio, que permiten mantenerse serenos en cualquier circunstancia, hay que añadir la disciplina de la acción, que nos ayuda a actuar de manera justa hacia los demás y siempre al servicio del bien común, lo cual resumen perfectamente estos dos *logoi*: «¿Qué es, entonces, lo que debe impulsar nuestro afán? Tan sólo eso: un pensamiento justo, unas actividades consagradas al bien común, un lenguaje incapaz de engañar, una disposición para abrazar todo lo que acontece, como necesario».[6] Y también: «Imperturbabilidad con respecto a lo que acontece como resultado de una causa exterior y justicia en las cosas que se producen por una causa que de ti proviene. Es decir, instintos y acciones que desembocan en el mismo objetivo: obrar de acuerdo con el bien común, en la convicción de que esta tarea es

acorde con tu naturaleza».[7] Como se puede constatar con estas citas, la búsqueda del bien común es el principal objetivo de la acción porque expresa el deseo de la naturaleza: actuar lo mejor posible para el bien de todos. Encontramos aquí la física estoica, que estipula que el universo es un gran ser vivo en el que todo está relacionado con todo, y que todos los seres vivos, en especial los seres humanos, que están dotados del *logos* divino, son solidarios los unos con los otros. Por lo tanto, se trata de edificar juntos una ciudad armoniosa en la que cada uno pueda desarrollarse en el respeto a los demás. La acción de cada individuo no solamente debe tener como objetivo su satisfacción personal, sino también el bien de todos. Vemos hasta qué punto la ética estoica está en las antípodas del individualismo contemporáneo. Si la colectividad debe favorecer la felicidad del individuo, este último debe, a cambio, inscribirse en una colectividad a la que no debe perturbar, sino, al contrario, servir.

Marco Aurelio insiste también en la atención y seriedad que requiere cada una de nuestras acciones. «Detén el impulso de marioneta»,[8] escribe; o, en otro lugar: «Dejar de girar como una peonza, pero con ocasión de todo impulso a actuar, realizar lo que es justo».[9] Por lo tanto, se trata de no dejarse guiar por las pulsiones, los deseos, los afectos, sino de, antes de cada acción, tomarse el tiempo de pensar: ¿es apropiado? Para tener siempre presente el carácter decisivo de cada una de estas acciones, Marco se da un consejo: «Ejecuta cada acción como si se tratara de la última de tu vida, desprovista de toda irreflexión».[10] Marco Aurelio debe encarnar este ideal moral muy elevado de dos maneras: como ser humano, en sus relaciones con los demás, y como emperador, en su gobierno de la ciudad. Como ser humano, Marco aspira a desarrollar virtudes morales que le permitan comportarse de modo justo con sus semejantes: la justicia, la benevolencia, el respeto, la

comprensión, el perdón, etc. Por ejemplo, en las *Meditaciones* encontramos toda una serie de *logoi* en las que Marco exhorta a comportarse bien con los semejantes: «Cuida de no experimentar con los hombres inhumanos algo parecido a lo que éstos experimentan respecto a los hombres».[11] O bien: «Ni hacer mal a nadie ni decirlo»,[12] o también éste: «Siempre que tropieces con un fallo de otro, al punto cambia de lugar y piensa qué falta semejante tú cometes [...]. Porque si te aplicas a esto, rápidamente olvidarás el enojo».[13] Cómo no pensar aquí también en la moral evangélica: «El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella» (Juan, 8, 7).

Aparte de estas breves máximas, fáciles de memorizar, a veces Marco desarrolla razonamientos más largos que argumentan en favor del bien. Veamos uno en el que explica por qué y cómo comportarse con benevolencia con quienes nos ofenden: «La benevolencia sería invencible si fuera noble y no burlona ni hipócrita. Porque ¿qué te haría el hombre más insolente, si fueras benévolo con él y si, dada la ocasión, le exhortaras con dulzura y le aleccionaras apaciblemente en el preciso momento en que trata de hacerte daño? "No, hijo; hemos nacido para otra cosa. No temo que me dañes, eres tú quien te perjudicas, hijo." Y demuéstrale con delicadeza y enteramente que esto es así, que ni siquiera lo hacen las abejas, ni tampoco ninguno de los animales que ha nacido para vivir en manada. Y debes hacerlo sin ironías ni reproches, sino con cariño y sin exacerbación de ánimo, y no como en la escuela, ni tampoco para que otro que se encuentra a tu lado, te admire. Antes bien, dirígete a él exclusivamente, incluso en el caso de que otros te rodeen».[14] Se adivina en este pasaje a la vez la ternura profunda del corazón de Marco Aurelio, pero también otro tema que aprecia mucho: la pureza de la intención. Una acción moral sólo tiene valor

si la intención del que actúa es pura y desinteresada. Si se hace una buena acción por un salario o un reconocimiento social, por ejemplo, el acto no tiene ningún valor moral: «Cuando hayas hecho un favor y otro lo haya recibido, ¿qué tercera cosa andas todavía buscando, como los necios? ¿Pasar por haber hecho el bien o recibir un pago a cambio?».[15] Aquello en lo que debe basarse el desinterés de la acción es simplemente, para Marco Aurelio, el solo hecho de que se trate de un acto conforme con la naturaleza, puesto que está inscrito en nuestra naturaleza humana actuar bien según nuestra razón. Igual que la vid da su fruto, igual que las abejas liban, es natural que el ser humano actúe bien. Lo contrario va contra la naturaleza. De manera que quien actúa según el bien ni siquiera debería ser consciente de ello: «Así, el hombre que hizo un favor no persigue un beneficio, sino que lo cede a otro, del mismo modo que la vid se aplica a producir nuevos racimos a su debido tiempo. Luego, ¿es preciso encontrarse entre los que proceden así, en cierto modo, inconscientemente?».[16] Si su naturaleza no está corrompida y si sigue su principio rector, el ser humano debe actuar bien espontáneamente, con fluidez, sin cálculo, sin esfuerzo, sin complacencia, como el instinto animal, al fin y al cabo. «Propio también del alma racional es amar al prójimo»,[17] escribe.

Marco Aurelio también debe actuar bien como emperador. En este caso, las cosas son más complejas, porque debe ejercer lo mejor posible el papel que el destino le ha atribuido: defender los intereses del Imperio. «Ejecutar exclusivamente aquello que la razón de tu potestad real y legislativa te sugiera para favorecer a los hombres.»[18] Y, en otra parte, se pregunta: «Qué relación me vincula a ellos, que hemos nacido los unos para los otros, y yo

personalmente he nacido, por otra razón, para ponerme al frente de ellos, como el carnero está al frente del rebaño».[19] Puesto que ha sido elegido por la Razón universal para dirigir el Imperio, debe hacer pasar esta responsabilidad por encima de todo y, en especial, por encima de su ética o de sus sentimientos personales. Por lo tanto, en el ejercicio de su función, puede haber un conflicto entre su «ética de convicción» y su «ética de responsabilidad», retomando la famosa distinción establecida por Max Weber. Si a veces se ha mostrado inflexible hacia los bárbaros y los cristianos es porque considera que su primer deber es defender la cohesión del Imperio. Marco también se debe a las tradiciones romanas. Tiene que ejercer su función según ciertas costumbres y leyes que no siempre van, ni de lejos, en el sentido de la misericordia y el perdón. Por lo tanto, intenta a menudo, como ya hemos expuesto, encontrar un compromiso: aplicar la ley, incluso si es dura, pero haciéndolo con clemencia e indulgencia cuando es posible.

Otro consejo que Marco Aurelio se da en lo referente a la disciplina de la acción es no perderse en la multitud de tareas que tiene que realizar como hombre y como emperador, sino concentrarse en cada instante en la acción que está realizando, o que debe realizar, teniendo siempre en mente la finalidad y la causa última de ésta: «Regocíjate y descansa en una sola cosa: en pasar de una acción útil a la sociedad a otra acción útil a la sociedad, teniendo siempre presente a Dios».[20]

15

Ejercicios espirituales

Pasar cada día como si fuera el último.[1]

MARCO AURELIO

En su obra *¿Qué es la filosofía antigua?*, Pierre Hadot muestra que las escuelas de sabiduría de la Antigüedad concebían la filosofía como un arte de vivir. Para ello proponían a sus alumnos cierto número de ejercicios prácticos (*askesis*, *meletê*), destinados a operar una transformación del yo. Pierre Hadot los califica de «ejercicios espirituales». Con el fin de conseguir llevar una vida conforme a la razón, que permite disciplinar las tres actividades del alma (el deseo, el juicio y el impulso a la acción), Marco Aurelio propone, siguiendo a Epicteto y a Séneca, cierto número de ejercicios prácticos. La fuerza del texto de las *Meditaciones* está en mezclar reflexiones, a menudo en forma de máximas, con recomendaciones muy concretas. Yo distinguiría aquí dos tipos de ejercicios: los que podría calificar de «experimentos de pensamiento», que utilizan la imaginación y la visualización, y los que pueden calificarse de «experimentos prácticos», que se basan más en una acción concreta.

Marco Aurelio se invita, y nos invita, a hacer ciertos experimentos de pensamiento que favorecen una toma de conciencia saludable. He documentado al menos cuatro:

- Tomar distancia observando desde arriba o considerando el carácter infinitesimal de la vida.
- Recordar que todo se reproduce de manera idéntica (¡cómo no pensar en el Eclesiastés!).
- Considerar las cosas en su propia esencia material para hacerles perder su aura.
- Imaginar lo peor para prepararse.

A estos experimentos de pensamiento se pueden añadir ejercicios más concretos: vivir el momento presente, utilizar máximas filosóficas, ejercer una vigilancia sobre los pensamientos y las palabras, hacer un examen de conciencia.

Siguiendo a Séneca, Marco Aurelio propone considerar la inmensidad de la naturaleza universal y la infinidad del espacio y del tiempo, con el fin de relativizar nuestra importancia y la de nuestras preocupaciones: «¿Acaso te arrastrará la vanagloria? Dirige tu mirada a la prontitud con que se olvida todo y al abismo del tiempo infinito por ambos lados, a la vaciedad del eco, a la versatilidad e irreflexión de los que dan la impresión de elogiarte, a la angostura del lugar en que se circunscribe la gloria. Porque la Tierra entera es un punto y de ella, ¿cuánto ocupa el rinconcillo que habitamos?».[2] En otra parte, insiste así: «Piensa en la brevedad de la vida, en el abismo del tiempo futuro y pasado».[3] Nuestra existencia y todo lo que nos preocupa y que parece tan importante a nuestros ojos deben ponerse en perspectiva por el carácter minúsculo de nuestra vida respecto a la inmensidad del espacio y del tiempo. Esto es cierto para los hombres famosos, que deben recordarse que toda gloria es efímera: «¡Cuántos hombres, que fueron muy celebrados, han sido ya entregados al olvido! ¡Y cuántos hombres que los celebraron tiempo ha que partieron!».[4] Pero esto, al fin y al cabo, afecta a todo el mundo y hay que imaginar un período del pasado en

el que todos los seres humanos que se afanaban han desaparecido definitivamente: «Piensa, por ejemplo, en los tiempos de Vespasiano. Verás siempre las mismas cosas: personas que se casan, crían hijos, enferman, mueren, hacen la guerra, celebran fiestas, comercian, cultivan la tierra, adulan, son orgullosos, recelan, conspiran, desean que algunos mueran, murmuran contra la situación presente, aman, atesoran, ambicionan los consulados, los poderes reales. Pues bien, la vida de aquéllos ya no existe en ninguna parte».[5] La idea que sugiere también esta cita es que el corazón del ser humano es el mismo en todas partes y que todo se reproduce de manera idéntica: «Lo mismo da haber indagado eso durante cien años que durante tres».[6] A esta observación de las sociedades humanas, en las que todo parece reproducirse siempre del mismo modo, responde la concepción estoica del tiempo, que no es lineal, sino cíclica: todo nace, se transforma, muere y renace, como el ritmo de las estaciones. Marco lo recuerda a través de varios *logoi*, como si quisiera confirmarse a sí mismo hasta qué punto es necesario que nos distanciemos de nuestras minúsculas existencias perecederas: «Éstas son las rotaciones del mundo, de arriba abajo, de siglo en siglo [...]. Pronto nos cubrirá a todos nosotros la tierra, luego también ella se transformará y aquellas cosas se transformarán hasta el infinito y así sucesivamente. Conque si se toma en consideración el oleaje de las transformaciones y alteraciones y su rapidez, se menospreciará todo lo mortal».[7] Con estos *logoi*, Marco Aurelio pretende, de entrada, denunciar la vanidad de la comedia humana y desvalorizar todo lo que brilla a sus ojos y puede parecer muy deseable; pero pretende también recordar que, puesto que todo se reproduce de forma idéntica, puesto que todo pasa y se transforma sin cesar, es conveniente relativizar los acontecimientos de nuestra vida a los que concedemos tanta

importancia y que tantos trastornos nos provocan. Todos estos ejercicios de pensamiento pretenden, pues, mejorar nuestro juicio sobre las cosas y desear sólo lo que el destino nos ofrece.

Marco Aurelio utiliza esta misma técnica de desvalorización con otro ejercicio de pensamiento muy presente en su manuscrito: restar todo su carácter seductor a aquello que lo atrae y podría apartarlo de la recta razón, considerándolo desde un punto de vista estrictamente material o biológico: «A los consejos mencionados añádase todavía uno: delimitar o describir siempre la imagen que sobreviene, de manera que se la pueda ver tal cual es en esencia, desnuda, totalmente entera a través de todos sus aspectos, y pueda designarse con su nombre preciso y con los nombres de aquellos elementos que la constituyeron y en los que se desintegrará».[8] Por ejemplo, cuando desea una comida muy apetitosa, como carne o pescado, se ejercita, diciéndose que no es buena para su salud frágil, en representársela como un cadáver: «Esto es un cadáver de pez, aquello, cadáver de un pájaro o de un cerdo».[9] Además, cuando siente una atracción sexual que considera inapropiada, se ejercita en mirar el cuerpo como «sangre y polvo, huesecillos, fino tejido de nervios, diminutas venas y arterias».[10] O bien se ejercita considerando «la relación sexual, que es una fricción del intestino y eyaculación de un moquillo acompañada de cierta convulsión».[11] Estas representaciones despreciativas del cuerpo no deben inducirnos a error: en general, Marco Aurelio no desprecia en absoluto el cuerpo, al que a veces alaba por su belleza y vigor, ni la sexualidad, como hacían numerosos padres de la Iglesia de la Antigüedad. Para él, se trata de utilizar representaciones positivas o negativas según sus necesidades: si considera bueno procurarse un placer, se hará una representación agradable de éste. En cambio, si estima necesario huir de una tentación, se ejercitará en convertirla

en una representación negativa utilizando en especial este procedimiento de «desnudar» las cosas.

Otro experimento de pensamiento que realizan los estoicos y Marco Aurelio: frente a diversos males que pueden acecharnos, podemos representárnoslos por anticipado con el fin de prepararnos lo mejor posible para ellos. «¿En qué consiste el filosofar? ¿Acaso no es prepararse para lo que suceda?»,[12] pregunta Epicteto. La preparación mental (*paraskeuê*) consiste en imaginar lo que nos puede ocurrir y prepararnos para ello con el fin de reaccionar de la mejor manera posible si se produce el acontecimiento. Marco Aurelio explica que «el arte de vivir se asemeja más a la lucha que a la danza en lo que se refiere a estar firmemente dispuesto a hacer frente a los accidentes incluso imprevistos».[13] Mientras que el bailarín tiene como objetivo la belleza y la perfección del movimiento, el filósofo estoico aspira a estar preparado para enfrentarse a cualquier acontecimiento del destino, para no perder nunca la serenidad, lo que llevó a Michel Foucault a decir que es «un atleta de lo que va a ocurrir».[14] Lo que los antiguos llamaban *praemeditatio malorum*, la meditación de los males futuros, no consiste tanto en imaginar de manera morbosa todas las desgracias que nos pueden suceder como en familiarizarse con ellas y relativizarlas, como explica Séneca: «En verdad, ¿qué necesidad hay de buscarse los males, anticipando las desgracias que muy pronto habrá que sufrir cuando lleguen, y desaprovechar el presente por miedo al futuro? Es sin duda una necedad convertirte ya en un desgraciado, porque algún día tengas que serlo; mas yo te conduciré a la tranquilidad por otro camino. Si quieres liberarte de toda preocupación, imagínate, sea cual fuere el acontecimiento que

temes, que se ha de realizar indefectiblemente; y este mal, no importa el que sea, tú mismo sopésalo mentalmente y evalúa tu temor; comprenderás, sin duda, que o no es grave o no es duradero lo que te asusta».[15] Encontramos aquí el mismo procedimiento del que habla Marco Aurelio, que consiste en relativizar la gravedad de los acontecimientos comparándola con la inmensidad del tiempo y del espacio: nos representamos los eventuales males futuros para desdramatizarlos, hacerlos menos impresionantes y tener, si aparecen, la mejor actitud posible. Al principio del capítulo II de las *Meditaciones*, Marco Aurelio escribe, para no sorprenderse ni decepcionarse: «Al despuntar la aurora, hazte estas consideraciones previas: me encontraré con un indiscreto, un ingrato, un insolente, un mentiroso, un envidioso, un insociable».[16] Y dado que el peor de los males es, sin duda, la muerte, los estoicos recomiendan meditar sobre ella para prepararse lo mejor posible, lo cual hace decir a Cicerón, y también a Montaigne, en sus *Ensayos*, que «filosofar es aprender a morir».[17] Marco Aurelio, como veremos pronto, se esfuerza por meditar sobre la muerte considerando que ésta es un fenómeno natural y útil para la naturaleza, lo cual contribuye a desdramatizarla.

Hemos visto en el capítulo sobre la disciplina del juicio que Marco Aurelio aboga por tener una mirada crítica sobre nuestras representaciones, que muy a menudo se asocian a nuestra imaginación. En este sentido, la imaginación debe combatirse como un adversario interior que perturba nuestra alma. «Borra la imaginación. Detén el impulso de marioneta.»[18] O también: «Borra las imaginaciones diciéndote a ti mismo de continuo: "Ahora de mí depende que no se ubique en esta alma ninguna perversidad ni

deseo ni, en suma, ninguna turbación"».[19] Pero podemos constatar también, a propósito de estos experimentos de pensamiento, que utiliza la imaginación de una manera útil para el fin que persigue: vencer una tentación o una aprensión, relativizar las cosas y distanciarse, etc. Por lo tanto, la fuerza imaginativa del ser humano no es, para los estoicos, ni un bien ni un mal en sí misma: se trata simplemente de dominarla y de ponerla al servicio de lo que nos ayudará a encontrar la serenidad. Cuando la imaginación nos induce al error porque nos suscita una representación subjetiva e inadecuada de la realidad, se trata de combatirla. Pero, cuando la imaginación nos permite tomar distancia, enfrentarnos serenamente al futuro, refugiarnos en el interior de nosotros como en una ciudadela interior o bien proyectarnos en una imagen de vida buena y virtuosa, es una herramienta valiosa. En una bella obra dedicada a *L'Imagination comme mode de vie*, el filósofo Xavier Pavie cita a menudo a Marco Aurelio y recuerda que «se trata, a partir de la imaginación, del pensamiento generado, de tener una actividad reflexiva sobre ésta, es decir, una meditación, utilizando filtros, técnicas filosóficas, para pensar en lo que pueden representar. Puede ser una mirada sobre la muerte, por ejemplo, que no sea espantosa, considerar que la muerte no es más que un paso natural y que no hay que entristecerse por ello».[20]

Veamos ahora los ejercicios prácticos, que se basan más en la acción que en un trabajo de la imaginación. Para empezar, tenemos, como ya hemos expuesto a menudo, el hecho de anotar breves máximas filosóficas y de aprendérselas de memoria, para tenerlas «a mano» cuando nos encontremos en una situación peligrosa que pueda hacernos perder la tranquilidad del alma. Marco Aurelio no vacila en

comparar estas recopilaciones de sentencias con una especie de botiquín de primeros auxilios del alma: «Del mismo modo que los médicos siempre tienen a mano los instrumentos de hierro para las curas de urgencia, así también, conserva tú a punto los principios fundamentales para conocer las cosas divinas y las humanas, y así llevarlo a cabo todo, incluso lo más insignificante, recordando la trabazón íntima y mutua de unas cosas con otras».[21] Estas máximas expresan o hacen alusión, en efecto, a *dogmata*, los principios fundamentales del estoicismo, que se inscriben en una comprensión global de un mundo ordenado por el *Logos* divino, la Razón universal. Por eso, Marco Aurelio recuerda que estas sentencias expresan el estrecho vínculo que une nuestra razón humana a la Razón divina, que es su fuente. Por otra parte, cuando habla de la necesidad de efectuar retiros al interior de uno mismo, precisa: «Sean breves y elementales los principios que, tan pronto los hayas localizado, te bastarán para recluirte en toda tu alma y para enviarte de nuevo, sin enojo, a aquellas cosas de la vida ante las que te retiras».[22] Esta cita permite comprender el uso que hace Marco Aurelio de estas máximas: cuando está alterado por un acontecimiento, generalmente por «la ruindad de los hombres», según sus propias palabras, se toma unos instantes para recogerse y meditar en una sentencia adecuada para la situación, con el fin de recuperar la paz interior y dedicarse de nuevo a sus ocupaciones. Afirma también que, si estamos bien entrenados en la práctica de la filosofía, a veces basta una sola palabra para recuperar la serenidad: «Bástanle a la persona mordida por los verdaderos principios la mínima palabra y la más coloquial para sugerirle ausencia de aflicción y de temor».[23]

Otro ejercicio al que Marco Aurelio recurre muy a menudo es al de mantenerse vigilante para vivir en el instante presente: «Presta atención a lo que tienes entre manos, sea actividad, principio o significado».[24] Al igual que numerosos filósofos de la Antigüedad, recuerda que muchos trastornos se deben a la aprensión por el futuro o a la rememoración del pasado y, por lo tanto, se invita a no dejar divagar sus pensamientos, sino a concentrarlos en el momento presente. Recuerda también que, ante una prueba, nos alteramos porque nuestra imaginación abarca un espectro demasiado amplio del tiempo. Al pensar sólo en el instante, podemos concentrar la atención y los esfuerzos sólo en el problema del momento, lo cual disminuye el trastorno: «No te confunda la imaginación de la vida entera. No abarques en tu pensamiento qué tipo de fatigas y cuántas es verosímil que te sobrevengan; por el contrario, en cada una de las fatigas presentes, pregúntate: ¿Qué es lo intolerable y lo insoportable de esta acción? Sentirás vergüenza de confesarlo. Luego recuerda que ni el futuro ni el pasado te son gravosos, sino siempre el presente. Y éste se minimiza, en el caso de que lo delimites exclusivamente a sí mismo y refutes a tu inteligencia, si no es capaz de hacer frente a esta nimiedad».[25]

Este consejo entra en contradicción con el ejercicio de pensamiento que ya hemos expuesto, que consiste en anticipar los problemas futuros representándoselos para habituarse a ellos y desdramatizarlos. En realidad, Marco Aurelio utiliza varias técnicas, a veces opuestas, en efecto, según las necesidades del momento. Unas veces le ayuda aplicar un remedio, otras veces prefiere otro. El fin de esta última cita es también instructivo, porque revela con claridad el método estoico, que consiste en un diálogo interior casi permanente. Ante cada situación, el filósofo se pregunta cuál es la mejor manera de actuar o de reaccionar. Para ello pasa por el tamiz

de la crítica sus representaciones, busca en su caja de herramientas una máxima que pueda iluminarlo, realiza un trabajo de introspección, intenta circunscribir el momento presente o, por el contrario, proyectarse en el futuro, y se entrega a un experimento de pensamiento para relativizar su dificultad y recuperar la serenidad. Entre los consejos que da Marco Aurelio para llevar una vida filosófica concentrada en el instante presente se encuentra también éste: «Pasar cada día como si fuera el último».[26] Así actuaremos lo mejor posible para nosotros mismos y para los demás.

Nuestra vigilancia no sólo debe aplicarse a los pensamientos, a las representaciones y a vivir en el momento presente, sino también, por supuesto, a las palabras. Ya hemos hablado de la sinceridad que deben tener nuestras intenciones, pero también es conveniente reflexionar sobre el alcance de nuestras palabras, como el de nuestras acciones, y pensar en las consecuencias que pueden tener: «Es preciso seguir, palabra por palabra, lo que se dice, y, en todo impulso, su resultado; y, en el segundo caso, ver directamente a qué objetivo apunta el intento; y en el primero, velar por su significado».[27]

Un último ejercicio, común a todas las escuelas de sabiduría, consiste en concentrarse regularmente en uno mismo para examinar la conciencia: ¿he actuado bien?, ¿en qué y cómo puedo mejorar?, ¿qué puntos de vigilancia debo desarrollar?, ¿qué principios debo estudiar y qué ejercicios debo practicar para conseguirlo? En el fondo, lo que más tarde llamaremos en la tradición cristiana «el examen de conciencia» es el punto de partida de la filosofía como arte de vivir. Al igual que Sócrates, que afirma que «la ignorancia es

la causa de todos los males», los filósofos de la Antigüedad invitan a sus discípulos a examinarse, tanto desde un punto de vista intelectual como moral, con el fin de corregir sus ideas erróneas y sus acciones injustas. Una tradición muy antigua, que se dice que se remonta a Pitágoras, pero que se observa claramente en la pluma de los neopitagóricos en el siglo I de nuestra era, consiste en hacer cada noche un examen de conciencia antes de dormirse, como se dice en los *Versos áureos* atribuidos a Pitágoras: «No acojas al sueño en tus delicados ojos hasta hacer, por tres veces, un recorrido por tus actos del día: ¿en qué he delinquido?, ¿qué acto he realizado?, ¿qué obligación he incumplido? Comienza por el comienzo y recórrelo todo, repróchate los errores y alégrate de los aciertos».[28]

Numerosos filósofos estoicos, como Epicteto, retomarán estos versos, y no cabe duda de que Marco Aurelio los conocía. No hace mención explícita en sus escritos de este examen cotidiano, pero las *Meditaciones* sólo hablan de esto: de la necesidad constante de observarse, corregirse, mejorar. Para Marco, vivir es un arte, y centra toda su atención en hacer de la vida una obra de arte, esforzándose a conciencia por seguir el principio rector del alma: «Ninguna acción debe emprenderse al azar ni de modo divergente a la norma consagrada por el arte».[29]

16

No temer a la muerte

> Te embarcaste, surcaste mares, atracaste: ¡desembarca![1]
>
> MARCO AURELIO

Marco Aurelio, que —recordémoslo— escribe sus notas por la noche durante las campañas militares en los confines del Imperio, piensa necesariamente mucho en la muerte. Ésta es la razón por la que numerosos *logoi* se dedican a este tema. Para comprender la visión que tienen los estoicos de la muerte, hay que situarla en el marco de su visión cósmica: ciclos que se repiten hasta el infinito a escala del universo. Dado que nuestras existencias individuales constituyen minúsculas partes de este gran Todo, se integran en estos ciclos y, en cuanto una vida termina en la tierra, otra toma el relevo para continuar la gran ronda de la vida. Nuestros cuerpos colaboran así, durante un tiempo infinitesimal, en esta inmensa partición cósmica. Es lo que recuerda Marco Aurelio cuando escribe: «Por la sustancia del conjunto universal, como a través de un torrente, discurren todos los cuerpos, connaturales y colaboradores del conjunto universal, al igual que nuestros miembros entre sí».[2] Para intentar habituarse a la idea de la muerte, los estoicos procuran tener siempre presente que se trata de un fenómeno universal, útil para la naturaleza: «Porque todas las cosas han nacido para transformarse,

alterarse y destruirse, a fin de que nazcan otras a continuación»,[3] escribe Marco Aurelio. La muerte, por ser natural, no es ni un bien ni un mal: conviene considerarla un «indiferente», según la doctrina estoica. Marco recuerda que no hay que desearla (como hacen los cristianos), ni despreciarla, ni temerla, sino simplemente aceptarla, como se aceptan todos los acontecimientos naturales de la vida: «No desdeñes la muerte; antes bien, acógela gustosamente, en la convicción de que ésta también es una de las cosas que la naturaleza quiere. Porque cual es la juventud, la vejez, el crecimiento, la plenitud de la vida, el salir los dientes, la barba, las canas, la fecundación, la preñez, el alumbramiento y las demás actividades naturales que llevan las estaciones de la vida, tal es también tu propia disolución. Por consiguiente, es propio de un hombre dotado de razón comportarse ante la muerte no con hostilidad, ni con vehemencia, ni con orgullo, sino aguardarla como una más de las actividades naturales. Y, al igual que tú aguardas el momento en que salga del vientre de tu mujer el recién nacido, así también aguarda la hora en que tu alma se desprenderá de esa envoltura».[4] Aunque, como acaba de afirmar Marco Aurelio, conviene aceptar el destino y, por lo tanto, morir en el momento elegido por la Razón universal, los estoicos no se oponen al suicidio. Como recuerda André Comte-Sponville, en los estoicos, «el suicidio no es siempre virtuoso (los hay cobardes o patológicos) ni siempre condenable: forma parte de lo que los estoicos llamaban los *preferibles* o los *no preferibles*, que varían según las circunstancias, no del bien o del mal, que no varían. Por lo tanto, es un asunto de oportunidad más que de principio, y lo que puede ser oportuno para el sabio no lo es para cualquiera».[5] Por eso, Cleantes, cuando tenía 80 años, padecía un absceso incurable en la boca y sufría atrozmente cuando se alimentaba, así que decidió dejar de hacerlo,

lo que equivalía a dejarse morir. Justificó su acto afirmando que Dios le había dado la señal de la partida: en otras palabras, se marchaba confiado en que su decisión era justa, teniendo en cuenta su edad y su estado de salud. Hoy diríamos que, ante una enfermedad incurable, quiso morir con dignidad. Séneca, por su parte, se suicidó por orden de Nerón, cortándose las venas. En este caso, no hizo más que elegir —como Sócrates al beber la cicuta— su forma de morir, sabiendo que no podía escapar de la muerte. Así pues, no se puede hablar aquí propiamente de «suicidio» como una elección deliberada. Sin embargo, Séneca escribió numerosos textos en los que se muestra partidario del suicidio, en ciertos casos, en nombre de la libertad. Por ejemplo, le escribió a Lucilio: «Su vida cada cual debe hacerla aceptable a los demás, su muerte a sí mismo: la mejor es la que nos agrada. [...] Éste es un motivo importante para no quejarnos de la vida: que a nadie retiene. Buena es la condición de las cosas humanas, dado que nadie es desgraciado sino por su culpa. ¿Te agrada? Sigue viviendo. ¿No te agrada? Puedes regresar a tu lugar de origen».[6] El único pasaje de las *Meditaciones* en el que Marco Aurelio habla de la posibilidad del suicidio es bastante sorprendente: mientras que la mayoría de los pensadores estoicos enseñan que sólo el sabio tiene la suficiente lucidez para saber en qué momento es oportuno quitarse la vida, él considera que la incapacidad de convertirse en sabio puede, al contrario, constituir un buen motivo para suicidarse: «Pues, ¿quién te impide ser sencillo y bueno? Tú toma sólo la decisión de no seguir viviendo, si no logras ser un hombre así, pues la razón no te coacciona a vivir si no reúnes estas cualidades».[7]

Sin embargo, Marco Aurelio retoma con frecuencia esta idea de partir, como una fruta madura, cuando la naturaleza lo haya decidido por él: «Acaba tu vida alegremente, como la aceituna que, llegada a la sazón, caería elogiando a la tierra que la llevó a la vida y dando gracias al árbol que la produjo».[8] Aunque se basa en estos *logoi* para prepararse para morir serenamente, es difícil percibir a través de estos escritos si Marco sentía, sin embargo, alguna aprensión, en resumidas cuentas muy natural, ante la idea de su propia muerte. Dos pasajes bastante emotivos de las *Meditaciones* nos presentan sus sentimientos más íntimos y expresan una cierta tristeza de Marco Aurelio hacia los otros hombres que no comparten sus elevados valores morales, lo que le hará más fácil abandonar esta vida. Ya he citado el primero al final de la primera parte de esta obra, a propósito de la muerte. En el segundo pasaje, Marco Aurelio da a entender con claridad que está convencido de que la mayoría de sus allegados se alegrarán de su fallecimiento. Empieza por explicar que esto ocurre con frecuencia y añade: «Esta reflexión te harás al morir, y te irás de este mundo con ánimo bastante más plácido si te haces estas consideraciones: "Me alejo de una vida tal que en el curso de ella mis propios colaboradores, por los que tanto luché, supliqué, sufrí desvelos, ellos mismos quieren retirarme, confiados en la posibilidad de obtener cierta comodidad con mi partida". ¿Por qué, pues, resistirse a una estancia más prolongada aquí? Mas no por eso te vayas con ánimo peor dispuesto con ellos; antes bien, conserva tu carácter propio, amistoso, benévolo, favorable, y no, al revés, como si fueras arrancado, sino que, del mismo modo que en una buena muerte el alma se desprende fácilmente del cuerpo, así también debe producirse tu alejamiento de éstos. Porque con éstos la naturaleza te ensambló y te mezcló íntimamente. "Pero ahora te separa". Me separo como de mis

íntimos sin ofrecer resistencia, sin violencia. Porque también esto es uno de los hechos conformes a la naturaleza». ¿Cómo no emocionarse ante esta confesión tan lúcida y desengañada de la naturaleza humana que, sin embargo, no eliminó del corazón de Marco Aurelio su amor por los demás y su benevolencia hacia sus allegados, cuando sabía que algunos de ellos deseaban su muerte? Precisemos, por otra parte, una cosa importante: de la misma manera que Marco Aurelio no parece entristecerse por su propia muerte, lo que más lo entristeció en su existencia fue el fallecimiento de sus parientes y amigos: su madre; su hermana; sus hijos; su mujer, Faustina; su hermano, Lucio; Antonino, Frontón, etc. Aceptó plenamente esas pérdidas porque su partida estaba conforme con la naturaleza, pero esto no disminuyó la tristeza que pudo sentir y de la que da testimonio su correspondencia. No pensemos, pues, que los filósofos estoicos no experimentan ningún sentimiento o apego hacia sus allegados. Lloran por ellos como todo el mundo cuando fallecen, pero nunca se rebelan contra Dios o contra el destino, ni siquiera cuando estas muertes son precoces: las aceptan como formando naturalmente parte de la vida.

El último párrafo de las *Meditaciones*, que cierra el capítulo XII, está dedicado a esta cuestión, lo que invita a pensar que Marco Aurelio lo escribió cuando ya se sabía condenado, durante los últimos días de su vida: «¡Buen hombre, fuiste ciudadano en esta gran ciudad! ¿Qué te importa si fueron cinco o tres años? Porque lo que es conforme a las leyes es igual para todos y cada uno. ¿Por qué, pues, va a ser terrible que te destierre de la ciudad no un tirano ni un juez injusto, sino la naturaleza que te introdujo? Es algo así como si el estratega que contrató a un comediante lo despidiera de la escena. "Mas no he representado los cinco actos, sino sólo tres". "Bien has dicho. Pero en la vida los tres actos son un drama

completo". Porque fija el término aquel que un día fue responsable de tu composición, y ahora lo es de tu disolución. Tú eres irresponsable en ambos casos. Vete, pues, con ánimo propicio, porque el que te libera también te es propicio».[9]

¿Marco Aurelio creía en una supervivencia del alma después de la muerte del cuerpo? La respuesta no es sencilla, como tampoco lo es en la doctrina estoica. Los fundadores de la escuela piensan que el alma espiritual, el *logos* individual, se separa del cuerpo durante el fallecimiento para unirse al *Logos* divino. En cuanto a saber si se confunde totalmente con Él, como una gota de agua en el océano, o si conserva una forma o una conciencia que le es propia, la cuestión no está zanjada. Epicteto es poco elocuente sobre el tema, y Marco parece no tener una opinión definida tampoco, lo cual es señal de su falta de dogmatismo, porque, en el fondo, a menos que se haya regresado, ¿qué ser humano podría jactarse de saber lo que ocurre después de la muerte? En las ceremonias religiosas, recita a menudo fórmulas que hacen referencia a la inmortalidad del alma, como la de la iniciación en los misterios de Eleusis, cuando el iniciado afirma que será conducido después de la muerte «lejos de todo mal, hacia las islas de los bienaventurados..., con los inmortales».[10] Es la creencia que Platón desarrolla en el *Fedón*, el diálogo en el que cuenta la muerte de Sócrates y su fe en la inmortalidad del alma, que lo ayuda a beber el veneno mortal. En los pasajes que abordan esta cuestión, Marco Aurelio es menos asertivo e incluso piensa en el punto de vista epicúreo de la dispersión de los átomos del alma después de la muerte.[11] O también, cuando considera la doctrina estoica, parece inclinarse por la tesis física de una fusión en el Todo: «Si las almas perduran, ¿cómo, desde la eternidad, consigue el aire

darles cabida? ¿Y cómo la tierra es capaz de contener los cuerpos de los que vienen enterrándose desde tantísimo tiempo? Pues al igual que aquí, después de cierta permanencia, la transformación y disolución de estos cuerpos cede el sitio a otros cadáveres, así también las almas trasladadas a los aires, después de un período de residencia allí, se transforman, se dispersan y se inflaman reasumidas en la razón generatriz del conjunto, y, de esta manera, dejan sitio a las almas que viven en otro lugar. Esto podría responderse en la hipótesis de la supervivencia de las almas».[12]

Y, si bien a veces se opone sobre la cuestión a su amigo Frontón, que cree en la visión platónica de la supervivencia individual del alma después de la muerte, sin duda hace suya la observación de éste, abatido por la tristeza tras la pérdida de su hijo, cuando escribe: «Por mucho que conste que las almas son inmortales, será esto tal vez un argumento a descifrar por los filósofos, no un remedio para la ansiedad de unos padres».[13]

17

«Sigue a Dios»

> Gran colaboración te proporcionará el recuerdo de los dioses, y también que a ellos no les gusta ser adulados, sino que todos los seres racionales se les asemejen.[1]
>
> MARCO AURELIO

Ya hemos hablado varias veces sobre la religiosidad de Marco Aurelio. Como casi todos los hombres y las mujeres de su tiempo, cree en unas fuerzas superiores, en una cara invisible de la naturaleza, y adopta una actitud religiosa: participa en rituales colectivos para rendir culto a las divinidades. Esto es necesario, sobre todo, porque su papel de emperador lo convierte en garante de la unidad de la sociedad. Ahora bien, en todas las sociedades antiguas la religión es, ante todo, el cimiento del vínculo social. El emperador debe dar ejemplo de piedad y participar en las numerosas ceremonias religiosas públicas a lo largo de todo el año. La religión romana es más una ortopraxia que una ortodoxia: se trata de practicar unos rituales más que de creer en dogmas. Estos rituales ancestrales se supone que mantienen el orden social e incluso, a veces, cósmico. Por lo tanto, es un deber para todo ciudadano romano participar en ellos. Como emperador, Marco pertenece a todos los colegios de sacerdotes y lleva el título de Gran Pontífice, lo cual lo autoriza a decidir sobre cuestiones rituales

religiosas. Esto nunca fue ni una comedia ni una carga para él: desde la infancia, manifiesta una religiosidad profunda y sincera que perdurará una vez convertido en adulto. Su correspondencia con Frontón ofrece muchos ejemplos. Hacia los 25 años, con motivo del cumpleaños de su amigo, escribe: «Así y si, pues, todos los dioses que en cualquier parte del mundo hacen ver al momento y de forma manifiesta su fuerza a los hombres, que a través de los sueños, de los misterios, de la medicina o de los oráculos, ayudan siempre y muestran su poder, a cualquiera de estas divinidades invoco».[2] A lo largo de toda su vida, Marco no dejará de rendir culto a los numerosos dioses y diosas de su vasto imperio. Cuando se encuentra en Atenas, reza a Atenea; en Pérgamo, a Esculapio; en Alejandría, a Isis. En sus campañas militares, lo acompañan sacerdotes de diversas religiones, como un tal Arnufis, un sacerdote egipcio que sirve al dios Shu y al que algunos historiadores antiguos atribuyen el famoso milagro de la lluvia.

Pero honrar a los dioses, para Marco Aurelio, no es simplemente hacerles peticiones y pedirles favores, aunque a menudo es el caso, sobre todo antes de partir hacia la guerra. Para Marco Aurelio, se trata también de imitarlos para alcanzar la sabiduría. Su religiosidad se vive, pues, en varios niveles: el del culto exterior, que reviste una dimensión política, y el del culto interior, que es esencialmente espiritual. Por ejemplo, escribe: «Gran colaboración te proporcionará el recuerdo de los dioses, y también que a ellos no les gusta ser adulados, sino que todos los seres racionales se les asemejen».[3] En la misma línea del estoicismo, Marco considera, en efecto, que los dioses —o Dios (volveré más adelante sobre esta ambigüedad)— son perfectos y es conveniente imitarlos. La verdadera piedad consiste más en parecerse a ellos que en temerlos u honrarlos. Por eso, aparte del culto oficial de la ciudad, no les reza para pedirles

este o aquel favor, sino para que lo ayuden a actuar bien, a transformar su perspectiva, a discernir bien, a aceptar y a amar su destino.

Fiel a la doctrina de las tres disciplinas que acabamos de comentar, Marco Aurelio se niega, para su vida personal, a rezar a los dioses para que intervengan en los acontecimientos exteriores que no dependen de él, sino que más bien les pide que lo ayuden a ordenar su vida interior y a actuar según la Razón universal, es decir, a iluminarlo y fortalecerlo en lo que depende de él. Veamos un pasaje que resume bien este giro completo de la actitud religiosa tradicional, que consiste, a la inversa, en rogar a las fuerzas superiores que nos envíen acontecimientos felices y nos eviten las pruebas: «O nada pueden los dioses o tienen poder. Si efectivamente no tienen poder, ¿por qué suplicas? Y si lo tienen, ¿por qué no les pides precisamente que te concedan el no temer nada de eso, ni desear nada de eso, ni afligirte por ninguna de esas cosas, antes que pedirles que no sobrevenga o sobrevenga alguna de esas cosas? Porque, sin duda, si pueden colaborar con los hombres, también en eso pueden colaborar [...]. Éste les pide: "¿Cómo conseguiré acostarme con aquélla?". Tú: "¿Cómo dejar de desear acostarme con aquélla?". Otro: "¿Cómo me puedo librar de ese individuo?". Tú: "¿Cómo no desear librarme de él?". Otro: "¿Cómo no perder mi hijito?". Tú: "¿Cómo no sentir miedo de perderlo?". En suma, cambia tus súplicas en este sentido y observa los resultados».[4]

Aunque Marco Aurelio se ejercita en evitar pedir favores a los dioses que no sean el de que lo ayuden a «mantenerse recto», está convencido de que los dioses pueden decidir ayudarnos, incluso en cosas exteriores o materiales, iluminándonos, por ejemplo, a través de sueños u oráculos. Hemos visto que, al final del capítulo I de las

Meditaciones, Marco rinde homenaje a los dioses por todo lo que le han aportado y les da las gracias en especial por «haber recibido, a través de sueños, remedios, sobre todo para no escupir sangre y evitar los mareos, y lo de Gaeta, a modo de oráculo».[5] En otro pasaje de las *Meditaciones*, Marco Aurelio se exhorta a sí mismo a no guardar rencor a los hombres que lo odian o le quieren mal, recordándose que «son, por naturaleza, tus amigos» y que ellos también reciben la ayuda de los dioses: «E incluso los dioses les dan ayuda total, por medio de sueños, oráculos, para que, a pesar de todo, consigan aquellas cosas que motivan en ellos desavenencias».[6] Estos pasajes, además de que ilustran la creencia de Marco, entonces compartida por todos, según la cual los dioses hablan a través de los sueños, muestran que, para Marco, las fuerzas divinas pueden ayudarnos en cosas muy materiales, aunque sea conveniente no pedírselas. En el fondo, para él, la plegaria se reduce a querer lo que Dios quiere, a desear lo que desea, a amar lo que ama y a aceptar todo lo que la vida y el destino nos envían.

Al parecer, dedicaba mucho tiempo a la plegaria, a juzgar por un pasaje de las *Meditaciones* en el que afirma que puede pasarse tres horas rezando (sin duda, de noche): «En todo momento invoca a los dioses, al margen de cuánto tiempo vayas a hacerlo, porque incluso tres horas empleadas de esta manera son suficientes».[7] Pero, del mismo modo que Marco Aurelio es muy religioso, también condena a menudo lo que llama «la superstición», es decir, creencias o prácticas inspiradas en el miedo que los dioses o el destino pueden suscitar, como la interpretación de signos y presagios fuera de una autoridad reconocida de lo sagrado (los arúspices), o cualquier deseo de conocer el porvenir fuera de los sueños y los oráculos enviados por los propios dioses.

Al lado de estas creencias y rituales que comparte con todos, es evidente que la filosofía estoica proporciona a Marco un ámbito espiritual sólido y coherente al que se adhiere en profundidad: existe un *Logos* universal, que ordena y gobierna el mundo con justicia y bondad. Cada ser humano posee en su espíritu una parcela de este *Logos* divino y es lo que le permite, a su vez, ordenar su vida de manera justa y buena. Cuando evoca este *Logos*, Marco Aurelio habla más de «Dios», como el *Logos* personificado. Por lo tanto, se parece al Dios único de los monoteístas. No obstante, como ya he comentado, existe una diferencia esencial entre el estoicismo y el judeocristianismo. Al contrario que los monoteísmos, que son dualistas —aunque ha creado el mundo, Dios es radicalmente distinto de él—, el estoicismo profesa la unidad fundamental de todo lo que existe: materia, espíritu, naturaleza, seres vivos. Por lo tanto, se trata de una filosofía de tipo monista, como más tarde la de Spinoza, que se inspirará en ella: Dios es la Naturaleza. Por otra parte, aunque habla de una inteligencia creadora y ordenadora del mundo —lo cual la hace compatible con una concepción monoteísta —, el pensamiento estoico no es por ello incompatible con las creencias y los cultos politeístas del mundo antiguo. ¡Y con este punto es con el que la mayoría de los comentaristas modernos tropieza!

¿Cómo se puede creer en un Dios único y rendir culto a una multitud de dioses y diosas? Ése es precisamente el caso de Marco Aurelio, como el de la mayoría de los filósofos de la Antigüedad. Los pensamientos religiosos procedentes de la Biblia han hecho del monoteísmo la división fundamental en la organización del ámbito religioso y nosotros dependemos de ello en nuestros análisis. No es así para los griegos o los romanos, que pueden pasar de una

formulación monoteísta a una politeísta en el mismo texto, como hace Marco Aurelio a lo largo de las *Meditaciones*. Como explica el especialista en estoicismo Jean-Joël Duhot: «El Dios estoico no se deja encerrar en una definición unívoca y se expresa en todos los registros posibles, no sólo de la racionalidad física, biológica y psicológica, sino también social, religiosa y mitológica. Se sustrae, pues, a todos los juegos de oposición de nuestra lógica y de nuestras concepciones teológicas, que gustan de definiciones tajantes. Él es a la vez inmanente y trascendente, interior y exterior, personal e impersonal, o, si se prefiere, persona y fuerza. Una aposición así nos molesta porque no encaja en nuestros marcos intelectuales, pero para los estoicos ofrece el interés de que establece el vínculo entre física y teología: éstos quieren poder remitir toda cosa a una acción divina sin tener que renunciar por ello a comprender los modos de funcionamiento de la naturaleza. Abordan el universo con una actitud racional y religiosa a la vez».[8] Como persona, los estoicos consideran a Dios como un ser único y pueden rezarle a la manera de los fieles monoteístas. Como fuerza, consideran que se difunde por la naturaleza y adquiere mil formas que se pueden comparar con los dioses y diosas de la mitología. Por ejemplo, que Júpiter sea la manifestación de la fuerza divina, Venus de la belleza y la armonía o Marte de su fuerza guerrera expresan una faceta, una dimensión particular del Dios universal que lo ordena todo. Por lo tanto, en su mente, no existe ninguna oposición entre monoteísmo y politeísmo. En nuestros días, encontramos todavía religiones, como el hinduismo, que diluyen por completo esta separación entre monoteísmo y politeísmo. Los hindúes, por ejemplo, como los estoicos, creen en un Dios único, impersonal y organizador del mundo, del que no se puede decir nada: el Brahman. Pero creen que se manifiesta en el mundo de una multitud

de formas, los innumerables dioses y diosas a los que rinden culto —Shiva, Visnú, Ganesha, Kali, etc.—. Estos dioses y diosas expresan las diversas energías del Dios único; son distintas manifestaciones suyas en el mundo visible.

Una expresión aparece a menudo en la pluma de Marco Aurelio para calificar el principio rector de su alma: el *daimon*. Platón afirma en el *Timeo*, a propósito del alma racional (el principio rector de los estoicos), que «un dios ha otorgado a cada uno de nosotros un *daimon*».[9] El *daimon* significa también, para los griegos, el principio divino que está en nosotros, una especie de «genio» que Dios ha colocado en el ser humano para guiarlo, una voz interior, como afirmaba Sócrates a propósito de su propio *daimon*. Y se cuenta que Sócrates, a veces, se detenía largo tiempo, como sumido en un estado profundo, para escucharlo. Por lo tanto, en boca de los estoicos, el *daimon* (traducido aquí por 'genio') puede identificarse con el *logos* individual, una parcela divina presente en todo ser humano, sede de su alma racional, de su principio rector: «Y convive con los dioses aquel que constantemente les demuestra que su alma está satisfecha con la parte que le ha sido asignada, y hace todo cuanto quiere el genio divino, que, en calidad de protector y guía, fracción de sí mismo, asignó Zeus a cada uno. Y esta divinidad es la inteligencia y razón de cada uno».[10] Por eso, cuando Marco Aurelio habla de su *daimon*, lo presenta como su bien más preciado: «Pero si nada mejor aparece que la propia divinidad que en ti habita, que ha sometido a su dominio los instintos particulares, que vigila las ideas y que, como decía Sócrates, se ha desprendido de las pasiones sensuales, que se ha sometido a la autoridad de los dioses y que preferentemente se preocupa de los hombres; si encuentras todo lo demás más pequeño y vil, no cedas terreno a ninguna otra cosa».[11]

Lo que se observa a menudo en los numerosos pasajes de las *Meditaciones* en los que Marco Aurelio habla de espiritualidad es que, para él, ésta no es tanto una cuestión de creencia como de vivencia y experiencia. No «cree» en la existencia de los dioses; los contempla con la mirada interior del alma, los «vive», le hablan en sueños y a través de los signos. Por ejemplo, escribe al final de las *Meditaciones*: «A los que preguntan: "¿Dónde has visto a los dioses, o de dónde has llegado a la conclusión de que existen, para venerarlos así?". En primer lugar, son visibles a nuestros ojos. Y luego, tampoco yo he visto mi alma y, sin embargo, la honro; así también respecto a los dioses, por las mismas razones que compruebo su poder repetidas veces, por estas constato que existen y los respeto».[12] Esto me recuerda la diferencia entre Freud y Jung a propósito de la fe religiosa: mientras Freud la considera, ante todo, como una adhesión a una creencia (errónea), Jung le objeta que para numerosos fieles es, ante todo, el fruto de una experiencia interior: la de lo numinoso, lo sagrado que conmueve al alma y la lleva a adherirse a unas fuerzas invisibles. La fe es, pues, el fruto de una experiencia afectiva profunda, y no una adhesión fría a unos dogmas exteriores. Es exactamente lo que vive Marco Aurelio, que insiste con frecuencia en la dimensión afectiva que une a los seres humanos con lo divino: existe una afinidad entre los dioses y los humanos debido a que todos poseen el *logos*. Al final del primer capítulo de las *Meditaciones*, Marco rinde un emotivo homenaje a los dioses y les agradece todas las gracias que ha recibido de ellos, en especial: «El haberme representado claramente y en muchas ocasiones qué es la vida acorde con la naturaleza, de manera que, en la medida en que depende de los dioses, de sus comunicaciones, de sus socorros y de sus inspiraciones, nada impedía ya que viviera de acuerdo con la naturaleza, y si continúo todavía lejos de este

ideal, es culpa mía por no observar las sugerencias de los dioses y a duras penas sus enseñanzas».[13] En otro pasaje, un breve *logos* resume todo el programa de vida que Marco se ha fijado: «Ama al género humano. Sigue a Dios».[14]

18

La verdadera felicidad

En muy poco radica la vida feliz.[1]

MARCO AURELIO

Todas las escuelas de sabiduría de la Antigüedad proponen un camino que conduce a la felicidad. Este camino se identifica con la vida buena: llevar una vida según el bien. Llevar una vida buena y feliz consiste en actuar bien y seguir la propia naturaleza. Ahora bien, lo propio del ser humano, su naturaleza singular, es vivir según la parte divina de su alma, sea cual sea el nombre que se le dé: el *noos* o el *logos*. Por ejemplo, en su *Ética nicomáquea*, Aristóteles escribe: «Si, pues, la mente (*noos*) es divina respecto del hombre, también la vida según ella será divina respecto de la vida humana. Pero no hemos de seguir los consejos de algunos que dicen que, siendo hombres, debemos pensar sólo humanamente y, siendo mortales, ocuparnos sólo de las cosas mortales, sino que debemos, en la medida de lo posible, inmortalizarnos y hacer todo esfuerzo para vivir de acuerdo con lo más excelente que hay en nosotros; pues, aun cuando esta parte sea pequeña en volumen, sobrepasa a todas las otras en poder y dignidad. [...]. Ahora: lo que es propio de cada uno por naturaleza es lo mejor y lo más agradable para cada uno. Así, para el hombre, lo será la vida conforme a la mente, si, en

verdad, un hombre es primariamente su mente. Y esta vida será también la más feliz».[2]

Los estoicos muestran también que la acción buena, virtuosa, brota de nuestra naturaleza racional y que la mayor felicidad consiste en llevar una vida sabia según nuestro *logos,* el principio rector de nuestra alma: «Fruto de la sabiduría es un gozo siempre igual»,[3] escribe Séneca. La concepción de la felicidad que Marco Aurelio desarrolla en las *Meditaciones* se inscribe en la misma línea de esta tradición. Lejos de inducirnos a la tristeza o a la resignación, el dominio de uno mismo, la sabiduría, la virtud y la fidelidad a nuestro principio rector nos hacen felices y dichosos. Por eso, Marco Aurelio afirma: «La felicidad es un buen numen [*daimon*] o un buen espíritu familiar [*logos*]»;[4] o también: «Tranquilo a la vez que resuelto, alegre a la par que consistente, es el hombre que en todo sigue la razón».[5] Para ser feliz, se trata pues de vivir conforme a la propia naturaleza racional, la cual, para Marco Aurelio y los estoicos, nos invita a seguir el buen camino, es decir, a practicar las tres disciplinas del juicio, la acción y el deseo: «La dicha del hombre consiste en hacer lo que es propio del hombre [...]. Toda naturaleza está satisfecha consigo misma cuando sigue el buen camino. Y sigue el buen camino la naturaleza racional cuando en sus imaginaciones no da su asentimiento ni a lo falso ni a lo incierto y, en cambio, encauza sus instintos sólo a acciones útiles a la comunidad, cuando se dedica a desear y detestar aquellas cosas que dependen exclusivamente de nosotros, y abraza todo lo que le asigna la naturaleza común».[6] En suma, la felicidad de la que habla Marco Aurelio está muy alejada de la que persigue placeres sensibles o que sólo se relaciona con la posesión de bienes materiales. Aunque no los desprecia, Marco busca, desde su conversión filosófica en la adolescencia, una felicidad más profunda y más duradera que la que

aportan los placeres sensibles. De entrada, recuerda que el lujo, el renombre o la abundancia de bienes no son necesarios para la satisfacción de la existencia. Por ejemplo, escribe que «en muy poco radica la vida feliz».[7] Después, la felicidad de la que habla en las *Meditaciones* es el fruto de una disciplina filosófica, de un trabajo sobre uno mismo, de un discernimiento y una vigilancia constantes. A veces se manifiesta en forma de alegría, pero más a menudo se encarna en la sensación de serenidad y ausencia de trastornos (ataraxia) a la que aspiran los estoicos: «Ser igual que el promontorio contra el que sin interrupción se estrellan las olas. Éste se mantiene firme, y en torno a él se adormece la espuma del oleaje. "¡Desdichado de mí, porque me aconteció eso!" Pero no, al contrario: "Soy afortunado, porque, a causa de lo que me ha ocurrido, persisto hasta el fin sin aflicción, ni abrumado por el presente ni asustado por el futuro". [...] ¿Y por qué, entonces, va a ser eso un infortunio más que esto buena fortuna? ¿Acaso denominas, en suma, desgracia de un hombre a lo que no es desgracia de la naturaleza del hombre? ¿Y te parece aberración de la naturaleza humana lo que no va contra el designio de su propia naturaleza? ¿Por qué, pues? ¿Has aprendido tal designio? ¿Te impide este suceso ser justo, magnánimo, sensato, prudente, reflexivo, sincero, discreto, libre, etc., conjunto de virtudes con las cuales la naturaleza humana contiene lo que le es peculiar? Acuérdate, a partir de ahora, en todo suceso que te induzca a la aflicción, de utilizar este principio: no es eso un infortunio, sino una dicha soportarlo con dignidad».[8]

Otra fuente de felicidad para Marco Aurelio, aunque menos importante que la que proviene de la disciplina filosófica, es la

contemplación de la virtud en los demás. Ya hemos expuesto que había una dimensión estética en la filosofía de Marco Aurelio: es bello contemplar la virtud, porque resplandece. Un ser humano justo es bello, como lo es un hombre bueno o valeroso. Marco encuentra, pues, una cierta alegría en contemplar la virtud de los seres humanos, sobre todo teniendo en cuenta que es rara, como recuerda a menudo en las *Meditaciones*, a veces desengañado. Escribe también: «Siempre que quieras alegrarte, piensa en los méritos de los que viven contigo, por ejemplo, la energía en el trabajo de uno, la discreción de otro, la liberalidad de un tercero y cualquier otra cualidad de otro. Porque nada produce tanta satisfacción como los ejemplos de las virtudes, al manifestarse en el carácter de los que con nosotros viven y al ofrecerse agrupadas en la medida de lo posible. Por esta razón deben tenerse siempre a mano».[9]

Lo que se deduce de todas las definiciones y los ejemplos de la vida dichosa que propone Marco Aurelio es que la felicidad no depende principalmente de la suerte, de las cosas o los acontecimientos exteriores, como se piensa generalmente en nuestros días. La felicidad depende esencialmente de nosotros, de nuestras elecciones, de nuestras acciones, de nuestra disciplina de vida, de la mirada que dirigimos a la existencia y al mundo: «Pero ser afortunado consiste en haberte asignado un buen lote; y un buen lote son las buenas tendencias del alma, buenos impulsos, buenas acciones».[10] En suma, somos responsables de nuestra felicidad o de nuestra desdicha. Esta idea va por completo a contracorriente de ciertas concepciones contemporáneas de la felicidad, que ponen por delante la suerte, la genética, los acontecimientos exteriores y que señalan el carácter muy precario de la felicidad. Marco Aurelio y la tradición estoica nos dicen, por el

contrario, que es posible una felicidad profunda y duradera para cada ser humano y que no depende ni de nuestros genes ni de los acontecimientos indiferentes del destino (la salud, la belleza, la riqueza). Depende esencialmente de la forma de ver la vida, de nuestra libertad interior, que nos hará reaccionar de una u otra manera ante los acontecimientos exteriores que no podemos controlar, de nuestra voluntad de armonizar nuestra razón singular con la Razón universal. La felicidad está en nosotros y no fuera de nosotros, depende esencialmente de nosotros y no de las condiciones exteriores: éste es el *leitmotiv* de la sabiduría estoica, y Marco Aurelio no sólo figura entre sus principales portavoces, sino que también da testimonio de ello con su vida y sus escritos íntimos.

Epílogo

Magnitud y límites del estoicismo

> ¿Serás algún día, alma mía, buena, sencilla, única, desnuda, más patente que el cuerpo que te circunda?[1]
>
> MARCO AURELIO

«Próximo está tu olvido de todo, próximo también el olvido de todo respecto a ti», escribe Marco Aurelio en sus *Meditaciones*.[2] Sobre este último punto, seguramente se equivoca: ¡ningún emperador romano es, en nuestros días, tan popular! Su estatua ecuestre, que reina en la plaza del Capitolio de Roma, ha superado los milenios y hoy está representada en algunas de nuestras monedas de 50 céntimos, algo que no ocurre con ningún otro emperador romano. Pero, sobre todo, su memoria se mantiene gracias a la lectura de sus cuadernos íntimos, que no dejan de iluminar la vida de millones de lectores en el mundo entero. En efecto, esto él no podía preverlo, puesto que estos cuadernos no estaban destinados a ser publicados. Olvidado durante la Edad Media cristiana, Marco Aurelio se redescubrió en el Renacimiento gracias a la publicación de sus *Meditaciones*. Los filósofos de la Ilustración se adueñan de este pequeño texto y elogian la figura de este «príncipe filósofo» deísta y defensor de una moral fundada en la razón. Lo que llama también la atención es la similitud entre la ejemplaridad moral de Marco Aurelio y el ideal evangélico, así como el desconcertante parecido entre

ciertas máximas estoicas de las *Meditaciones* y las palabras de Jesús registradas en los Evangelios, sin que se pueda establecer una influencia directa entre unas y otras, aunque se desarrollan más o menos en la misma época, puesto que, recordémoslo, Epicteto es casi contemporáneo de Jesús. En ocasiones lo he señalado sucintamente, pero, en efecto, se podría establecer un paralelismo entre una buena veintena de *logoi* de las *Meditaciones* y algunos pasajes de los Evangelios. Ernest Renan, uno de los grandes intelectuales franceses del siglo XIX, compara a Jesús con Marco Aurelio y considera a este último como una especie de santo laico, con un pensamiento todavía más universal e intemporal que el de Cristo: «El libro de las *Meditaciones*, un verdadero Evangelio eterno, nunca envejecerá, porque no afirma ningún dogma [...]. La religión de Marco Aurelio, como lo fue a veces la de Jesús, es una religión absoluta, la que resulta del simple hecho de una elevada conciencia moral colocada frente al universo. No es ni de una raza ni de un país. Ninguna revolución, ningún progreso, ningún descubrimiento podrán cambiarla».[3] Este elogio puede parecernos hoy excesivo si consideramos los conocimientos que tenemos, tanto sobre el gobierno de Marco Aurelio, que no siempre fue humanista y ejemplar, como sobre su pensamiento, que está lejos de ser no dogmático, puesto que se basa en los *dogmata* de la escuela estoica, que no constituyen pruebas irrefutables. Sin embargo, la mayoría de sus máximas son, en efecto, intemporales y pueden, todavía en nuestros días, inspirarnos y ayudarnos a vivir. Esto es cierto del pensamiento estoico en general, que, más allá de sus fundamentos físicos y metafísicos, sin duda criticables, propone una sabiduría de vida práctica aún pertinente en la actualidad. Por supuesto, el estoicismo es uno de los sistemas filosóficos más importantes que se han concebido nunca, y no es por casualidad

que perduró durante cerca de mil años en la Antigüedad, ha inspirado a tantos pensadores modernos y sus máximas de vida regresan con fuerza en nuestras sociedades secularizadas.

Al mismo tiempo, no está exento de críticas, ni mucho menos. De Montaigne a Sartre, numerosos pensadores han expresado diversas reservas a propósito del estoicismo y las han recogido la mayoría de los filósofos franceses contemporáneos, como André Comte-Sponville, Michel Onfray o Luc Ferry: un ideal demasiado elevado que puede ser aplastante; una ética de la voluntad y de la aceptación a veces inhumana; un providencialismo que puede inhibir el deseo de transformar y mejorar el mundo; una filosofía que promueve el individualismo.

¿Se puede llegar a vivir con una ausencia de inquietudes (ataraxia, ecuanimidad), que es el ideal al que aspiran los estoicos? Los estoicos mismos lo reconocen: no existe ningún sabio, pero la sabiduría debe seguir siendo un objetivo al que aspirar con el fin de progresar. Comparto este sentimiento, a condición de que este ideal no nos aplaste. Puede transformarse rápidamente en culpabilidad, como también puede hacerlo el ideal de santidad en el cristianismo. Un ideal no debe convertirse en una exigencia, porque puede ser demasiado agobiante y mortífero para los individuos. Tender a la sabiduría —o, para los creyentes, hacia la santidad— no significa que tengamos que convertirnos imperativamente en sabios o santos lo antes posible. Se trata de una búsqueda de toda una vida que implica numerosas caídas y que será un horizonte sin duda nunca alcanzado. San Francisco de Sales decía que el «hombre viejo», es decir, el hombre pecador, «morirá cinco minutos después de nosotros». Un día, un maestro budista me dijo lo mismo a propósito

del ego. En otras palabras: sin duda, no alcanzaremos nunca el ideal que perseguimos. ¿Hay que renunciar por ello? En efecto, me he dado cuenta personalmente de que es posible aprender a controlar mejor las emociones, ser más altruista, evolucionar hacia una mayor paz interior y serenidad, puesto que no sirve de nada enojarse contra la vida cuando no se puede cambiar nada.

Pero, una vez más, se trata, por una parte, de ser paciente con uno mismo y, por otra, de haber hecho previamente todo lo posible para intentar mejorar las cosas o superar el obstáculo. Este último punto es esencial porque un estoicismo mal comprendido podría conducir a una forma de pasividad y de fatalismo, que consistiría en decir que todo lo que nos ocurre está bien y que no hay que hacer nada para mejorar las cosas. Los estoicos afirman, en cambio, que debemos hacer todo lo que esté en nuestro poder, primero para mejorarnos moralmente y, después, para obtener «indiferentes preferidos» si nos es posible (la salud, la riqueza, el reconocimiento social). Yo diría que, en nuestra época, invertimos el orden de las prioridades: nos parece indispensable para nuestro desarrollo gozar de buena salud, tener un mínimo de seguridad material y de reconocimiento social. En otras palabras, ¡los «indiferentes» de los estoicos no nos resultan del todo indiferentes! Pero ¿se equivocan cuando afirman que, a pesar de todos nuestros esfuerzos, si no podemos conseguir estos últimos —mi hijo está enfermo, pierdo mi empleo, soy víctima de calumnias—, es mejor intentar aceptar lo que no puedo cambiar que desarrollar un sentimiento de cólera o de resentimiento contra la vida?

La segunda gran crítica concierne a la voluntad. Como he explicado, la doctrina estoica convirtió el deseo en voluntad: ya no intento

adaptar el mundo a mis deseos, sino desear el orden del mundo que no puedo cambiar. Aprendo a desear y, por lo tanto, a querer lo que el destino quiere para mí o para mis allegados. Indiscutiblemente, esta concepción tiene algo de sobrehumano, incluso de inhumano. Por ejemplo, ¿cómo no desear que mi hijo enfermo de leucemia pueda curarse? ¿Cómo querer que muera si éste es su destino? Aunque sabemos muy bien que nuestras lágrimas y nuestros deseos no cambiarán en nada la fatalidad de su fallecimiento, no experimentarlos mostraría una falta de emoción y de sentimientos digna de un psicópata. Los estoicos responderían, como ya he comentado, que el apego a un ser querido permite llorarlo a la vez que se acepta su fallecimiento, que forma parte del orden natural de las cosas. Marco Aurelio se conmovió por la muerte de su preceptor, de sus hijos y de su mujer, y los lloró sin vergüenza. No obstante, repite a lo largo de las *Meditaciones* que hay que querer lo que el destino nos impone.

Esta aceptación de lo que es y que no se puede cambiar, este amor por el destino, ¿es posible sin recurrir a la creencia en una fuerza superior amorosa y en una providencia divina? Personalmente, no lo creo. Lo que comúnmente llamamos el «mal», todo lo que produce sufrimiento, tanto en el aspecto individual como en el colectivo, sólo puede suscitar reprobación e indignación. A menos que se crea que una fuerza superior y buena —que las religiones llaman «Dios»— lo permite y que sus motivos están más allá de nuestra comprensión humana. Y es precisamente en lo que creen los estoicos. Convencidos de que Dios es absolutamente bueno y que gobierna el mundo por su providencia, invitan a aceptar el destino con amor y humildad. Para ellos, el mal que aparece en nuestras vidas a través de los acontecimientos externos sólo es aparente: una comprensión más amplia del encadenamiento de

todas las causas y de todos los efectos nos mostraría que lo que consideramos un mal no lo es forzosamente y resulta necesario para la armonía del Todo. Esta visión es también la de todas las grandes religiones teístas del mundo: del hinduismo al zoroastrismo, pasando por el judaísmo, el cristianismo o el islam. *Inshá Alá* ('Si Dios quiere'), tienen costumbre de decir los musulmanes; la Biblia enseña que Dios lo ha dispuesto todo con sabiduría y misericordia y que es conveniente aprender a querer lo que Él quiere. Esta confianza y este abandono a la providencia divina recorre de principio a fin los Evangelios. Todos los místicos hablan de ello, hasta Etty Hillesum, que escribe en su diario íntimo, con acentos estoicos, poco tiempo antes de ser deportada y morir en Auschwitz: «Si vives en tu interior, la diferencia entre dentro y fuera de los muros de un campo de trabajo tal vez no sea tan grande [...]. Ya he muerto mil veces en mil campos de concentración. Lo sé absolutamente todo y las nuevas noticias tampoco me intranquilizan ya. De una manera u otra, soy consciente de ello. Y aun así la vida me parece hermosa y llena de sentido [...]. Se trata siempre de la idea, no de la realidad».[4] En un contexto menos trágico, Epicteto y Marco Aurelio dicen lo mismo, porque están íntimamente convencidos de que un Dios bueno dispone todas las cosas y de que es posible mantener la serenidad ocurra lo que ocurra. Estoy convencido de que sólo lo pudieron conseguir (como Etty Hillesum o los mártires cristianos) gracias a esta fe amorosa, pues, sin ella, es inaccesible.

Tocamos aquí un aspecto psicológico esencial que señala Spinoza en su *Ética*: la razón y la voluntad son insuficientes para permitirnos abandonar una adicción o una gran aflicción; para ello es necesario movilizar un afecto superior al afecto contra el que se quiere luchar. En efecto, Spinoza señala muy acertadamente que «el deseo es la esencia del hombre» y que los afectos son el motor de nuestra vida.

Para superar una gran dificultad, una gran pena, necesitamos movilizar un afecto muy potente: el amor. El amor de Jesús por su Padre es lo que le permite aceptar su voluntad e ir al suplicio de la cruz cuando confía a sus discípulos: «Mi alma está muy triste, hasta la muerte». Es su amor incondicional por la vida, una vida llena de sentido, lo que permite a Etty Hillesum aceptar la deportación. Y también es el amor a un Dios bueno y que da sentido a todas las cosas lo que permite a Marco Aurelio superar las numerosas pruebas de su vida, intentando mantener la serenidad e incluso encontrar la alegría. Creo que lo trágico de la existencia sólo puede superarse con una fe profunda: en Dios, en la vida, en la bondad del universo..., a pesar de todo.

Se me objetará que, si esto es lo que permite a los estoicos poner en práctica su filosofía, no se trata de una filosofía, sino que se parece más a una religión. Ahí está toda la complejidad del estoicismo, que es una filosofía religiosa sin por ello ser una religión revelada. Los monoteísmos se basan en la revelación de Dios a los profetas, mientras que el estoicismo se basa en la razón que descubre, por sí sola, la existencia de un orden y una armonía en el cosmos y postula la existencia de una Razón universal que lo ordena todo con bondad. Yo añadiría a esto la experiencia interior de los filósofos estoicos, que afirman que experimentan lo divino en estados modificados de conciencia, como los sueños. Dado que se basa en la razón y la experiencia, el estoicismo es, sin duda, una corriente filosófica, y sólo lo negarán los filósofos que son, ante todo, ateos militantes. Pero es una corriente filosófica que integra la dimensión espiritual y de religiosidad del ser humano, de ahí, a veces, su similitud profunda con las grandes corrientes religiosas. Por eso podemos calificar el estoicismo de religión laica o de filosofía religiosa, entendiendo la palabra *religiosa* no como una revelación

sobrenatural, sino como algo que tiene relación con el aspecto invisible y misterioso de la naturaleza, que la inteligencia puede descubrir y el alma, sentir.

La tercera gran crítica al estoicismo concierne a la acción sobre el mundo. En efecto, se le puede reprochar que desarrolle una actitud fatalista que no intenta mejorar el mundo (puesto que es perfecto tal cual es), sino solamente la moral y la vida interior de los individuos. Esta crítica me parece a la vez verdadera y exagerada. Verdadera porque, de hecho, los estoicos consideran que es más importante cambiarse uno mismo que cambiar el orden del mundo. Como hemos visto a propósito de Marco Aurelio, gobernó el Imperio con un escrupuloso respeto por las tradiciones romanas. ¡Cuánto les habría gustado a nuestra sensibilidad y nuestros valores contemporáneos que aboliera la esclavitud y pusiera fin al patriarcado! Y podemos lamentarlo, sobre todo, porque el estoicismo enseña la igualdad ontológica de todos los seres humanos. Está claro que el providencialismo estoico no incitó a sus adeptos a cambiar el mundo. Para ello, habrá que esperar a la época moderna y al nacimiento conjunto de las ideas de progreso y de autonomía del sujeto, en el siglo XVII, que conducirá a la revolución de los derechos humanos. Aunque no fueron agentes del cambio, los estoicos, en nombre de su ética de benevolencia, criticaron a los tiranos y su crueldad, lo que les valió, en especial, ser expulsados de Roma por Vespasiano. Hemos visto también que Marco Aurelio, aunque no revolucionó la sociedad romana, intentó aportar, aquí y allá, algunas reformas que pretendían humanizarla más. A nuestros ojos, es muy insuficiente —lo admito de buen grado—, pero siempre es fácil juzgar los actos históricos dos mil años después y con unos valores que ya no son los mismos.

La última gran crítica a la doctrina estoica, que se observa a veces en ciertos intelectuales contemporáneos, es que favorecería el individualismo y el repliegue en uno mismo. De la misma manera que suscribo en gran parte las anteriores críticas, ésta me parece totalmente absurda. Como hemos visto a lo largo del análisis de las *Meditaciones* de Marco Aurelio, el trabajo interior por el que abogan los estoicos no les impide en absoluto preocuparse por los demás; al contrario. Marco recuerda sin cesar que sólo se preocupa por el bien común y que la preocupación por sí mismo sin la preocupación por los demás y por el bien común es vana: «Lo que no beneficia al enjambre tampoco beneficia a la abeja».[5] Como Séneca señala, la escuela de sabiduría del Pórtico insiste, más que todas las demás —en Grecia y en Roma—, en el altruismo: «Ninguna escuela tiene más bondad y más dulzura, ninguna tiene más amor por los hombres, más atención al bien común. El final que nos asigna es ser útiles, ayudar a los demás y preocuparse, no sólo de uno mismo, sino de todos en general y de cada uno en particular».[6] Por lo tanto, es un completo contrasentido ver en el estoicismo una filosofía egoísta que promueve el individualismo. Cuando Michel Foucault quiso elaborar una historia del cuidado de uno mismo y del proceso de subjetivación, cometió el mismo error, pero esta vez queriendo valorizar el pensamiento estoico y mostrando que había sido, sobre todo gracias a los escritos de Marco Aurelio, un hito esencial en la construcción del yo moderno, del individuo autónomo. Esta interpretación le valió las críticas de Pierre Hadot y, más tarde, de Pierre Vesperini (¡por una vez, de acuerdo con él!), que recuerdan con toda la razón que, en Marco Aurelio, como en todos los pensadores estoicos, el yo individual no puede separarse de su inserción en la sociedad. Como escribe Pierre Vesperini: «Pero los

antiguos, cuando disertaban sobre la ética, no distinguían entre dos formas del yo. Cuidar de uno mismo era cuidar de un yo que nunca escapa a la mirada social y que no pretende en absoluto escapar».[7]

Si bien algunas de estas críticas están justificadas, no deja de ser cierto que el pensamiento estoico nos recuerda ciertas verdades saludables, auténticos antídotos frente a ciertas ideologías mortíferas de nuestras sociedades contemporáneas: todo en nuestro mundo es interdependiente; se puede ser feliz con pocas cosas; la libertad es, ante todo, interior; los juicios que nos formamos sobre las cosas son los que nos suelen hacer felices o desgraciados; tenemos que aprender a acompañar el movimiento permanente de la vida en lugar de resistirnos a él; centremos la atención en el instante presente; el amor y el perdón valen más que el odio y el resentimiento; la preocupación por la felicidad individual siempre debe estar unida a la preocupación por el bien común. No todos estos preceptos son propios del pensamiento estoico. Ya hemos establecido su similitud con ciertos pasajes de los Evangelios y también podríamos, como ha hecho el investigador Serge-Christophe Kolm en una tesis monumental, establecer un paralelismo sorprendente entre el budismo y el estoicismo.[8] En el fondo, como recuerda Marco Aurelio a propósito de la doctrina epicúrea, aunque no tiene el mismo fundamento físico que la doctrina estoica, propone una ética de vida bastante similar a la del Pórtico, por el simple hecho de que todos los seres humanos poseen la misma *razón* y a menudo llegan a las mismas conclusiones prácticas. Es lo que podríamos llamar «las claves universales de la sabiduría», de las que el estoicismo nos proporciona numerosos ejemplos con sus máximas y sus sentencias contundentes.

Me gustaría concluir esta obra volviendo unos instantes a la persona de Marco Aurelio. Conocerlo me ha emocionado. Hay autores cuyo pensamiento admiro pero hacia los que no siento ninguna simpatía particular. No ocurre así con Marco Aurelio. Aunque, una vez más, sólo puedo lamentar la manera conservadora en que gobernó el Imperio o la persecución que emprendió contra los cristianos, me han conmovido su sinceridad, su desinterés, su deseo profundo de comprender a los demás y de convertirse en el mejor ser humano posible. Es muy sorprendente, sobre todo porque estuvo sometido a duras pruebas, tanto en su salud y su vida íntima como en su misión política, en unos tiempos especialmente convulsos. Como escribe su primer biógrafo, Dion Casio: «No tuvo la suerte que hubiera merecido, sino que se encontró confrontado durante todo su reinado con una multitud de desgracias. Razón por la cual lo admiro más que a ningún otro».[9] Esto lo acerca mucho más a nosotros y da a sus máximas un sabor de experiencia y autenticidad que las hace todavía más potentes.

Terminaré dándole por última vez la palabra valiéndome de este pasaje escrito hacia el final de su vida, donde se percibe con claridad el ardor de su alma por tender al bien y a la realización de su ser mediante la aceptación plena y completa de su destino: «¿Serás algún día, alma mía, buena, sencilla, única, desnuda, más patente que el cuerpo que te circunda? ¿Probarás algún día la disposición que te incita a amar y querer? ¿Serás algún día colmada, te hallarás sin necesidades, sin echar nada de menos, sin ambicionar nada, ni animado ni manipulado, para disfrute de tus placeres, sin desear siquiera un plazo de tiempo en el transcurso del cual prolongues tu diversión, ni tampoco un lugar, una región, un aire más apacible, ni

una buena armonía entre los hombres? ¿Te conformarás con tu presente disposición, estarás satisfecha con todas tus circunstancias presentes, te convencerás a ti misma de que todo te va bien y te sobreviene enviado por los dioses, y asimismo, de que te será favorable todo cuanto a ellos les es grato y cuanto tienen intención de conceder para salvaguardar al ser perfecto, bueno, justo y bello, que todo lo genera, que contiene, circunda y abarca todo lo que, una vez disuelto, generará otras cosas semejantes? ¿Serás tú algún día tal que puedas convivir como ciudadano, con los dioses y con los hombres, hasta el extremo de no hacerles ninguna censura ni ser condenado por ellos?».[10]

Post scriptum

Convencido de que nunca ha sido tan necesario aprender a discernir y a pensar bien para vivir mejor y ser útil a los demás, desde hace muchos años intento responder a la petición de Diderot: «Apresurémonos a hacer popular la filosofía». Lo hago principalmente escribiendo obras para el gran público e impartiendo conferencias por todo el mundo. También participé en la creación de la asociación SEVE en 2016 (con el apoyo de la Fondation de France y autorizada por el Ministerio de Educación Nacional francés), que ha formado a miles de adultos en la animación de talleres de filosofía con los niños en las escuelas. A pesar de ello, recibo cada vez más peticiones de numerosos lectores, de todas las edades y de todos los medios, que desean seguir cursos de filosofía accesibles al mayor número posible de personas.

He tenido que esperar a la redacción de esta obra para sentir el deseo y el impulso de lanzarme a esta nueva aventura: la creación de una escuela de filosofía destinada a todos, que insiste especialmente en la filosofía como arte de vivir, según la definición que dan las escuelas de sabiduría de la Antigüedad. Además, tengo el placer de anunciar la creación de «La Maison des Sagesses», en la que participarán numerosas personas con reconocidas cualidades pedagógicas. Asociará cursos en línea y seminarios presenciales en un bonito lugar en plena naturaleza, propicio para la reflexión y la introspección.

¡Será un placer acogerles para filosofar juntos, como Marco Aurelio!

www.lamaisondessagesses.com
Facebook e Instagram:
@lamaisondessagesses

Agradecimientos

Sofía —Sophie en francés, *sophia* en griego— significa 'sabiduría'. Y, sin duda, no es casualidad que dos Sophie me hayan inspirado, en el curso de gratas conversaciones, en la escritura de este libro sobre Marco Aurelio y la sabiduría estoica. ¡Así que mi más efusivo agradecimiento a mi amiga filósofa Sophie Chassat y a mi editora, Sophie de Closets! Gracias también a esta última por la revisión atenta del manuscrito, así como a mi amigo André Comte-Sponville por sus pertinentes observaciones.

Bibliografía selecta de Fréderic Lenoir

Ensayos y documentos

La odisea de lo sagrado, Deusto, Barcelona, 2024.
Filosofía del deseo, Ariel, Barcelona, 2024.
Jung, un viaje hacia sí mismo, Obelisco, Barcelona, 2023.
Les Chemins du sacré, Éditions de l'Observatoire, Francia, 2020.
D'un monde à l'autre, avec N. Hulot, Fayard, Francia, 2020.
Vivre! dans un monde imprévisible, Fayard, Francia, 2020.
Méditer à cœur ouvert, Éditions Nil, Francia, 2018.
La Sagesse expliquée à ceux qui la cherchent, Seuil, Francia, 2018.
El milagro Spinoza, Ariel, Barcelona, 2019.
Carta abierta a los animales, Ariel, Barcelona, 2018.
Philosopher et méditer avec les enfants, Albin Michel, Francia, 2016.
El poder de la alegría, Plataforma, Barcelona, 2016.
Sobre la felicidad: un viaje filosófico, Ariel, Barcelona, 2014.
La Guérison du monde, Fayard, Francia, 2012.
Breve tratado de la vida interior, Kairós, Barcelona, 2011.
Sócrates, Jesús, Buda, PPC, Boadilla del Monte, Madrid, 2013.
El Cristo filósofo, Ariel, Barcelona, 2010.

Novelas

Juste après la fin du monde, Éditions Nil, Francia, 2021.
La Consolation de l'ange, Albin Michel, Francia, 2019.
El alma del mundo, Ariel, Barcelona, 2013.
La Parole perdue, avec V. Cabesos, Albin Michel, Francia, 2011.

El oráculo de la luna, Grijalbo, Barcelona, 2009.
La promesa del ángel, con V. Cabesos, Grijalbo, Barcelona, 2005.
El secreto, Obelisco, Barcelona, 2003.

Notas

1. *Meditaciones*, IV, 23, p. 89. Salvo mención contraria, todas las citas de las *Meditaciones* proceden de la traducción de Ramón Bach Pellicer, Gredos, Barcelona, 2019.

Prólogo. El sueño de Marco Aurelio

1. *Meditaciones*, *op. cit*., VII, 59, p. 143.
2. Ernest Renan, *Marc Aurèle ou la fin du monde antique*, Alicia Éditions, Francia, 2019, p. 1.
3. *Meditaciones*, *op. cit*., IV, 33, p. 92.
4. *Historia Augusta*, Cátedra, Madrid, 2022, p. 120.
5. Platón, *La República*, V, XVIII, Alianza, Madrid, 2015, pp. 376-377.
6. *Historia Augusta*, *op. cit*., p. 139.
7. Pierre Grimal, *Marc Aurèle*, Fayard, Francia, 1991, p. 373.
8. *Historia Augusta*, *op. cit*., p. 116.
9. Aurelio Víctor, *Libro de los césares*, Gredos, Barcelona, 2008, p. 209.
10. Eutropio, *Breviario*, Gredos, Barcelona, 2008, p. 118.
11. Pierre Hadot, *La ciudadela interior. Introducción a las Meditaciones de Marco Aurelio*, Alpha Decay, Barcelona, 1992, p. 494.
12. Friedrich Nietzsche, *Humano, demasiado humano*, II, 168, Akal, Tres Cantos (Madrid), 2007, p. 55.

Capítulo 1. La infancia de un noble patricio

1. *Meditaciones*, *op. cit*., I, 17, p. 58.
2. Ibídem, I, 3, pp. 49-50.
3. Ibídem, I, 2, p. 49.
4. Ibídem, I, 1, p. 49.

5. Citado por Benoît Rossignol, *Marc Aurèle*, Perrin, Francia, 2020, p. 49.
6. *Historia Augusta*, *op. cit.*, p. 118.
7. *Meditaciones*, *op. cit.*, I, 6, pp. 50-51.

Capítulo 2. Emperador a su pesar

1. *Meditaciones*, *op. cit.*, VI, 30, p. 122.
2. *Historia Augusta, op. cit.*, p. 120.
3. *Meditaciones*, *op. cit.*, I, 17, p. 59.
4. Benoît Rossignol, *op. cit.*, p. 71.
5. Todas estas citas se han extraído de las *Meditaciones*, *op. cit.*, I, 16, pp. 55-58.
6. Frontón, *Epistolario,* Gredos, Madrid, 1992, p. 49.
7. Ibídem, p. 152.
8. *Meditaciones*, *op. cit.*, I, 17, p. 59.
9. Ibídem, I, 11, p. 53.
10. *Historia Augusta*, *op. cit.*, p. 130.
11. Ibídem, p. 119.
12. *Meditaciones*, *op. cit.*, I, 17, pp. 59-60.
13. Citado por Pierre Grimal, *op. cit.*, p. 285.
14. *Meditaciones*, *op. cit.*, V, 1, p. 99.

Capítulo 3. Una conversión filosófica

1. Ibídem, II, 17, p. 68.
2. Citado por Pierre Hadot, *op. cit.*, p. 62.
3. Frontón *Epistolario, op cit.*, pp. 171-172.
4. *Historia Augusta*, *op. cit.*, p. 118.
5. *Meditaciones*, *op. cit.*, I, 7, p. 51.
6. Ibídem, p. 52.
7. Ibídem, p. 52.
8. Ibídem, p. 53.
9. Ibídem, pp. 54-55.
10. Ibídem, p. 54.
11. Pierre Vesperini, *Droiture et mélancolie, Sur les écrits de Marc Aurèle*, Verdier, Francia, 2016, pp. 25-27 y 29.

12. *Historia Augusta*, *op. cit*., pp. 116 y 118.
13. Eutropio, *Breviario*, *op. cit*., p. 118.
14. Dion Casio, *Historia romana*, LXXI, 3.
15. *Meditaciones*, *op. cit*., II, 17, p. 68.
16. Pierre Hadot, *op. cit.,* pp. 37, 39 y 38.
17. *Meditaciones*, *op. cit*., VIII, 1, p. 147.
18. Plutarco, *Si la política es asunto de los ancianos*, 26, 796 d, citado por Pierre Hadot en *¿Qué es la filosofía antigua?*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998, p. 51.
19. *Meditaciones*, *op. cit*., X, 16, p. 186.

Capítulo 4. El estoicismo: una escuela de sabiduría

1. *Meditaciones*, *op. cit*., VII, 69, p. 146.
2. Sobre esta cuestión, véase Platón: *Apología de Sócrates* y *El banquete*.
3. Aristóteles, *Ética nicomáquea*, VII, 3, 1145 b, p. 185, Gredos, Barcelona, 2010.
4. André-Jean Festugière, *La Révélation d'Hermès Trismégiste*, tomo II, Les Belles Lettres, Francia, 1949, p. 269.
5. Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, carta I, Gredos, Madrid, 1986, pp. 95-96.
6. Citado por Pierre Hadot, *La ciudadela interior. Introducción a las Meditaciones de Marco Aurelio*, *op. cit*., p. 130.
7. Epicteto, *Manual de vida*, 10, Taurus, Barcelona, 2023, p. 16.

Capítulo 5. Lucio y la guerra de Oriente

1. *Meditaciones*, *op. cit*., I, 17, p. 58.
2. Ibídem, VIII, 3, p. 148.
3. Frontón, *Epistolario, op cit*., p. 193.
4. *Historia Augusta*, *op. cit*., p. 145.
5. Eutropio, *Breviario*, *op. cit*., p. 118.
6. Frontón, *Epistolario, op. cit.*, p. 357.

Capítulo 6. Conservar y gobernar

1. *Meditaciones*, *op. cit*., VI, 7, p. 116.

2. Dion Casio, *op. cit.*, LXXI, 6.
3. Benoît Rossignol, *op. cit.*, p. 252.
4. *Meditaciones*, *op. cit.*, I, 14, p. 54.
5. *Historia Augusta*, *op. cit.*, p. 135.
6. Ibídem, pp. 126-127.
7. Pierre Vesperini, *op. cit*, pp. 168-169.
8. Benoît Rossignol, *op. cit.*, pp. 233-235.
9. Dion Casio, *op. cit.*, LXXI, 34.

Capítulo 7. La traición de Casio

1. *Meditaciones*, *op. cit.*, VII, 22, p. 135.
2. Jámblico, *Sobre los misterios egipcios*, 5, 6, Gredos, Madrid, 1997.
3. *Meditaciones*, *op. cit.*, VII, 9, p. 133.
4. Ibídem, I, 17, p. 58.
5. Dion Casio, *op. cit.*, LXXI, 6.
6. *Meditaciones*, *op. cit.*, II, 3, p. 62.
7. Dion Casio, *op. cit.*, LXXI, 26.
8. *Meditaciones*, *op. cit.*, VII, 22, p. 135.
9. Aurelio Víctor, *Libro de los césares*, *op. cit.*, p. 208.
10. *Historia Augusta*, *op. cit.*, pp. 132-133.
11. Dion Casio, *op. cit.*, LXXI, 22 y 29.
12. *Meditaciones*, *op. cit.*, I, 17, p. 59.

Capítulo 8. Inflexible frente a los cristianos

1. *Meditaciones*, *op. cit.*, XI, 3, p. 196.
2. Citado en Wikipedia, *Histoire des juifs dans l'Empire romain*.
3. Amiano Marcelino, *Res gestae*, XXII, 5, 5. Citado por Pierre Grimal, *op. cit.*, p. 119.
4. *Meditaciones*, *op. cit.*, XI, 3, p. 196.
5. Flavio Josefo, *Autobiografía*, Gredos, Madrid, 1994, II, 12, p. 101.
6. Mireille Hadas-Lebel, Philon, *De providentia*, Le Cerf, Francia,1973, p. 116.
7. Jean-Joël Duhot, *Epicteto y la sabiduría estoica*, Olañeta, Palma de Mallorca, 2003, p. 175.
8. San Agustín, Carta CLXXXV, año 415.

Capítulo 9. Un final de vida doloroso

1. *Meditaciones*, *op. cit.*, IX, 3, p. 166.
2. *Historia Augusta*, *op. cit.*, p. 139-140.
3. *Meditaciones*, *op. cit.*, IX, 3, pp. 165-166.
4. *Historia Augusta*, *op. cit.*, p. 132.
5. Dion Casio, *op. cit.*, 71, 36.

Capítulo 10. El texto de las ***Meditaciones***

1. *Meditaciones*, *op. cit.*, IV, 3, p. 84.
2. Citado por Pierre Hadot, *op. cit.*, p. 111.
3. Ibídem, p. 113.
4. *Meditaciones*, *op. cit.*, II, 11, p. 65.
5. Ibídem, VIII, 9, p. 149.
6. Ibídem, V, 9, pp. 103-104.
7. Pierre Hadot, *La ciudadela interior. Introducción a las Meditaciones de Marco Aurelio*, *op. cit.*, p. 91.
8. *Meditaciones*, *op. cit.*, IX, 20, p. 169.
9. Ibídem, VI, 54, p. 129.
10. Ibídem, IV, 3, pp. 83-84.
11. Ibídem, VI, 30, p. 122.
12. Ibídem, V, 5, p. 101.
13. Ibídem, VII, 1, p. 131.
14. Ibídem, IX, 42, p. 176.
15. Ibídem, IV, 26, p. 90.
16. Ibídem, I, 7, p. 51. 32.
17. Citado y traducido al francés por Pierre Hadot, *op. cit.*, p. 91.
18. *Meditaciones, op. cit.*, VIII, 28, p. 153.

Capítulo 11. Vivir en filosofía

1. Ibídem, VII, 12, p. 133.
2. Ibídem, II, 17, p. 68.
3. Ibídem, IV, 23, p. 89.
4. Ibídem, VI, 30, p. 122.

5. Ibídem, VIII, 1., p. 147.
6. Ibídem, VII, 12, p. 133.
7. Ibídem, III, 5, p. 75.
8. Ibídem, VI, 21, p. 120.
9. Ibídem, VIII, 16, p. 151.
10. Ibídem, VI, 11, p. 116.
11. Ibídem, IX, 29, p. 172.
12. Ibídem, VIII, 33, p. 154.
13. Ibídem, XI, 18, p. 203.
14. Ibídem, XII, 15, p. 213. Véase también III, 6, p. 75.
15. Pierre Vesperini, *op. cit.*, pp. 74-75.
16. *Meditaciones*, *op. cit.*, VII, 31, p. 137.
17. Ibídem, VII, 15, p. 134.
18. Ibídem, XI, 16, p. 200.
19. Ibídem, XI, 15, p. 200.
20. Aulio Gelio, I, 9, 9, citado por Pierre Vesperini, *op. cit.*, p. 75.

Capítulo 12. Ama tu destino

1. *Meditaciones*, *op. cit.*, VII, 57, p. 142.
2. Ibídem, IV, 40, p. 94.
3. Ibídem, VI, 38, p. 124.
4. Ibídem, IX, 1, p. 163.
5. Ibídem, X, 5, p. 180.
6. Ibídem, VII, 14, p. 134.
7. Ibídem, V, 18, p. 107.
8. Ibídem, IX, 31, p. 172.
9. Ibídem, IV, 26, p. 90.
10. Ibídem, X, 35, pp. 191-192.
11. Ibídem, VI, 41, p. 125.
12. Ibídem, II, 3, p. 62.
13. Ibídem, V, 8, p. 103.
14. Epicteto, *Disertaciones*, II, 17, 22, Gredos, Madrid, 1993.
15. Nietzsche, *Ecce homo*, Alianza, Madrid, 2005, p. 61.
16. *Meditaciones*, *op. cit.*, VII, 57, p. 142.
17. Ibídem, IV, 44 y XII, 13, pp. 94 y 213.

18. Frédéric Lenoir, *Filosofía del deseo*, Ariel, Barcelona, 2024.
19. *Meditaciones*, *op. cit.*, IV, 23, p. 89.
20. Ibídem, VI, 44, p. 126.
21. Ibídem, IX, 28 y XII, 14, pp. 171 y 213.
22. Immanuel Kant, *La metafísica de las costumbres*, Tecnos, Madrid, 2008, p. 33.

Capítulo 13. La ciudadela interior

1. *Meditaciones*, *op. cit.*, IX, 13, p. 168.
2. Ibídem, IX, 16 y 17, pp. 168-169.
3. Ibídem, XI, 16, p. 200.
4. Ibídem, VIII, 49, p. 159.
5. Ibídem, XI, 18, p. 202.
6. Ibídem, IV, 3, p. 85.
7. Ibídem, VIII, 48, pp. 158-159.
8. Ibídem, IV, 1, p. 83.
9. Ibídem, II, 11, p. 65.
10. Ibídem, XII, 4, p. 211.
11. Ibídem, IV, 20, p. 88.
12. Ibídem, IV, 3, p. 84.
13. Ibídem, IV, 11, p. 86.
14. Ibídem, IV, 26, p. 90. 63.
15. Ibídem, VII, 22, pp. 135-136.
16. Ibídem, XII, 22, p. 214.

Capítulo 14. Ciudadanos del mundo

1. *Meditaciones*, *op. cit.*, X, 16, p. 186.
2. Ibídem, XII, 26, p. 216.
3. Ibídem, VIII, 59, p. 162.
4. Ibídem, IV, 4, p. 85.
5. Ibídem, VI, 23, p. 121.
6. Ibídem, IV, 33, p. 92.
7. Ibídem, IX, 31, p. 172.
8. Ibídem, VII, 29, p. 137.

9. Ibídem, IV, 22. Tomo prestada la versión más precisa de Pierre Hadot, *op. cit.*, p. 307.
10. Ibídem, II, 5, p. 63.
11. Ibídem, VII, 65, p. 144.
12. Ibídem, V, 31, p. 111.
13. Ibídem, X, 30, p. 188.
14. Ibídem, XI, 18, pp. 202-203.
15. Ibídem, VII, 73, p. 146.
16. Ibídem, V, 6, pp. 101-102.
17. Ibídem, XI, 1, p. 195.
18. Ibídem, IV, 12, p. 86.
19. Ibídem, XI, 18, p. 201.
20. Ibídem, VI, 7, p. 116.

Capítulo 15. Ejercicios espirituales

1. *Meditaciones*, *op. cit*., VII, 69, p. 146.
2. Ibídem, IV, 3, p. 84.
3. Ibídem, XII, 7, p. 212.
4. Ibídem, VII, 6, p. 132.
5. Ibídem, IV, 32, p. 91.
6. Ibídem, IX, 37, p. 174.
7. Ibídem, IX, 28, p. 171.
8. Ibídem, III, 11, p. 78.
9. Ibídem, VI, 13, p. 117.
10. Ibídem, II, 2, pp. 61-62.
11. Ibídem, VI, 13, p. 117.
12. Epicteto, *Disertaciones*, *op. cit,* III, 10, 6, p. 293.
13. *Meditaciones*, *op. cit*., VII, 61, p. 143.
14. Michel Foucault*, La hermenéutica del sujeto*, La Piqueta, Madrid, 1994, p. 95.
15. Séneca, *Epístolas morales a Lucilio, op cit*., carta 24, pp. 195-196.
16. *Meditaciones*, *op. cit*., II, 1, p. 61.
17. Cicerón, *Sobre el desprecio de la muerte.* Guillermo Escolar, Madrid, 2019. Montaigne, *Ensayos*, I, 20, Cátedra, Madrid, 2001, p. 125.
18. *Meditaciones*, *op. cit*., VII, 29, p. 137.

19. Ibídem, VIII, 29, p. 153.
20. Xavier Pavie, *L'Imagination comme mode de vie*, PUF, Francia, 2023, p. 306.
21. *Meditaciones*, *op. cit.*, III, 13, p. 79.
22. Ibídem, IV, 3, p. 84.
23. Ibídem, X, 34, p. 191.
24. Ibídem, VIII, 22, p. 152.
25. Ibídem, VIII, 36, pp. 155-156.
26. Ibídem, VII, 69, p. 146.
27. Ibídem, VII, 4, p. 132.
28. Porfirio, *Vida de Pitágoras*, 40, Gredos, Madrid, 1987.
29. *Meditaciones*, *op. cit.*, IV, 2, p. 83.

Capítulo 16. No temer a la muerte

1. *Meditaciones*, *op. cit.*, III, 3, p. 73.
2. Ibídem, VII, 19, p. 135.
3. Ibídem, XII, 21, p. 214.
4. Ibídem, IX, 3, p. 165.
5. André Comte-Sponville, *L'opportunité de vivre*, PUF, Francia, 2025, capítulo I, «L'opportunité de mourir».
6. Séneca, *Epístolas morales a Lucilio, op. cit.*, carta 70, p. 400.
7. *Meditaciones*, *op. cit.*, X, 32, p. 189.
8. Ibídem, IV, 48, p. 96.
9. Ibídem, XII, 36, pp. 218-219.
10. I, Eleusis, 502, citado por Benoît Rossignol, *op. cit.*, p. 442.
11. *Meditaciones*, *op. cit.*, IX, 39, p. 174.
12. Ibídem, IV, 21, pp. 88-89.
13. Frontón, *Epistolario, op. cit.*, p. 353.

Capítulo 17. «Sigue a Dios»

1. *Meditaciones*, *op. cit.*, X, 8, p. 183.
2. Frontón, *Epistolario, op. cit.*, p. 66.
3. *Meditaciones*, *op. cit.*, X, 8, p. 183.
4. Ibídem, IX, 40, pp. 174-175.
5. Ibídem, I, 17, pp. 59-60.

6. Ibídem, IX, 27, p. 170.
7. Ibídem, VI, 23, p. 121.
8. Jean-Joël Duhot, *op. cit.*, p. 63.
9. Platón, *Timeo*, 90a, Abada Editores, Madrid, 2010, p. 367.
10. *Meditaciones*, *op. cit.*, V, 27, pp. 109-110.
11. Ibídem, III, 6, p. 76.
12. Ibídem, XII, 28, p. 217.
13. Ibídem, I, 17, p. 59.
14. Ibídem, VII, 31, p. 137.

Capítulo 18. La verdadera felicidad

1. *Meditaciones*, *op. cit.*, VII, 67, p. 145.
2. Aristóteles, *Ética nicomáquea*, *op. cit.*, X, 7, 8, pp. 397-398.
3. Séneca, *Epístolas morales a Lucilio, op. cit.*, 59, p. 344.
4. *Meditaciones*, *op. cit.*, VII, 17, p. 134.
5. Ibídem, X, 12, p. 185.
6. Ibídem, VIII, 26 y VIII, 7, pp. 153 y 149.
7. Ibídem, VII, 67, p. 145.
8. Ibídem, IV, 49, pp. 96-97.
9. Ibídem, VI, 48, p. 128.
10. Ibídem, V, 36, p. 113.

Epílogo. Magnitud y límites del estoicismo

1. *Meditaciones*, *op. cit.*, X, 1, p. 179.
2. Ibídem, VII, 21, p. 135.
3. Ernest Renan, *Marc Aurèle ou la fin du monde antique*, Le livre de poche, biblio-essais, p. 166.
4. Etty Hillesum, *Diario de Etty Hillesum. Una vida conmocionada*, Anthropos, Barcelona, 2007, pp. 87, 113, 187.
5. *Meditaciones*, *op. cit.*, VI, 54, p. 129.
6. Séneca, *Sobre la clemencia*, III, 3, en Pierre Hadot, *op. cit.*, p. 361-362.
7. Pierre Vesperini, *op. cit.*, pp. 45-46.
8. Serge-Christophe Kolm, *Le bonheur-liberté*, PUF, 1994.
9. Citado por Pierre Hadot, *op. cit.*, p. 36.

10. *Meditaciones*, *op. cit*., X, 1, p. 179.

El sueño de Marco Aurelio
Fréderic Lenoir

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta, Sylvia Sans, 2025

© Fréderic Lenoir, 2024
© Flammarion, 2024
© de la traducción, Núria Viver Barri, 2025

© Centro de Libros PAPF, SLU., 2025
Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2025

ISBN: 978-84-234-3937-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta